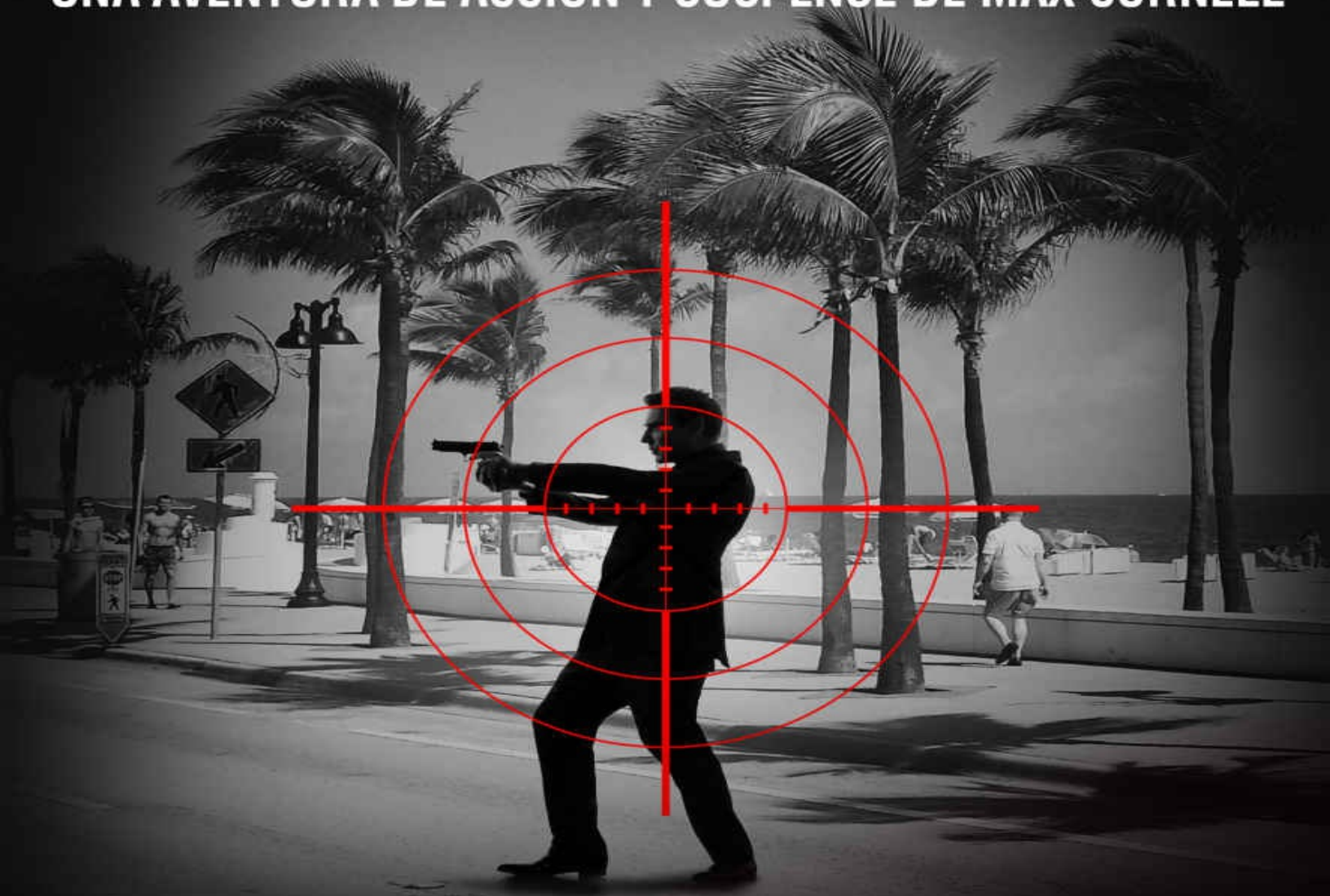


ENCUBIERTO

UNA AVENTURA DE ACCIÓN Y SUSPENSE DE MAX CORNELL



ADRIÁN Y MIGUEL

ARAGÓN

Encubierto

Adrián y Miguel Aragón

Edición Amazon Kindle

Copyright © 2019 Adrián Aragón

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

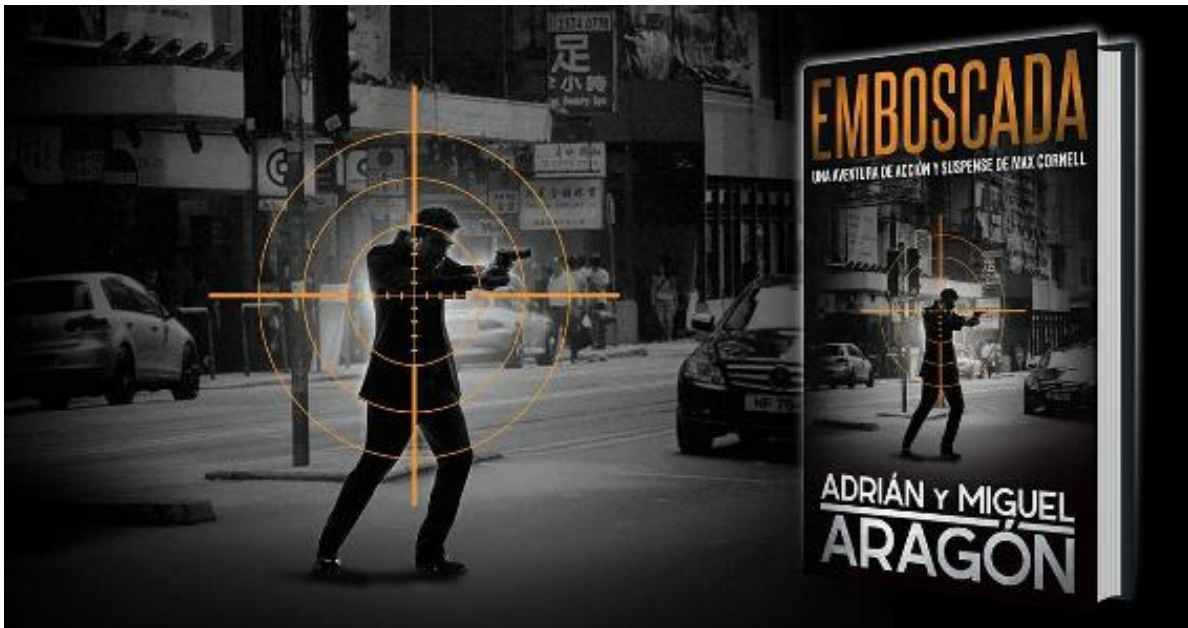
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing

Lama Jabr y José Higa

Sídney, Australia

www.autopublicamos.com



Suscríbase a nuestra lista de correo para obtener una copia gratis de «Emboscada: Max Cornell thrillers de acción nº 1» y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Adrián y Miguel Aragón. Haga clic [AQUÍ](#)

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Nota de los autores](#)

[Otras obras de Adrián y Miguel Aragón](#)

Capítulo 1

Martina caminaba con energía a pesar de haber permanecido toda la noche de guardia. Había dos cosas que le gustaban especialmente: salir a la calle tras más de diez horas confinada entre los muros del hogar para la tercera edad en el que trabajaba, y sentir las gotas de lluvia resbalar por su rostro.

Miami la había adoptado después de una vida fría y árida en Minnesota, uno de los estados del norte. Allí no se podía pasear más que durante unos pocos meses al año. Florida era otra cosa. Por eso Martina seguía a pies juntillas la regla de caminar a todas partes. Por lo que a ella respectaba, era un crimen no aprovechar el buen tiempo y la salud. Excepto cuando tenía prisa o el terreno no era transitable.

Llevaba una semana lloviendo a diario, así que pronto tendría que coger el coche. A los caminos de tierra batida que la llevaban desde su trabajo hasta el Aeropuerto Ejecutivo de Fort Lauderdale no les daba tiempo a secarse entre tormenta y tormenta. Lo mismo pasaba con la ropa sucia. Si seguía mojando zapatillas de deporte y pantalones de uniforme, pronto no tendría con qué ir a trabajar. Así que aquel sería el último día en que diera su paseo matutino hasta que las lluvias torrenciales cesasen.

Le daba pena pensar que dejaría de ver los aviones durante unos días. Le encantaba contemplar los aterrizajes y despegues de aquellos *jets* privados y de los vuelos oficiales. El Aeropuerto Ejecutivo, más pequeño y tranquilo que el Internacional, varios kilómetros al este, le daba la oportunidad de imaginar truculentas escenas de espías. En todas estas, una detective, negra y con el pelo rizado como ella, resolvía casos que salvaban a la humanidad de caer en las garras de infames grupos terroristas.

La lluvia la privaría de aquel pequeño *hobby* inofensivo por algún tiempo, sí. Pero esa mañana aprovecharía su imaginación para inventarse una historia

de las que luego le gustaba contar. A su amiga Tracy le encantaba oírla mientras comían. Se le dilataban las pupilas como a los niños pequeños cuando oían cuentos de hadas y aparecían las brujas o los gigantes.

A la altura de la Calle 21 con Cypress Creek Road vio algo que le dio alas a su inspiración. Tres figuras, parecían hombres, estaban sentadas en un banco. Los tres permanecían completamente inmóviles. Quizá estaban drogados. Sí, mejor pensar que se habían drogado hasta la inconsciencia a pensar que estaban muertos.

A medida que se acercaba al banco, Martina dejó de buscar una explicación para lo que veía. Los tres hombres no habían movido ni un solo músculo desde que los descubrió. Nada, ni un cruce de piernas. Ni siquiera se habían quitado el agua de lluvia de la cara. Y llovía con ganas esa mañana.

Echó mano al bolso, donde guardaba su teléfono móvil, por si tenía que llamar a la policía. Deseaba no tener que hacerlo, pero aquello no pintaba bien. Recorrió los últimos pasos en tensión. Se le olvidó imaginarse que en sus fantasías ella era una aguerrida detective que se topaba con escenas como aquella a diario. De hecho, sus fantasías se encontraban en un lugar tan retirado de su mente en aquel momento que cuando estuvo lo bastante cerca de los tres cadáveres cayó de rodillas y gritó. Gritó tan fuerte que el sonido reverberó en los edificios circundantes.

Al caer apartó la mirada, por tanto, se libró de quedar marcada para siempre por los detalles. No vio que los tres hombres tenían un aspecto muy parecido. Se trataba de individuos completamente vulgares, de complexión media, pelo oscuro y edades que rondaban la treintena. Todos vestían con trajes baratos. Si hubiera tenido oportunidad de examinar los cuerpos, Martina habría visto que no parecían civiles. Demasiados iguales los peinados, el tipo de zapatos, el color de las americanas.

De todas formas, nada de eso llamaba de verdad la atención. Lo que la

policía forense y los técnicos de urgencias anotaron en sus informes periciales y en sus partes de trabajo fue que los tres cadáveres tenían los ojos abiertos. Como si una horrenda aparición los hubiera congelado así. Los tres cuellos fueron abiertos con objetos afilados. Ahí se encontraba la causa de la muerte: pérdida masiva de sangre a través de la vena yugular. Las camisas ensangrentadas se habían oscurecido, aunque la lluvia impidió que la sangre tomase el color ocre que la caracterizaba una vez seca.

Los torsos, más limpios de lo que hubiera correspondido, también por efecto de la lluvia caliente y constante, daban un mensaje imposible de ignorar. Con trazos precisos que evitaban las líneas curvas, cada uno de los cuerpos mostraba una letra. Cuatro cortes formaban la letra «R» en el vientre del primer occiso. Tres dibujaban una «U» en el segundo, y otros tres cortes cerraban la orden, o la sugerencia, en el tercer cuerpo con una «N». El mensaje era *RUN*: corre.

Pero ninguno de aquellos hombres correría.

No se encontraron pistas determinantes en el escenario, más allá del hecho de que los asesinatos no se cometieron allí. No había salpicaduras de sangre ni charcos que mostrasen que las víctimas se habían desangrado en aquel banco. El único resto rojizo bajaba en hilillos de las heridas abiertas, que parecían más recientes debido al agua que no dejaba de correr.

Los cuerpos desaparecieron en el interior de ambulancias que mantenían encendidas las luces, pero cuyas alarmas permanecían apagadas. No valía la pena dar la voz de alarma. Nadie podía salvar ya a aquellos tres hombres.

Martina dejó que la cubrieran con una manta térmica de textura fría pero tacto cálido. Una de aquellas de tejido metálico que siempre le habían recordado al papel de aluminio con que se tapaban las sobras. Se sentía un poco así, sobrante. No lo pensó de manera consciente, pero supo de inmediato que jamás volvería a idear una historia de detectives. Imaginar el

horror tenía poco que ver con encontrárselo de cara. A partir de entonces debería aprender a dormir sin pesadillas. Si es que aquello se podía aprender.

Capítulo 2

Abney procuraba no sonreír. Sobre todo porque no había ningún motivo para ello. El jefe de Operaciones, Goodward, lo había llamado a su despacho y ni siquiera se tomó la molestia de gritarle. De hecho, en una circunstancia como aquella, lo normal habría sido que la oficina se convirtiera en un caos de actividad. Aquello era lo que pasaba siempre que aparecía un cadáver inesperado cerca de su cuartel general.

El agente especial se peinó el cabello hacia atrás con los dedos. Un gesto que mostraba cierto cansancio entretejido de preocupación. Una cana se le enredó en el anillo de bodas.

Esperaba que el jefe Goodward le dijera algo, pero no quería parecer ansioso, así que echó un vistazo a la oficina. Incluso con las persianas venecianas de un gris metálico a medio cerrar se veía la diferencia entre un cadáver aleatorio y tres agentes muertos con un mensaje grabado a cuchillo.

Los agentes estaban pegados a sus escritorios. Los teléfonos solo sonaban una vez y se contestaban enseguida, con la presteza de quien espera recibir buenas noticias. O, en ese caso, con la desesperación de necesitar oír información relevante. Los rostros de sus compañeros oscilaban entre el gris ceniciento y el amarillo enfermo. Los tres agentes muertos tenían amigos en la agencia. O, al menos, conocidos con quienes salir a tomar una cerveza después del trabajo. Él los conocía a los tres. Aunque Abney procuraba no mostrar demasiado afecto por nadie. Su carácter jovial escondía la experiencia de toda una carrera en la DEA. Allí el trabajo te mataba.

—¿Qué cojones estás mirando, Abney? Te he llamado para que me expliques por qué tengo tres cadáveres en el depósito, no para que te quedes mirando al infinito como un imbécil.

Aquella no era la manera que Abney habría escogido para comenzar la

conversación, pero al menos el jefe había roto el silencio, y eso era mejor que nada.

Lo miró con interés. En primer lugar porque quería darse cuenta de lo inapropiado de sus palabras. Mirar al vacío era precisamente lo que hacían los tres hombres cuando Martina Higgins los encontró.

—¡Mierda! —masculló el jefe. Abney supuso que se había dado cuenta de la metedura de pata.

Goodward era un tipo inmenso. Los muslos se le derramaban a ambos lados de la silla de trabajo y tenía una doble papada que le temblaba cuando se enfadaba. En ese momento le temblaba muchísimo. Su perímetro abdominal hacía que no pudiese escribir con comodidad sobre la mesa. Siempre levantaba un portafolios y firmaba sus órdenes en vertical. De todos modos, su aspecto no minaba en absoluto su autoridad. Era un tipo inteligente, de ingenio rápido y, sobre todo, justo.

—Oro Rojo —dijo Abney—. Los tres agentes formaban parte de la operación. Aunque seguro que eso lo dice el informe.

Goodward tamborileaba los dedos sobre una carpeta apenas cerrada. Los papeles parecían pugnar por salir de allí. Muchos de ellos fueron redactados por el propio Abney. O había encargado su redacción a algún miembro de su equipo.

—Sí, Oro Rojo. Yo diría que la operación es un auténtico fracaso. Tres agentes muertos, ni un solo avance. La droga colombiana de los Cortés se mueve por Miami como por el salón de su casa. Y, lo mejor de todo, esta mierda de aquí. —Dio un golpe sobre la carpeta y el ruido hizo que las cabezas de algunos agentes se levantaran en su dirección desde el otro lado de los vidrios de la oficina. No tardaron en volver al trabajo—. Esto de aquí es todo lo que nos queda de la maldita operación.

Eso era algo que Abney no se esperaba. Llevaban meses, casi un año

poniéndoles cerco a los Cortés. Habían identificado a la mayor parte de los capitanes de primer nivel. También conocían a buena parte de los distribuidores de poca monta. La documentación que generaba un caso así no era algo que uno pudiera sacar por la puerta principal cuando fichaba. Ni mucho menos. Woodward estaba hablando de la desaparición de un gran número de cajas de papel.

—¿Y los archivos digitales?

Goodward resopló. A su espalda, la lluvia golpeaba los cristales con la misma fuerza de los últimos días. Miami era una ciudad que vivía al sol. Aquellas tormentas inacabables la convertían en un lugar deprimente.

—Si no hubieran desaparecido también, ¿no cree que yo parecería menos a punto de sufrir un infarto?

Abney no respondió.

—Necesito saber qué ha pasado aquí. Es evidente que tenemos un topo. No se me ocurre otra forma de que la información sobre nuestros hombres se pueda haber filtrado. No muchos la conocíamos.

—Eso son buenas y malas noticias al mismo tiempo, jefe —aventuró Abney.

Goodward asintió con un gesto de la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Por una parte, el abanico de sospechosos se reduce notablemente. Por otra, esos sospechosos pueden hacer mucho más daño del que ya han hecho hasta ahora. Sea quien sea el traidor, tiene acceso a un nivel de información muy alto.

Abney echó un nuevo vistazo a los hombres y mujeres que trabajaban más allá de los vidrios del despacho. A simple vista todos parecían igualmente comprometidos con la búsqueda de los asesinos de sus compañeros. Sin embargo, cualquiera de ellos podría estar implicado en ellos. La sola idea le revolvía el estómago. Y eso que Abney era un hombre

conocido por su actitud positiva y más bien optimista. Goodward parecía estar leyéndole el pensamiento.

—No son ellos los que deben preocuparnos —dijo—. Ninguno de esos agentes tenía acceso a la documentación física o a la digital. Eso es lo que me saca de mis casillas. Solo ha podido filtrar la información una de las personas de las que depende mi cargo.

Esta vez le tocó a Abney el turno de asentir sin mediar palabra.

—No podemos investigarlo nosotros.

—También estoy de acuerdo con eso. Para llevar a cabo una investigación en toda regla deberíamos alertar al topo. Hay que traer a alguien de fuera.

—¿Tenemos presupuesto para eso?

Abney sabía que la respuesta era no. No es que conociera al dedillo la situación financiera de la agencia, pero sí sabía que la lucha antidroga había pasado a un segundo plano con el auge del terrorismo islámico. Otras agencias gubernamentales disfrutaban del privilegio de poder contratar personal externo.

—Aunque lo tuviéramos, que no es el caso, no podríamos usarlo. El topo se enteraría y estaría sobre aviso.

—Puede que yo tenga un contacto, jefe. Pero...

Goodward arqueó las cejas en un gesto de absoluta sorpresa. Abney comprendía la reacción. Todos lo conocían porque era un buen agente. También sabían del dinero que atesoraba su familia. Les gustaba invitarlo a fiestas familiares porque siempre llevaba la mejor cerveza y un buen regalo para los anfitriones. Abney era, desde cualquier punto de vista, el vecino y compañero de trabajo perfecto.

—Prefiero que no me lo diga.

Abney sonrió.

—No le tenía por un hombre tan... prudente.

—Si lo que está pensando es que temo irme de la lengua, se equivoca Abney. Voy a confiar en usted para que sea la única persona que sepa quién es su contacto externo. Así, si esta pequeña operación de identificación falla, ya sabré de quién ha sido la culpa. No, no quiero saber quién es su contacto. Así no estaré en el punto de mira.

Abney tenía que reconocer que el jefe era un tipo con arrestos. Por una parte, acababa de darle carta blanca para llevar a cabo una operación encubierta que, si saltaba por los aires, solo le incriminaría a él. Por otra parte, si la operación tenía éxito, nadie lo felicitaría.

—De acuerdo, jefe.

—Lárguese de aquí y no vuelva hasta que tenga una respuesta. Y cuando le digo que no vuelva, no me refiero solo a mi despacho. También a la oficina. Usted será, a todos los efectos, la persona encargada de llevar a cabo la investigación de los tres asesinatos.

Eso ya no le pareció tan loable a Abney, que frunció el ceño, preocupado.

—Sí, sé que eso le pone en peligro directo. Procure que sea ese contacto suyo el que se arriesgue. No hay nada más que yo pueda ofrecerle.

—Una cosa más, jefe.

Goodward no dijo nada. Se limitó a esperar que su subordinado hablase.

—Necesito a Eaton.

—Le he dicho que usted debe ser el único implicado.

—Conozco los riesgos, jefe. Y los comprendo. Pero Eaton lleva años tras los Cortés. Mi contacto va a necesitar datos que nosotros hemos perdido. Él es el único que puede proporcionarlos.

Goodward dudó.

—No me gusta, Abney. No me gusta en absoluto. Pero hablaré con él. Entiendo lo que quieres decir.

Capítulo 3

Viajar en primera clase significaba dos cosas. La primera, que el viaje sería cómodo. La segunda, menos atractiva, que el viaje se había organizado de manera apresurada. Esa ocasión no se diferenciaba de las demás. Nefilim lo citó la noche anterior y ya se las había apañado para meterlo en un avión que sobrevolaba el Atlántico.

Una azafata de radiante sonrisa blanca se acercó a él, solícita, y depositó el vaso de cristal y la botella de agua, ridículamente pequeña, sobre su mesa.

—¿Solo va a tomar agua? ¿De verdad?

El pasajero con el que compartía fila ya le había provocado un mal presentimiento. Lo había visto haciendo cola. Llevaba un periódico doblado en cuatro, sin arrugas, perfectamente plegado. Eso solo significaba que no lo había abierto y que, con toda probabilidad, tampoco pensaba abrirlo. Los lectores reales se comportaban de otra manera con sus lecturas. Aquel comentario sobre la bebida de Max confirmaba lo que había pensado de él: si no detenía su cháchara de inmediato, el viaje se le haría dos veces más largo de lo debido.

—Sí. Es lo único que bebo.

Max procuró que su respuesta sonase seca, aunque dentro de los parámetros socialmente aceptados.

—Sabes que es un desperdicio, ¿verdad? O sea, esto es primera clase, colega. Ya has pagado todo lo que puedas beberte con el precio del billete.

Max detestaba ese tipo de actitud. Estaba seguro de que el tipo era de los que trataba mal al personal de hostelería. El típico perfil de persona que se creía mejor que otras porque disponía de una mejor situación económica.

—Vamos, colega, no seas tímido. Pide un *whisky* de los caros. O doce. Tienen la obligación de dártelos, ¿sabes?

Max, que hasta entonces mantuvo la vista fija en el asiento delantero, se giró. La disposición del avión le obligaba a darse la vuelta casi por completo. Su intención era mostrar al hombre su mejor sonrisa de perturbado. Y a juzgar por la expresión del hombrecillo, lo consiguió.

—¿Sabe usted lo que es el trastorno de la personalidad, caballero?

Habló en un tono muy bajo, casi susurrante. El otro asintió. Max creyó ver que un par de gotas de sudor resbalaban por su sien.

—Bien. Las personas con trastornos de la personalidad tienden a medicarse. Para evitar problemas. Algunos son capaces de hacerse daño a sí mismos o de hacérselo a otros. Por eso no es buena idea beber alcohol.

Técnicamente, Max no había mentido. En ningún momento dijo que estuviera enfermo o que se hubiera medicado. El generar miedo era una buena herramienta si se sabía emplear con cierta astucia.

—Lo siento, colega —contestó el hombre—. Bebe lo que quieras.

—¿Sabe qué otra cosa no es muy buena idea cuando se trata con una persona trastornada?

El hombrecillo negó con la cabeza. Se había puesto colorado de preocupación. Parecía que iba a vomitar en cualquier momento.

—Los ruidos estridentes o que se interrumpa su descanso. Ese tipo de cosas puede poner en marcha sus disparadores. Téngalo en cuenta en el futuro.

Cuando se volvió de nuevo, la misma azafata sonriente lo esperaba. Su rostro expresaba una preocupación genuina.

—¿Se encuentra usted bien, señor Cornell?

—Estupendamente, Wendy. —Max leyó el nombre en una placa prendida en la camisa del uniforme—. Y además muy sano. Con un poco de suerte, ese individuo no nos molestará a ninguno de los dos.

La mujer los miró a los dos de forma alternativa. Tardó un par de

segundos en deducir lo que había pasado.

—De todos modos —añadió para dar mayor verosimilitud a la farsa—, no dude en llamarme si necesita atención médica o si nota que se pone nervioso.

Max sonrió con naturalidad. Estaba seguro de que aquel detalle había terminado de convencer a su compañero de vuelo de no abrir la boca ni una sola vez más. Era ese tipo de personalidades las que lo mantenían alejado de los bares. No era que Max no fuese un tipo sociable. Al contrario, sabía comportarse, tenía una conversación interesante y disfrutaba de la inteligencia ajena como el que más. Eran las actitudes mezquinas las que lo sacaban de sus casillas. Y por eso procuraba alejarse de lugares de reunión de mequetrefes. Aunque, en realidad, los bares solo eran uno de esos lugares. Casinos de alto *standing* y clubs de caballeros presentaban el mismo porcentaje de tipos impresentables, aunque disfrazados con una pátina de respetabilidad. Si por Max fuera, no frecuentaría más compañía que la de sus íntimos.

Pero no siempre podía permitirse esos lujos. Por ese motivo se encontraba en un vuelo trasatlántico de Norwegian.

La cosa había sucedido de la manera más inesperada, como siempre que Nefilim se cruzaba en su camino. Cada mucho tiempo Max salía de su casa, paseaba hasta Leicester Square y echaba un vistazo a la oferta teatral. Los musicales de mayor renombre no cambiaban a menudo. No en vano se trataba de una atracción para los turistas. Pero las salas más chicas y los locales independientes ofrecían pequeños espectáculos que a Max le gustaba ver. Obras clásicas revitalizadas, monólogos inteligentes y menos obvios que los que se emitían por televisión. Además, pasear por el centro de Londres le recordaba que aquella también era su casa. Quizá una habitación menos refinada que las que solía usar, pero su casa al fin y al cabo.

La noche anterior no había encontrado nada que le interesase lo

suficiente, así que recurrió a un as en la manga que nunca le fallaba: la noche de puertas abiertas de The National Gallery. La pinacoteca abría hasta tarde los miércoles y a Max le relajaba pasear por las salas casi siempre vacías del ala Sainsbury, donde se exponían pinturas religiosas de factura italiana. Uccello, Leonardo, Piero della Francesca, Carlo Crivelli... El colorido de aquellos cuadros pintados con clara de huevo y pigmentos naturales siempre lo relajaban.

Las cosas se torcieron cuando, al salir, creyó ver que alguien lo seguía. Había tomado la puerta trasera, la que daba a Orange Street, una zona de callejas mal iluminadas. La propia Leicester Square se encontraba a pocos metros, pero Max decidió dar un rodeo. Las puertas cerradas de los cafés frecuentados por los trabajadores destacaban en los edificios de ladrillo visto, oscuros y peor cuidados en las zonas con menos afluencia de turistas.

Max oyó con total claridad unos pasos ligeros y apresurados a su espalda. Se dio la vuelta, haciéndose el despistado, y encaró a su perseguidor. Se sorprendió al ver a una persona bajita, no llegaría al metro sesenta. Fuera quien fuera, simuló no haberlo visto y se chocó de frente con él. Una táctica de ratero más que conocida. Max le sujetó de la muñeca con firmeza.

—No sé qué me has robado, pero devuélvemelo ya.

El ladronzuelo levantó la cabeza y clavó en los ojos de Max una mirada tan verde como la suya. Resultaba que el ladrón era una chica.

—Yo no te he robado nada. Y más vale que me sueltes o me pongo a gritar que me estás violando.

—Sácate lo que tengas en los bolsillos.

Mientras daba la orden, Max hacía recuento de sus pertenencias. Sentía la pulsera metálica del reloj en su sitio y el peso de la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta, donde siempre la llevaba, junto al móvil. No había nada más que la chica hubiera podido llevarse, así que la soltó. Por supuesto,

la joven echó a correr. Max dejó que se perdiera en la oscuridad y volvió sobre sus propios pasos. Al parecer se había equivocado.

Caminó con cierta prisa hasta la plaza Piccadilly Circus. Grupos de adolescentes sobreexcitados entraban y salían de una tienda de chocolatinas de varios pisos, las tiendas de recuerdos vendían platos de todas las bodas reales, docenas de sudaderas con la Union Flag tapaban las fachadas y los autobuses rojos recogían y dejaban pasajeros como en un juego en el que no hubiera reglas. Las luces tímidas de las farolas empalidecían bajo la iluminación agresiva de los carteles publicitarios que habían hecho famosa esa pequeña plaza. Afortunadamente, por allí pasaba un gran número de taxis. Max no tuvo ningún problema para detener uno.

El conductor le dio las buenas noches con un marcado acento del este.

—¿A dónde le llevo, caballero?

Max no estaba seguro de querer regresar a casa. Hizo como que comprobaba los mensajes del teléfono para ganar tiempo. De todas formas el taxista no le metería prisa. Cuanto más tiempo pasase dentro del coche, mayor sería el precio a pagar.

Al coger el móvil Max se topó con un papel doblado que estaba seguro de no haber puesto ahí. Lo sacó como si no pasase nada y lo abrió. Dentro tenía escrita una dirección de South Hampstead. Por supuesto, la chica no le había robado nada. Se limitó a dejarle un mensaje. Y solo había una persona que le dejaba ese tipo de mensajes.

—Vamos a la esquina de Abbey Road con Belsize Road.

El taxista alzó una ceja. Max comprendía perfectamente que aquel no era lugar para un tipo con su aspecto que cogía un *black cab* oficial.

Capítulo 4

Nefilim había escogido el *pub* con peor aspecto de todo el noroeste de la ciudad. El Lillie Langtry aparentaba ser poca cosa desde el exterior. Apenas una ventana abierta y un cartel de madera que pendía en precario equilibrio de la fachada de un edificio moderno, gris, anguloso. Nada que ver con las bonitas ventanas en forma de arco por las que Londres era mundialmente conocida.

El interior no desmentía la primera impresión. Una moqueta de color anaranjado lucía constelaciones enteras de quemaduras de colillas y manchas de humedad. Todas las mesas parecían cojear y dos grandes máquinas tragaperras llenaban el ambiente de música estridente y luces casi estroboscópicas. Las paredes, pintadas de un color crema sucio, mostraban marcas de vasos, manos y algunos restos oscuros que bien podrían corresponder a sangre de reyerta.

Max se acercó a la barra, dominada por una bandera que proclamaba que allí bebían los fans del Chelsea. Ni por un momento se le ocurrió que hubiera servicio de mesas. Acertó.

El camarero se le acercó con un gesto hosco y no le preguntó lo que quería. Tan solo se plantó frente a él y esperó a que Max anunciase lo que iba a tomar.

—Una pinta de Guinness, por favor —dijo—, y se dirigió a una de las mesas. La Guinness tardaba lo suyo en asentarse y no quería quedarse allí a ver cómo el hombre trabajaba.

Escogió el lugar más alejado de las dos entradas. Por supuesto, la corriente allí le impidió quitarse la chaqueta, así que cruzó las piernas y sacó el teléfono móvil. No era asiduo de Internet y no tenía perfil en ninguna red social, pero mirar la pantalla le daba la opción de controlar el local sin

parecer mucho más sospechoso de lo que ya parecía. Al fin y al cabo, ese tipo de *pubs* estaban pensados para los parroquianos de siempre, no para gente que salía de la nada en mitad de la noche.

Gracias a su estrategia con el teléfono notó que alguien se acercaba a su mesa con absoluta determinación. Levantó la cabeza y la vio: era la misma chica que le había colocado el mensaje de Nefilim en la parte interna de la chaqueta. A plena luz, si es que las bombillas de tungsteno del bar podían considerarse plena luz, parecía todavía más joven. Mostraba una sonrisa a medias triunfal y a medias temerosa.

—Recibí tu mensaje —se adelantó Max.

—Aquel tipo dijo que no sería capaz de entregarlo. Ahora tiene que pagarme.

—¿Estás segura?

—Estás aquí, ¿no? Eso es que he cumplido con mi parte del trato.

—Pero no pasaste desapercibida.

La chica se encogió de hombros.

—Eso da igual. Tú has venido, así que me tiene que pagar. Es lo que hay.

Nefilim pagaría, claro que sí. Aunque solo fuera porque no hacerlo supondría dejar un cabo suelto.

De hecho, no solo pagaría, sino que aparecía ya por la misma puerta que Max había cruzado. Igual que él, se acercó a la barra, pero pidió una pinta de Stella Artois. En cuanto el camarero se la sirvió, cogió también la cerveza negra de Max y se acercó a la mesa.

—Buenas noches, amigo —dijo.

La sonrisa de dientes blanquísimos de Nefilim siempre actuaba como una máscara. Max no sabía lo que iba a oír hasta que su contacto hablaba. Y eso lo ponía nervioso porque no le daba la oportunidad de prepararse.

—Buenas noches —contestó Max.

—Mi pasta, tío —intervino la ladrona. Por lo visto no tenía intención de quedarse allí más tiempo del estrictamente necesario.

Nefilim dejó los vasos sobre la mesa y se llevó la mano al bolsillo. Sacó un pequeño fajo de billetes de diez libras y se los tendió a su interlocutora. Ella los contó y asintió.

—Si necesitas algo más, llámame.

Nefilim no contestó. Max suponía que no entraba en sus planes llamarla. Al fin y al cabo, no era el tipo de perfil con el que solía trabajar.

—La verdad es que me decepciona un poco que no notaras su artimaña, Cornell. Si hubiera sido ántrax, ahora estarías muerto.

Max no tenía ganas de discutir ni de mostrar sus muchas habilidades, así que se limitó a darle la razón.

—Debo de estar perdiendo facultades.

—Espero que no —contestó Nefilim después de dar un largo trago a su cerveza. Max no había tocado la suya—. Te necesito en Miami tan pronto como puedas coger un vuelo.

—Y, como siempre, no se te ha ocurrido que quizá tenga otros planes, ¿verdad?

Nefilim cruzó los brazos sobre el pecho.

—Más bien diría que, como siempre, la compensación económica de interrumpir tus planes será más que satisfactoria.

Lo era, por supuesto. Siempre lo era. Por eso Max estaba recordando las pésimas condiciones de salubridad del *pub* en un asiento de primera clase camino de Miami.

El avión aterrizó sin que el hombre a quien Max había aterrorizado diera más señales de vida. Una verdadera suerte. Lo que no resultó tan afortunado fue el tiempo que los esperaba en el Aeropuerto Internacional de Fort

Lauderdale-Hollywood. La lluvia caía con fuerza. Tanta que el suelo del aparcamiento comenzaba a anegarse allí donde el asfalto mostraba baches.

Miami no era una ciudad bonita. A Max no le gustaban especialmente el calor ni la humedad. La lluvia tan solo añadía un punto extra de incomodidad.

Entraba ya en el coche de alquiler que Nefilim había dispuesto para que estuviera listo a su llegada, cuando su teléfono vibró con un mensaje de texto. Un número desconocido le daba la dirección en donde debía encontrarse con su contacto americano.

Una vez más, comenzaba el juego. Y a nadie le importaba que Max Cornell acabase de dejar atrás diez horas de avión o hubiese cruzado un buen puñado de husos horarios. Ya lidiaría con el *jet lag* más tarde.

Capítulo 5

No era la primera vez que Max visitaba Miami, pero sí la primera que encontraba allí más lluvia de la que acostumbraba a sufrir en Londres. El tráfico miamense, de por sí pesado, se había vuelto insufrible. Solía pasar en ciudades poco acostumbradas al mal tiempo: en cuanto caían un par de gotas, todo el mundo sacaba el coche hasta para pasear al perro.

Así que un trayecto que le habría llevado poco más de cuarenta minutos se convirtió en una agonía de dos horas. La radio transmitía salsa o noticias en español. Por fortuna, contaba con esa distracción. Echó mano de las técnicas de relajación aprendidas con Arcángel. Se dijo que la situación quizá pecaba de frívola, pero no dejaba de ser cierto que pronto se entrevistaría con un contacto clave para el caso y prefería hacerlo en cierta calma.

Contaba las respiraciones hacia atrás, comenzando en trescientos, pero no tuvo oportunidad de avanzar demasiado. Los demás conductores no economizaban a la hora de tocar el claxon, ni a la de gesticular como maníacos. En un momento dado, Max lamentó no haber contratado un coche con chófer. Al menos podría haber cerrado los ojos para abstraerse.

El tráfico mejoró a medida que se acercaba a la zona de Coral Gables. Un área donde el dinero no escaseaba, por cierto. A los dos lados de la carretera se veían, aunque empañadas por la lluvia, bonitas casas con tejados a dos aguas. La mayoría de una sola altura o de dos, a lo sumo, presentaban un marcado estilo colonial. Todas ellas estaban protegidas por jardines delanteros con un césped cuidadosamente cortado. Pero lo mejor del barrio era la vegetación que aislaba las viviendas del ruido del tráfico. Enormes tamarindos y botoncillos alternaban con arbustos florales que se derramaban por encima de los muros particulares.

El GPS del coche avisó a Max cuando le quedaban apenas unos pocos

metros para llegar a su destino. No encontró mucho espacio para aparcar, pero su anfitrión había dejado abierta la cancela, así que Max introdujo su Camaro en el camino de entrada. Cuando bajó del coche lo recibió una ráfaga de lluvia para la que, lamentablemente, no estaba preparado. No había llevado paraguas.

Un Paul Abney de sonrisa amplia y dientes con empastes dorados le abrió la puerta de su casa y lo invitó a pasar con un gesto.

—Creí que en Inglaterra llovía, señor Cornell.

—Llámeme Max, por favor. Y sí, en Inglaterra llueve, pero eso no quiere decir mucho. Esto no es llover. Se parece más a un diluvio.

Cuando los dos estuvieron a cubierto, Abney le tendió la mano a Max.

—Puedes llamarme Paul. Si quieres te saco una toalla. No hace frío, pero la humedad es incómoda.

—Por favor.

El propietario de la casa señaló a Max el camino al salón principal y desapareció por una puerta lateral. Max observó con cuidado la casa. Sin duda era una vivienda que rozaba el calificativo de mansión. De marcado carácter colonial, el porche era su mejor baza. Pero el interior también resultaba muy agradable. Grandes ventanales dejaban pasar la luz grisácea. Sin embargo, había algo extraño en todo aquello. Las habitaciones, perfectas en sí mismas, carecían de vida. En cierto modo parecía que Abney se acabara de mudar. No había fotografías familiares, ni recuerdos de viajes, ni un arañazo en el parqué o una marca en las paredes. Incluso los cuadros parecían de diseño.

—Tenga —dijo Abney tendiéndole una toalla de mullido rizo blanco. No olía a suavizante, sino a detergente industrial. Agradable pero poco hogareño. Como el que usaban las empresas de limpieza que trabajaban para los hoteles.

Max se frotó el pelo y los hombros. Pidió permiso para dejar la chaqueta

en una silla.

—Claro, no hay problema —concedió Abney.

Max empezaba a sospechar que su contacto lo había citado en un punto seguro y no en su casa. Por supuesto, esa opción tenía mucho más sentido que la de mostrar su dirección a un completo desconocido. Además, si lo pensaba con un poco de calma, lo cierto era que Abney no tenía el aspecto adecuado para la mansión. Se peinaba las canas correctamente, su corte de pelo no era desastroso, el traje tampoco parecía de saldo... Pero había algo demasiado vulgar en él. Algo que lo alejaba de aquel escenario de alta burguesía que escogió para la reunión.

—Supongo —fue Abney quien inició la conversación— que nuestro amigo común te habrá dado los detalles de la operación.

Max se frotó la barbilla con la mano.

—La verdad es que no me ha dicho gran cosa. Suele ser una persona muy extrovertida y le gustan los detalles, pero en esta ocasión se ha mostrado especialmente prudente.

Max no mentía. Nefilim apenas le mencionó la agencia estadounidense para la que trabajaría y que había un cartel de droga involucrado. Poca cosa más.

—Bien. —Abney carraspeó antes de seguir hablando—. No hay mucho que decir en realidad. Estás aquí porque la DEA, la agencia para la que trabajo, necesita un agente externo. Tenemos un topo. Lo sabemos porque tres de nuestros hombres han aparecido muertos en un parque. Hace tres días. Los tres trabajaban en la misma operación y solo un puñado de personas tenían acceso a sus nombres y misiones.

—Ya veo —contestó Max—. ¿Y puedo saber de qué misión se trata?

—Queremos detener el avance de los Cortés, una familia de narcos cuya influencia se extiende por Miami como una plaga. Para conseguirlo debemos

estar limpios.

Max asentía.

—Verás, Max. Hay una cosa que necesito que entiendas.

—Tú dirás.

—No queremos que hagas nada heroico. No te hemos llamado para que nos ayudes con el caso. Solo queremos limpiar nuestra casa para seguir trabajando. Tendrás que infiltrarte en el cartel, pero no te arriesgues a darnos información sobre sus operaciones ni nada parecido.

—De acuerdo. No tienes de qué preocuparte. Tiendo a hacer únicamente el trabajo que me encomiendan. Encontraré a tu topo y haré oídos sordos a todo lo demás.

—Perfecto entonces —dijo Abney—. Te invitaría a una copa o te ofrecería una habitación para que descanses, pero la verdad es que esta no es mi casa. Vendrán a visitarla unos compradores dentro de poco y estaría bien que ya no estuviéramos aquí cuando lleguen.

Max sonrió y a punto estuvo de soltar una carcajada.

—Supongo que eso explica la verja abierta y que tu coche no esté en los alrededores, ¿verdad?

—Supones bien, Max. Me gustas. Eres un profesional y no parece que nadie te haya metido un palo por el culo. Perdona mi lenguaje, pero cuando te he visto salir del coche me has parecido mucho más estirado de lo que eres en realidad. Cuando acabes con esto no me importaría que lo celebrásemos con una cerveza, o algo así.

—No hay problema, Paul. Me gustan las personas directas.

—Si tienes el hotel en el Centro, puedo recomendarte un buen restaurante. Este tiempo hace que todo parezca deprimente, pero de todos modos hay algunos sitios bonitos donde tomar langosta y buen vino blanco.

Capítulo 6

Abney le había dado unas indicaciones muy precisas acerca de cómo llegar al Perricone's Marketplace & Cafe, un local decorado en madera con una bonita terraza con vistas a la bahía. La omnipresente lluvia impedía cenar en el exterior, pero el comedor resultaba muy acogedor. Tenía cierto aire europeo y la comida era exquisita.

Lo único que molestaba a Max era la insistente sensación de que alguien lo observaba. Le había dado la impresión de que un coche lo seguía cuando dejó la casa de Coral Gables, pero lo perdió de vista a las dos manzanas. Así que supuso que eran imaginaciones suyas. Luego, al dejar el Camaro en manos del aparcacoches, algo le había llamado la atención, pero no pudo identificar de qué se trataba exactamente. Esa sensación, muy parecida a un escozor en la zona interior del cráneo, le impedía disfrutar al cien por cien de la especialidad de la casa, un estupendo salmón marinado con mantequilla que se deshacía en la boca y que acompañaba con un magnífico Chianti de la casa, reserva de 2007.

Comenzaba a tomar el control de sus emociones cuando un hombre de aspecto absolutamente estrambótico retiró la silla vacía frente a la suya y se sentó en su mesa.

La primera reacción de Max fue buscar al camarero con la mirada, pero no halló a ninguno en la sala en aquel momento. Quizá porque los comensales escaseaban y no había mucho que hacer, excepto esperar a que terminasen los primeros platos.

—Buenass nochess, *herr* Cornell —dijo el desconocido con un fuerte acento alemán.

Al oír su nombre, Max se dispuso a emplear la fuerza si resultaba necesario. Solo Abney sabía dónde estaba. Con la probable excepción de

Mei, su especialista en comunicaciones, que siempre se las apañaba para tenerlo localizado, incluso cuando no había motivo o él se lo impedía taxativamente. Estaba seguro de que Abney no daría su ubicación. De hecho, él solo le había sugerido el sitio. Max no tenía por qué haber aceptado la sugerencia. Eso solo quería decir que su impresión de que lo seguían era cierta. Se maldijo en silencio por no prestar más atención a sus intuiciones.

—¿Le conozco, caballero?

—Me temo que no, herr, Cornell, pero pronto oírás hablar de mí y no tendrás más remedio que reconocer mi genialidad.

Por ahora, más que genialidad, Max veía allí a un payaso arrogante. Desde luego, si en algún momento había soñado con disfrutar de su salmón marinado, ese sueño se esfumó por completo.

—Intento cenar, señor. Le rogaría que me dejase a solas.

—Me temo que eso es imposible, amigo mío. He sido enviado por un amigo común para ayudarme en su misión. No puedo irme así como así.

El extraño esbozó una sonrisa que parecía genuina. Solo se le veían los dientes torcidos y un labio inferior demasiado grueso. El superior lo cubría un pobladísimo bigote castaño en el que destacaban algunas canas. Max habría jurado que se trataba de un postizo.

—Mi única misión aquí era terminarme la cena. Algo que no va a pasar, parece ser. ¿Por qué conoce mi nombre?

—Por amor de Dios, Max. —El hombre había perdido por completo el acento alemán. De hecho, aquella voz era más que familiar—. Parece mentira que de verdad te haya engañado.

—¿Adam? ¿En serio? ¿Se puede saber por qué te presentas así aquí?

—Pues por aburrimiento, la verdad.

Adam era compañero de Max. Lo había sido desde que pasaran juntos por el entrenamiento de élite al que los sometió su mentor, Arcángel. Un lugar al

que todos llamaban Averno, por similitud con el infierno. Aunque el equipo había salido reforzado de la experiencia.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? No te ofendas y no me vengas con el cuento de que eres el mejor espía del mundo. Lo he oído demasiadas veces.

—¿Quién sabe siempre dónde estamos?

—¿Mei?

—Ella me dio tu posición y me pidió que no te quitara ojo. La verdad es que estamos preocupados. Desde lo de Shanghái... No es que no nos fiemos de ti. Es que aquello fue traumático. También vigila a la hija de Arcángel.

—No hay nada de lo que preocuparse.

Max mentía. Los dos sabían, y al parecer Mei también, lo que quería decir que el cuarto miembro del equipo estaba igualmente al tanto, que el rescate de la hija de Arcángel lo había puesto al límite. Todavía recordaba aquel contenedor lleno de mujeres tratadas como mercancía.

—Lo que tú digas, jefe. El caso es que estoy aquí, así que puedes aprovechar mis múltiples habilidades. Cuéntame, ¿qué necesitas?

Max le habló de la necesidad de infiltrarse en un cartel y de las instrucciones sospechosamente específicas de Abney.

—Sea como sea, no puedes ir así.

—Me dedico a esto, Adam. Ya sé que tengo que cambiar de aspecto.

—Y no solo eso, jefe. Tienes que aprender a hablar de forma diferente, entre otras cosas. Esta gente no se anda con tonterías.

—Adam, soy muy consciente, créeme.

Por muy consciente que fuera, había algo en Max que irradiaba elegancia. Quizá se debiese a su casi un metro noventa de estatura, o a los modales recibidos de su madre inglesa. Lo cierto era que ni el Ejército ni el Averno le habían arrancado la prestancia. Algo de lo que debía deshacerse para encajar en el submundo en el que pretendía infiltrarse.

—Lo primero será la ropa, Adam —propuso—. Ambos sabemos que el hábito no hace al monje, pero el vestuario permite a un buen actor ponerse en situación. Imagino que conocerás a alguien que sepa dónde comprar ropa de segunda mano.

Adam sonrió. No se había quitado su propio disfraz, así que la sonrisa seguía mostrando solo un labio y una hilera de dientes falsos completamente torcidos. Por fortuna para Max, él no tenía que pasar por una transformación tan radical.

—Es tarde. Pero en casa tengo una selección de las mejores *boutiques* de ropa usada de la ciudad.

—Veo que has hecho los deberes.

—Termina el salmón, anda.

Max miró el plato. La mantequilla había comenzado a solidificarse alrededor del pescado, lo que quería decir que aquello estaba frío. Pinchó un tomate *cherry* de una orilla del plato y se levantó.

—Me has quitado el hambre con esa pinta, Adam.

Pagaron antes de salir, en efectivo, para no dejar huella de su paso por allí. Aunque el aparcacoches se habría quedado con el rostro de Max, probablemente. Y si no lo había hecho a la entrada, lo haría ahora, cuando saliera acompañado del estrafalario imitador de detective de tres al cuarto con gabardina hasta los pies, gafas de sol y bigote poblado.

—Dime —preguntó una vez que se sentó al volante del Camaro—, ¿dónde está esa casa tuya?

Adam, en el asiento del copiloto, se había despojado ya del sombrero, las gafas y la peluca, y procedía a despegar el bigote de debajo de su nariz.

—El Miami Marriott Biscayne Bay. Está aquí al lado. Pero dame un momento. Tengo que quitarme toda esta mierda de la cara o no me dejarán entrar.

La prótesis de los dientes salió sin problema, pero el maquillaje de la cara, un par de tonos más oscuro que la piel de Adam, se resistió a las toallitas que llevaba en uno de los bolsillos de la gabardina.

—Las mujeres con las que salgo tardan menos en arreglarse que tú en desarreglarte, compañero.

Adam soltó una carcajada.

—Tú no sales con mujeres, jefe. Es un hecho. A todos nos gustaría que lo hicieras, ¿sabes? Pero nos hemos dado por vencidos.

Max arrancó el coche. Como todo buen coche americano, ronroneó al tomar la carretera.

—Vamos a ver qué fondo de armario me has preparado, rey del disfraz. Y vamos a practicar mi manera de andar. Yo creo que podría usar algo a lo Jeff Goldblum: desgarrado pero con clase.

—Lo último que necesitas es clase, jefe. Créeme.

Capítulo 7

Dos hombres elegantes y bien vestidos habían entrado en el Marriott, pero solo uno de ellos salía de allí. Al caballero lo acompañaba un presunto delincuente vestido con una chaqueta de cuero rota en los codos, tan desgastada que parecía a punto de caerse a pedazos. El resto de su atuendo, de un negro riguroso, había conocido mejores tiempos, pero revelaba cierto buen gusto. La gomina que dirigía todo su pelo hacia atrás, y lo hacía parecer una especie de casco con surcos rayados, le daba el toque final a un disfraz de juerguista trasnochado.

Adam tuvo que dar un extra de propina al ascensorista, al conserje y al portero para que nadie llamara a la policía. También tuvo que explicar que aquello no era ningún caso de prostitución masculina ni de compra de drogas.

—No puedes conducir el Camaro de alquiler, Max. Tengo una *pick-up* destartada esperando dos manzanas al este. También hay que buscarte un motel barato. Pero eso será después.

—¿Después de qué?

—Tengo un contacto, Sean Eaton.

—Abney me dejó muy claro que no debía hablar con nadie más en la DEA. Tengo que cazar a un topo. No parece razonable recurrir al Departamento que tengo que investigar.

—Eaton trabaja para el FBI. Es una autoridad en narcotráfico. Ha investigado la Costa Este durante la última década.

—¿Y sigue vivo y en activo?

—No solo eso. Sigue vivo, en activo y limpio. Lo he investigado. Ni un solo ingreso extra, nada de lujos, y mantiene una bonita hipoteca a medio pagar sobre el piso al que vamos a visitarlo.

—Eso no significa nada —dijo Max—. Puede que esté limpio o que sea

muy listo.

—Puede que sí.

La lluvia mojaba la gomina de Max y le daba un aspecto más desastrado, pero también mucho más auténtico. La *pick-up* que Adam le había preparado tenía el mismo aspecto de necesitar, como él, una reparación completa. Cuando la puso en funcionamiento sonó como una cafetera italiana a punto de explotar.

—Has perdido tu coche en una apuesta y esto es todo lo que te has podido permitir. Recuérдалo. Se fiarán poco de ti porque los jugadores no son de fiar. Pero no te metes coca, lo que es un punto a favor. Y además te marchaste de la mesa con el dinero suficiente para comprar este trasto, lo que quiere decir que no eres tan tonto como para perderlo todo. Eso es otro punto a favor.

—Creí que íbamos a ver a Eaton. Si vas a llevarme directamente a la boca del lobo, empezaré a pensar que estoy de más en este grupo.

Adam lo miró serio, como pocas veces Max lo había visto.

—No digas eso ni en broma, jefe. Somos un equipo. Esto se me da mejor que a nadie. Hago contactos, descubro cosas. Tus habilidades son otras.

Sabía que su compañero tenía razón. Ellos dos, y los otros, los que faltaban, Dylan y Mei, habían sobrevivido a cientos de cosas porque trabajaban juntos. Pero Max llevaba un día entero sintiendo que lo traían y lo llevaban, como a una maleta. Sin tomar ninguna decisión real ni aportar gran cosa. Sin duda, eso cambiaría en cuanto empezase el trabajo de campo. Pero de momento dependía de los contactos de Adam. Y más le valía aprovecharlos al máximo.

—¿Tú te fías de Eaton?

—Yo no me fío de nadie, jefe. Pero es lo mejor que tenemos y no parece un mal tipo. Al menos sobre el papel. Le he estado vigilando. Trabaja, no parece que tenga ningún lío de faldas y no frecuenta lugares sospechosos. Le

gusta beber cuando no está de servicio, pero no se emborracha.

Max seguía sin creer que aquella fuera su mejor baza, pero era cierto que no había otra puerta a la que llamar, así que arrancó la camioneta y se dejó guiar.

Sean Eaton resultó vivir en un bloque de apartamentos bastante modesto cerca del Centro. Un edificio alto que parecía tener más ventanas que pared. Con la que estaba cayendo, imaginó que los limpiacristales, si los había, estarían maldiciendo a todos los dioses de la lluvia.

Les abrió la puerta en vaqueros. Llevaba una camiseta de fútbol americano limpia y hasta planchada. O bien era un excelente amo de casa, o bien pagaba para que le plancharan la ropa. El apartamento, tal como Max vio cuando entraron, también estaba limpio y ordenado. Sin embargo, no se trataba de una tapadera como con Abney. Había fotos de Eaton, que ahora rondaba los cuarenta años, con el equipo de fútbol del instituto. También un par con sus padres y otra con una chica tan parecida a él que solo podía ser su hermana. El piso no era grande, pero tenía un pequeño salón con un sofá de dos plazas y en el que también cabía un sillón de masaje con reposapiés. Ese fue el que escogió Eaton.

—La cocina es esa puerta de ahí. Si queréis algo de beber, hay cerveza fría en la nevera. Perdonad que no vaya hasta allí, pero ha sido una semana criminal. Y no, no es un chiste de polis. Hace unos años me dispararon en las piernas. En las dos. Esta lluvia me hace polvo, literalmente. Me vine aquí por el sol, pero ya veis. Podéis sentaros, por cierto.

Adam y Max ocuparon el sofá. El tipo les cayó bien de inmediato. A ambos. Era simpático, directo y no se andaba con tonterías.

—Menos mal que me avisaste de lo que me traías, Mark. —Eaton se dirigía a Adam. Max se cuidó mucho de mostrar que el nombre falso lo había sorprendido.

—Este es Tim, el tipo del que te hablé. Por supuesto, ese no es su nombre, como imaginarás.

—Y también me imagino que el tuyo no es Mark. El mío, en cambio, sí es Sean. ¿En qué puedo ayudaros, en realidad?

—Necesitamos acceder a los Cortés.

Eaton abrió los ojos como platos y empalideció de repente.

—¿Que tenéis que qué? ¿Estáis locos? Llevo diez años, puede que más, investigando a esa familia. Desde una distancia prudencial. El confidente más cercano que tengo es un camello de tercera. Avanzo tan despacio con esto que a veces me da la sensación de que camino hacia atrás. ¿Y vosotros queréis infiltraros en su organización?

Eaton miró a Max con mayor detenimiento, pero se dirigió a Adam.

—Imagino que ese es el motivo de las pintas de tu amigo.

Max mostró las palmas de las manos. No había mucho más que pudiera hacer ante aquel ataque de prudencia excesiva.

—Es importante, Sean. No puedo darte todos los detalles, pero necesitamos acercarnos. No queremos que nos des nombres ni que nos pongas en contacto con nadie.

Había llegado el momento de que Max emplease esas otras habilidades suyas. Así que tomó la palabra.

—Danos un lugar. Una dirección. No necesitamos nada más. Yo entraré y haré lo que tengo que hacer. No voy a tratar de convencerte de que soy bueno, pero te aseguro que lo soy. Me meteré allí solo. Te daré lo que obtenga a la salida.

Aquello suponía desoír las instrucciones de Abney, pero su misión estaba clara: debía descubrir al topo. La competencia entre las agencias gubernamentales de Estados Unidos no le concernía. Aquel era su país tanto como lo era Inglaterra, pero Arcángel se encargó de que su patriotismo se

difuminara hacía ya mucho tiempo. Max se había convertido en un tipo pragmático. Y el cebo que acababa de arrojarle a Eaton parecía funcionar a la perfección. Al hombre le brillaban los ojos. Lo que quería decir que no había mentido al explicarles que su investigación iba mucho más lenta de lo que a él le gustaría. La intervención de Max le daría un empujón. Y seguro que los superiores del agente le darían un respiro. Debía de ser una tortura mantenerse a la altura de los demás con las piernas agujereadas en un clima como aquel.

—¿Solo un lugar? —preguntó. Parecía que dudara, pero en realidad ya había rendido su última resistencia.

—Nada más —confirmó Adam.

Eaton todavía movió la cabeza de arriba abajo, en un gesto de asentimiento, antes de hablar.

—Hay un local de baile latino en la costa. Se llama Miami Sound Machine, ya sabéis, como el grupo de Gloria Estefan. Pero no tiene nada que ver con eso. Allí es donde la familia baila y se divierte. Por lo que sé, no es donde trabajan. Pero podría ser un buen punto de contacto.

—¿Y nunca has estado allí?

Eaton levantó las manos a la altura del pecho, como si alguien lo estuviera apuntando con un arma.

—Ni loco, Mark. Puede que no se lleven allí el trabajo, pero esa gente es de gatillo fácil. Yo me muevo en otros escenarios, ya os lo he dicho. Camellos de tercera fila, gente que no puede darme mucho, pero con la que tampoco me arriesgo demasiado. Tengo un caso sólido. En realidad solo me falta...

—Lo que yo pueda sacar de allí —terminó Max—. No te preocupes. Yo siempre cumplo mis promesas.

Capítulo 8

No parecía que hubieran dejado a Eaton demasiado convencido de sus posibilidades de éxito, pero la confianza de los demás no era algo que preocupase a Max en exceso. Estacionó la camioneta en el aparcamiento de clientes del Miami Sound Machine, apenas un recinto sin asfaltar, con gravilla y más charcos que suelo firme. Colillas flotaban en la superficie de agua estancada junto a paquetes de tabaco arrugados. Imposible llegar al interior sin empaparse los bajos de los vaqueros.

El edificio que albergaba aquella especie de *pub* o discoteca no se diferenciaba de cualquiera de los almacenes que abundaban en la zona. Excepto por el neón tricolor que, al apagarse y encenderse, mostraba la silueta de una pareja de baile. La falda de ella subía y bajaba con cada parpadeo de las luces. No sería un local elegante, pero al menos le habían puesto empeño.

Una vaharada de calor y olor a sudor, mezclado con todo tipo de perfumes, golpeó a Max en el rostro en cuanto abrió la puerta. Por debajo de aquella primera impresión también distinguió el hedor de cerveza vieja derramada en el suelo, típico de los locales con mala ventilación y pobres hábitos de limpieza.

La mayor parte del aforo se concentraba en la pista de baile. Una superficie redonda delimitada por pequeñas luces led de colores incrustadas en el piso. La canción, ensordecedora, correspondía a un éxito de hacía más de diez años. Un hombre proclamaba a los cuatro vientos que algo había valido la pena porque fue necesario para estar con su amor. La salsa no desagradaba a Max, que era un buen bailarín, pero le sorprendió que los Cortés, dada su procedencia, no prefiriesen un bar donde la música fuese más reciente.

Se acercó a la barra, pidió un *whisky* doble que el camarero se aseguró de cobrar en el acto, y se apoyó en ella buscando a alguien que pareciera miembro de la familia. Aquel tipo de ejercicio no solía resultar difícil. Todo ecosistema social establecía jerarquías, y esas jerarquías se respetaban de manera casi solemne. En un lugar donde la voz cantante correspondía a la de un narco, debía de haber al menos un lugar principal que los camareros atendiesen con mayor diligencia que el resto. Con toda probabilidad, mujeres bonitas adornarían ese punto de la sala. Habría una figura preponderante, algunos secundarios y, alrededor, personajillos de poca monta. Estos últimos constituían el objetivo de Max.

Con la luz tenue del local no resultaba fácil distinguir sus rasgos, pero sí se veían las oleadas de movimiento. Había una zona con mesas y sillas ligeramente elevada sobre la pista. Bandejas de bebidas iban en aquella dirección y regresaban llenas de vasos vacíos. Max se dirigió hacia allí, pero no tardó en ser interceptado por un tipo enclenque peinado exactamente como él.

—Ese no es sitio para ti, amigo —le dijo. Y se las apañó para que su voz sonase por encima de la música. También le indicó que volviera a la barra con un gesto de la cabeza. Max obedeció.

—En serio, tío. No sé qué haces aquí, pero este sitio no es para ti. Yo que tú me tomaba eso y me largaba. Por si acaso.. este es un local familiar, ¿sabes? No nos gustan mucho los intrusos.

—Creí que América era un país libre —dijo Max forzando su acento inglés todo lo que pudo.

—¡Eh! ¡Eres de Inglaterra! Tío, me encanta cómo habláis en Europa.

Max sonrió.

—Mira, me caes bien. —Parecía que el hombrecillo, que se veía muy joven, en realidad iba a tener aquella conversación él solo. Max no estaba

necesitando hacer nada—. Me caes bien, pero es mejor que te vayas. Has tenido suerte, has dado conmigo y no con uno de los perros salvajes de mi tío. Esos tipos no te habrían pedido que te fueras, ¿sabes? Te habrían sacado de aquí en pedazos.

—Yo no busco problemas —dijo Max. No quería parecer asustado, pero sí mostrar cierta alarma.

—Y no los encontrarás. Te daré una oportunidad, tío. Por el acento y porque me tratas con respeto.

Parecía evidente que nadie había tratado al chaval con respeto en toda su vida, así que Max jugaría esa baza.

—Me llamo Emilio, ese es mi nombre —dijo tendiéndole la mano a Max—. ¿Quién eres tú y por qué está un inglés en este barrio de Miami?

—Me llamo Tim, Tim Raven. He tenido que dejar aquello. Busco una vida nueva, Emilio. A lo mejor me puedes ayudar en eso. Parece que tienes buena posición aquí.

Emilio se irguió, puso los hombros rectos como si le hubieran dado una orden de firmes. En realidad el chico resultaba bastante patético, pero había algo que a Max le pareció... ¿bueno, quizá? De cualquier manera no hizo caso de ello. No estaba allí para hacer amigos.

—Soy sobrino de Enrique Cortés. Supongo que has venido por él. Mi familia tiene negocios en la zona y algunos de esos negocios los llevo yo. Mi tío confía en mí, ¿sabes?

Por cómo giró la cabeza en dirección al reservado quedaba clarísimo que su tío no confiaba en él en absoluto.

—Entonces he caído de pie, ¿no? ¿Tú puedes darme trabajo?

—Puedo, tío. Claro que puedo. Pero ¿por qué iba a hacer algo así? Además, ¿tú sabes quién es mi tío? Desde aquí no lo ves, pero es un tipo enorme. Lleva un parche en el ojo. Negro. Podría ponerse un ojo de cristal

perfecto, pero prefiere recordar a cada momento cómo ha llegado a donde está.

—¿Es tuerto?

—Desde que era un crío. Era más joven que yo cuando una familia rival lo secuestró. Querían información sobre la localización de los laboratorios del padre de mi tío, pero él no abrió la boca. Ni cuando le sacaron el ojo con una cucharilla. Dicen que ni siquiera gritó. Se mordió los labios con tanta fuerza que también le falta un trozo. Pero ahora todo el mundo lo respeta.

Esa historia no se la había contado nadie a Max. Ni Eaton ni Adam. Y no le alegraba la noche conocerla, precisamente.

Capítulo 9

—Desde luego, tú sí que sabes cómo dejarle mal cuerpo a un tío en cuanto lo conoces, ¿eh, Emilio?

El chico se rio con ganas. Echó la cabeza hacia atrás y se palmeó el muslo. Por lo visto le encantaba haber perturbado así al recién llegado. Max sabía que el muchacho trataba de compensar un complejo de inferioridad. Cada uno de sus gestos lo hacía evidente. Desde el orgullo que mostró cuando Max le dijo que era alguien importante hasta aquella risa extemporánea. Pretendía dar una imagen autosuficiente, pero en realidad parecía un adolescente riéndose en voz demasiado alta de un chiste que no tenía tanta gracia. De todos modos, Max siguió con la pantomima.

—Voy un momento al baño, tío.

Emilio carraspeó. Ya no se reía, pero su cara demasiado juvenil mostraba una sonrisa de oreja a oreja. Cuanto más lo miraba, más tenía Max que recordarse que el muchacho solo era un contacto y que él estaba allí solo para una cosa.

—¿No tenéis tipos duros en Inglaterra? —preguntó.

Max levantó los brazos y se encogió de hombros.

—Allí hay de todo, pero yo he cruzado el charco, ¿recuerdas? Precisamente para no tener que vérmelas con gente que te saca los ojos. No sé si ves por dónde voy.

El muchacho parecía nervioso. Por una parte, le encantaba tener razón. Max, o Tim, como él lo conocía, era un hombre corpulento y con aspecto de haber vivido mucho. Así que a Emilio le hacía sentir bien cómo consiguió asustarlo con la historia de su tío. Por otra parte, no tenía muchas oportunidades de fardar, así que no quería que su nuevo colega desapareciese tan pronto de escena.

—Voy al baño —dijo Max.

—En realidad deberías quedarte aquí, ¿sabes? —improvisó el más joven de los Cortés—. Si te vas ahora pensaré que no tienes lo que hay que tener para entrar en la familia. Y conste que no te estoy prometiendo nada, pero comprenderás que no vamos a fiarnos de alguien que sale corriendo porque le cuentan una historia.

—No he salido corriendo —contestó Max. Trató de imprimirle a su voz un tono vacilante que le quedó muy convincente.

El volumen de la música los obligaba a gritarse, pero no parecía que alguien los estuviera escuchando. Claro que tampoco parecía que pudieran oírles, en realidad. No había nadie allí que bebiese solo. Por eso Max llamó tanto la atención de Emilio desde el principio.

Aprovechó la pausa en el discurso para examinar el local una vez más. El lugar donde se encontraba Enrique Cortés, permanecía en penumbra, pero las camareras iban y venían con la misma celeridad que hacía un rato. La pista de baile continuaba llena, la barra servía sobre todo cervezas.

Sin venir a cuento, Emilio le dio una palmada a Max en la espalda.

—En realidad es normal, ¿sabes? Tener un poco de miedo a mi tío. No vas a encontrar una persona como él en todo Miami. Pero no te preocupes, no creo que lo conozcas. Si te pido que hagas algo para mí, en realidad trabajarías para mí.

Emilio se apuntaba a sí mismo con los pulgares. Max estaba seguro de que había visto ese gesto en alguna película. Nada de lo que hacía el chico parecía natural.

—Claro, tío —dijo Max—. Yo no quiero nada más que un curro. Para pagar las facturas y darme un capricho de vez en cuando.

Emilio asintió y le dio otra palmada a Max. También en la espalda.

—Pues ve a donde tengas que ir. Cuando vuelvas hablamos. Pero no

tardés. Esto está lleno de gente que busca su oportunidad.

—No tardo, Emilio. No tardo nada —respondió Max. Y se alejó.

En realidad no tenía ni la menor idea de dónde estaba el baño. Echó un vistazo y descubrió un pasillo más oscuro que el resto. Para llegar a él tenía que rodear la pista o atravesarla. Los altavoces lo llenaban todo del compás de canciones que hablaban de amor no correspondido y deseos ardientes. Dentro y fuera de la pista, las parejas se movían con mayor o menor destreza al ritmo de la salsa. Las mujeres giraban como bailarinas de cajas de música. Los hombres se movían con agilidad. Se veía que lo que Eaton les había dicho era cierto. Más que un local para hacer negocios, el bar era un lugar de ocio.

El ambiente parecía relajado. Max se fijó en que los bailarines no parecían armados. Ninguno llevaba chaqueta, pero sí camisas vistosas y estrechas. Imposible esconder un arma bajo aquella ropa. Claro que también había hombres y mujeres sentados a las mesas que rodeaban la pista de baile o acodados en la barra. De esos no podía decir nada con seguridad.

Escogió rodear la pista. Eso le daba más tiempo. Sospechaba que si tardaba un poco más en volver, Emilio se pondría nervioso. El muchacho no querría perder a su flamante «empleado». Además, así podía examinar mejor el local y a sus ocupantes. Afortunadamente, nadie parecía estar fijándose en él.

Hasta que una mujer bajita pero muy bien proporcionada se cruzó en su camino.

—¿Bailas conmigo? —le dijo en perfecto español.

Max asintió con la cabeza. Cuando volviera a su lugar junto a la barra, Emilio trataría de abroncarle por haber tardado, pero aquella pequeña falta de disciplina podría volverse un motivo más de complicidad. Ambos bromearían sobre mujeres. Esas cosas siempre unían a los desconocidos. Aunque se

tratase de vínculos falsos y frágiles.

La mujer llevaba un vestido fucsia con bisutería brillante en el escote. Cuando Max la tomó por la cintura se dio cuenta de que medía mucho menos de lo que le había parecido en un primer momento. Le sonreía desde abajo, con unos labios pintados de rojo y los ojos enmarcados en negro. Los tenía grandes y bonitos.

—Nadie baila conmigo. Me dicen «tapón». Pero bailo mejor que cualquiera de esas.

Max sonrió. No podía evitar que la cortesía británica aflorase en cualquier momento.

—Pues vamos a bailar —contestó.

La mujer se sorprendió del acento de Max, pero él no le dio tiempo de decirle nada. Llegaba el estribillo de la canción. En esta ocasión, hablaba de la receta para quien se sintiera triste. Una receta que consistía en bailar, y que Max aprovechó para hacer girar a su compañera. Ella reaccionó como una profesional. No sabía qué tal se defenderían las demás en la pista, pero su pareja bailaba muy bien. Puesto que a él tampoco se le daba mal, Max se olvidó por un momento de los Cortés, de Emilio y de la DEA. Una canción de tres minutos era una distracción que podía permitirse.

—No estuvo mal —dijo la mujer cuando la canción comenzó a mezclarse con la siguiente.

—Tenías razón —respondió Max—. Bailas muy bien.

Ella sonrió y se dirigió al lugar desde donde lo había arrastrado, así que Max se quedó solo en medio de la pista. Las parejas seguían bailando a su alrededor. Trató de salir de allí sin molestar a nadie. Ya había hecho esperar a Emilio lo suficiente, así que se dio la vuelta para atravesar la pista.

Entonces la vio. Una mujer esbelta y morena que lo miraba con una media sonrisa mitad diabólica y mitad angelical. Hacía tiempo que Max no se

encontraba con una mujer que, literalmente, le cortara la respiración. No se trataba de su belleza, Max conocía muchas mujeres guapas. Era otra cosa. Algo que le daba a aquella desconocida un aura diferente. Quizá el hecho de que lo mirase como si lo invitara mientras bailaba con otro tuviera algo que ver.

Max decidió ignorarla. Tenía que volver al caso. Aunque le costaría seguir manteniendo el ego de Emilio alto ahora que no podía quitarse de la cabeza a esa desconocida de melena infinita y mirada enigmática.

—¿Dónde estabas, tío? Estaba a punto de largarme.

Tal como Max previó, Emilio se había puesto nervioso. Y no, no estaba a punto de irse. De hecho, había pedido otra copa.

—Lo siento, de verdad. Una mujer me arrastró a bailar. Y yo soy un caballero, ¿sabes? Un caballero no le dice que no a una dama.

El gesto de Emilio revelaba que no sabía muy bien cómo reaccionar. Por una parte, deseaba mostrarse como un jefe duro, y por otra, quería ganarse el favor del desconocido. Optó por esto último.

—Así que eres un conquistador, ¿eh? En ese caso te perdono. Para eso venimos aquí los Cortés. A divertirnos. Yo tampoco le habría dicho que no a una mujer. Las mujeres están para que cumplamos todos sus deseos, ¿eh?

Max echó un nuevo vistazo a la sala. Se dijo que para valorar la situación una vez más, pero en realidad buscaba a la mujer cuyos deseos sí le gustaría complacer. Emilio se dio cuenta.

—Pero ahora estás conmigo, ¿de acuerdo? Deja que te invite a una copa. No podemos hablar de negocios sin una copa. La primera es mía, luego las pagas tú.

—Claro, tío. Gracias. No me sobra la pasta ahora mismo.

Mientras Emilio llamaba la atención del camarero, Max volvió a perder la vista entre la gente. La desconocida seguía bailando con un tipo al que no

prestaba ni la menor atención. Miraba a Max con la insistencia de una pantera. Él sabía que debía ignorarla, pero Emilio ya no suponía ningún reto. Ya lo había convencido de que le diera trabajo. O, más bien, se había convencido solo. En contra de su costumbre y del sentido común, Max se dirigió una vez más a la pista de baile.

Capítulo 10

Los pocos metros entre la barra y el círculo rodeado de luces led se le hizo eterno. Procuraba no mirar a los lados, pero enseguida se dio cuenta de que algo no iba del todo bien. Eso no había pasado un momento antes, cuando bailó con la mujer bajita del vestido fucsia. Pero no quería pensar en ello. No quería pensar que se estaba metiendo en la boca del lobo. No sabía quién era aquella mujer de ojos negríssimos y pestañas inmensas. Solo sabía que su sonrisa malévola lo llamaba. Y que quería acudir a esa llamada.

Mientras caminaba hacia la pista como si el hilo invisible de un hechizo tirase de su voluntad, Max tuvo que admitir que el deseo no era común en él. Llevaba años demasiado centrado en el trabajo. Años en los que su único contacto con la realidad se producía a través de sus compañeros: Adam, Dylan y Mei. Con la excepción de su encuentro con Ana Martínez. Aunque ni siquiera por ella había sentido ese magnetismo impregnado de inevitabilidad. No. Ambas mujeres y las reacciones que habían despertado en él eran completamente distintas.

Y ahora se acercaba a una mujer del todo desconocida que destilaba peligro. Y lo hacía con la misma inevitabilidad que las polillas que se acercan a morir chamuscadas por la luz de las bombillas desnudas.

Se dijo que no, que él no era una polilla. Por mucho que la melena casi negra de la mujer se extendiese sobre sus hombros como una tela de araña perfecta y brillante, él no era una mosca. Bailaría con ella. Y luego se iría.

La música retumbaba en las paredes y algunas personas se apartaron al paso de Max. Un hombre vestido con una camisa blanca desabrochada casi hasta la cintura y pantalones negros muy estrechos dio un paso atrás cuando vio adonde se dirigía Max. No fue el único que actuó de modo parecido. La mujer de fucsia giró la cabeza en su dirección cuando uno de sus amigos, uno

de aquellos hombres que no querían bailar con ella, le señaló la escena. Inmediatamente negó con la cabeza y volvió a su conversación.

Con el rabillo del ojo Max captaba los movimientos de la sala, pero no era capaz de relacionarlos consigo mismo.

Entonces alcanzó a la mujer y se dio cuenta de que ella no estuvo sola en ningún momento. Él se había obsesionado hasta tal punto con sus ojos y con el magnetismo de su sonrisa que, simplemente, dejó de ver al hombre con el que bailaba. No le atraía en absoluto la idea de protagonizar una escena, pero ya había dado el primer paso. Si ahora se retiraba, parecería un imbécil. Y no podía permitir que Emilio lo viera flaquear. Gran parte del éxito de su entrada en la familia de los Cortés dependía de que Emilio lo admirase.

Afortunadamente no tuvo que pedirle al hombre que le cediera a su pareja. La mujer se encargó de quitárselo de encima en el siguiente giro. Solo se soltó de sus manos y tomó el hombro de Max.

A partir de ese momento Max se encomendó a los dictados de la música. Se movió hacia adelante y hacia atrás, en una sincronización perfecta y tan poco natural que consiguió que el resto de bailarines les hicieran un pequeño corro. Si la mujer del vestido fucsia se había movido con destreza, esta otra lo hacía a la perfección. Cada vez que se acercaban el uno al otro, Max olía el perfume de su cabello. En aquella marabunta de sudores ajenos que se mezclaban, de bebidas alcohólicas derramadas, Max era capaz de percibir un ligero aroma a hierbas combinado con algo más dulzón que identificó como leche de coco.

No la tocaba más que lo imprescindible para no perder los pasos, pero quería más. Y sin embargo, la salsa no lo permitía. No era aquel un ritmo para bailar pegados. Con cada vuelta la expresión de ella cambiaba. La malicia que le había llamado la atención se tornó sorpresa primero, y agrado después. De seguro porque Max era un hombre alto, evidentemente

caucásico, que se movía con una soltura reservada a aquellos que habían crecido rodeados de ritmos latinos. Max se alegró de que su madre lo hubiera obligado a asistir a clases de baile.

Había sucedido como castigo. De pequeño, aunque casi siempre se portaba como un niño obediente y respetuoso, pasó por una etapa conflictiva. Empezó a meterse en peleas. La cosa terminó de mala manera cuando lo expulsaron del colegio por meterse con un chico de su edad que, precisamente, se preparaba para ser bailarín profesional. Su madre lo castigó haciendo aquello de lo que se había reído. Fueron unos meses espantosos. Max los recordaba como una sucesión de humillaciones. Por fortuna, el trabajo de su padre obligaba a la familia a cambiar de residencia con cierta frecuencia. Pero ese curso se convirtió en blanco de las mismas bromas pesadas que él había gastado. Y aprendió a no cometer el mismo error dos veces. También aprendió a bailar. Y allí, en aquella discoteca, rodeado de narcos colombianos, agradeció el castigo materno.

La canción terminó mucho antes de lo que Max había querido y, en cuanto lo hizo, la mujer se separó de él y abandonó la pista. Las demás parejas de bailarines, las que se apartaron para dejarles espacio, recuperaron poco a poco el lugar que les pertenecía.

Max la siguió con la mirada y comprobó que las señales de peligro que había percibido e ignorado sistemáticamente estaban allí por algo. La chica, su pelo negro y su vestido plateado como de sirena desaparecieron en la semioscuridad que ocultaba al patriarca de los Cortés. De todas las mujeres del mundo, se había cruzado con una de las más peligrosas. Esperó que, al menos, no fuera la hija del narco. O la esposa. O la amante. Aquella gente era tan celosa de sus familias como de sus negocios. Quizá más.

En cualquier caso, aquel no era momento de quedarse parado como un pasmarote en mitad de la pista. Echó andar hacia adelante, en la dirección en

la que creía que se encontraba el baño. Ahora que la chica había desaparecido, Max se convirtió de nuevo en un hombre anónimo. O, al menos, tan anónimo como podía ser un gringo en medio de un montón de ciudadanos del sur del continente. Confió en su aspecto desastrado y abrió la puerta del lavabo de hombres. Necesitaba hacer una pequeña estimación de daños antes de volver a reunirse con Emilio.

Se encerró en uno de los cubículos, sorprendentemente limpio, y bajó la tapa del retrete. Se sentó y apoyó la espalda en la pared. Una tubería se le clavó a mitad de la espalda, pero no le hizo caso.

Tal y como él lo veía, solo podía hacer una cosa: regresar adonde estaba Emilio, sonsacarle tanta información como pudiera sobre la chica y ofrecerse a llevarlo a casa. El de chófer no era el mejor trabajo del mundo para acceder a lo que debía averiguar, pero era un comienzo. Eso, suponiendo que Emilio no hubiera desaparecido escalera arriba al ver su metedura de pata. El muchacho no era mala gente ni tampoco parecía un tipo duro. Si aquella mujer era la hija o la mujer de su tío, Max se había metido en un lío. Se pasó los dedos por el pelo, pero el tacto de la gomina lo puso más nervioso.

Estaba a punto de abandonar el baño cuando la puerta de fuera se estrelló contra la pared.

Max se llevó la mano al costado, pero recordó que no estaba armado. Tras el golpe se oyeron unos tacones que trastabillaban y dos respiraciones agitadas. Aquello lo retrasaría, pero al menos no se trataba de un par de matones que fueran a por él.

La pareja se apoyó en la puerta del cubículo de Max. Alguien trató de abrirla, pero no lo consiguió.

—Aquí hay alguien —dijo una voz femenina.

—Pues vamos a ese —contestó un hombre.

No hubo respuesta, solo algunos jadeos más y una puerta que se cerraba.

Max sabía lo que llegaría a continuación y no tenía ningún interés de escuchar esa banda sonora, así que salió de su cubículo y volvió al ruidoso lugar.

Las cosas habían vuelto a la calma. Bailarines en la pista, grupos en las mesas, hombres junto a la barra. Desde donde estaba no podía ver a Emilio, pero prefirió no sacar ninguna conclusión apresurada. Caminó con calma y ensayó una pose de arrepentimiento.

Capítulo 11

Emilio, efectivamente, no se había ido. Pero que lo estuviera esperando no quería decir que lo hiciera de buen humor.

—Tío, Tim, ¿estás loco?

Max miró a su alrededor, como si estuviera asustado.

—No sé qué ha pasado, Emilio.

—¿Que no sabes qué ha pasado? Pues ha pasado que te has metido en un lío de tres pares de cojones. Nadie baila con mi hermana sin permiso de mi tío.

Max no podía creerlo. Lo mirase por donde lo mirase, era imposible que dos personas tan diferentes compartiesen genética.

—No quiero parecer un capullo, pero ella me llamó, ¿sabes?

—¿Me tomas el pelo? —casi gritó el joven Cortés—. ¿Cómo te llamó? ¿Por teléfono? Estaba con otro tío y te metiste en medio. Joder, ¿es que en tu país no os enseñan modales?

Explicarle a Emilio la conexión que había sentido con los ojos de su hermana no tenía sentido, así que Max ni siquiera lo intentó. Optó por una vía más peligrosa, pero que quizá le permitiera convertir en una ventaja algo que, evidentemente, no había sido más que un error.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó.

Emilio se pasó los dedos por el pelo para peinarlo hacia atrás. No parecía que tuviera ningún problema con su propia gomina.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Depende del humor de mi tío. Hoy estaba bien, así que a lo mejor no pasa nada. Pero no le gusta que toquen lo que es suyo, ¿sabes? De momento, tío, me temo que no vamos a poder hacer negocios juntos.

Max dio un respingo. Temía estar sobreactuando, pero necesitaba que

Emilio lo creyera. Y para eso tenía que hacer que se considerase mucho más importante de lo que era en realidad. Incluso imprescindible.

—No, no, no. Emilio, tío. Sé que nos acabamos de conocer. No me conoces de nada, en realidad, pero necesito trabajar. Si he venido aquí es porque os respeto. A los Cortés. A tu tío y a ti. Necesito algo, lo que sea. Tengo que arreglar esto.

Emilio le dio un trago a un vaso en el que no quedaban más que los hielos. Se le veía inquieto.

—No puedes hacer nada, Tim.

Aunque la verdad era que no tenía que hacer nada. Algo pasaba a su espalda. Emilio miraba a un lado y asentía. Si no hubiera sido por las luces cambiantes del bar, Max habría jurado que empalidecía.

—¿Qué pasa?

—Mi tío quiere verte —dijo el muchacho en un tono de voz que apenas permitió a Max oírle. De hecho, más que distinguir las palabras, las intuyó. Luego no tuvo más que seguir al chico, que se dirigió al reservado como si lo llevaran a la horca. Nada quedaba de la risa floja ni del presuntuoso Emilio Cortés que quiso impresionar al desconocido. El chico que lo precedía parecía derrotado. Cuanto más lo conocía, más simpatía sentía Max por él.

Se había encontrado con algunas personas de un perfil similar. Recordaba con especial detalle a un chico en Yemen. Un soldado muy joven a las órdenes de un comandante al que admiraba. Quería ganarse su favor. Deseaba por encima de todas las cosas ser como él. No era de extrañar. Los militares de alta graduación son los héroes en las zonas de combate. Pero el muchacho carecía del valor necesario... O de la falta de humanidad, más bien. Lo que Max había visto en aquella misión no podía describirse con palabras. Las masacres de una guerra de guerrillas no podían compararse a la situación de Emilio Cortés, que llevaba el apellido de un narco despiadado y, por lo tanto,

estaba bajo su protección, por precaria que esta fuese. No, la situación no podía compararse, pero la actitud de los dos chicos era tan parecida que Max temía que su final también lo fuera.

Hubo una orden que aquel soldado yemení no pudo cumplir. Como militar de profesión, aunque ya no perteneciera a más ejército que al suyo propio, Max comprendía los sentimientos encontrados al recibir órdenes que atentaban contra sus principios. Pero las fuerzas armadas de Estados Unidos e Inglaterra no te condenaban a lo que sufrió aquel chico por culpa de su debilidad... O de su calidad humana. Por no torturar, fue torturado. Y Max lo presencié, infiltrado. Solo esperaba que en esa ocasión no sucediese nada parecido. Porque él no era el mismo hombre. Y quizá en esa ocasión no dudaría en poner en peligro su misión.

Agitó la cabeza para volver al presente. No podía permitirse ese tipo de distracciones. Ya se había equivocado más que suficiente al acudir a la velada invitación de la sobrina de Cortés. Ahora no podía fantasear con la posibilidad de enfrentarse a él para salvar a un sobrino que, por lo que sabía, ni siquiera estaba bajo amenaza. Aunque su manera de acudir a la llamada del tío indicaba otra cosa.

Una camarera se guardaba una generosa propina en el bolsillo trasero de su falda vaquera, demasiado corta para llevarla en un lugar que no fuera aquel. Max se apartó para darle el paso, pero la chica era una auténtica profesional. Con una sonrisa de plástico levantó la bandeja por encima de su cabeza y siguió su camino. Max no quiso imaginar lo que habría presenciado, pero la cara de la chica, a pesar de sonreír, parecía una máscara.

Aunque la iluminación hacía que el reservado pareciera situado a una altura muy superior a la del resto del local, la verdad era que solo cuatro peldaños lo separaban del nivel donde bailaban las personas que no pertenecían a la familia. O eso había creído él al verlo desde lejos. Lo cierto

era que aquellas cuatro escaleras no conducían al reservado en sí, sino a una especie de antesala. Una cortina oscura separaba el reino del Tuerto del mundo poblado por el común de los mortales. Tras la misma, todavía existía una escalera de caracol por la que se accedía a un piso superior. Allí, por fin, encontró al hombre al que buscaba.

Max inspeccionó el espacio con cuidado. El reservado se abría como una especie de balcón desde el que se controlaba todo lo que sucedía debajo. Las luces que iluminaban la pista quedaban por debajo de la barandilla, así que nadie podía ver a Cortés o a sus secuaces.

Max había creído que aquello estaría lleno de mujeres ligeras de ropa y de hombres pertenecientes a las diferentes jerarquías del cartel, pero la única mujer allí era la sobrina del Tuerto. En cuanto a los hombres, solo dos protegían la vida de su jefe. Por su lenguaje corporal parecía evidente que se trataba bien de lugartenientes, bien de guardaespaldas, o bien, lo que parecía más probable, ambas cosas.

Don Enrique Cortés, alias el Tuerto, se sentaba en un sofá de polipiel granate que apenas soportaba su peso. Max había visto algunas fotografías, muy pocas, todas ellas malas, tomadas de manera apresurada por periodistas que no volvieron a publicar su trabajo en prensa. Sabía que el hombre era corpulento, pero no había imaginado que alcanzase aquel tamaño. Ocupaba el espacio de dos personas, pero, incluso sentado con las piernas abiertas como un antiguo monarca, no daba la impresión de estar gordo. Había algo regio en él. Vestía una camisa de color gris, o quizá azul claro. Resultaba imposible afirmarlo con esa luz.

Parecía imposible que aquel cuerpo hubiera subido por la escalera de caracol, así que Max echó otro vistazo al sitio donde se encontraba. Una de las paredes estaba cubierta por una cortina tan espesa como la de la planta inferior. Con toda probabilidad, allí debía de haber una segunda puerta. Tenía

sentido. De ese modo, nadie sabría cuándo Cortés estaba en el lugar y cuándo no. Excepto, claro, por el continuo goteo de camareras que subían y bajaban como si nada con sus zapatos de tacón y sus bandejas repletas.

Max esperó a que fuese él el primero en hablar. Si había un error que no estaba dispuesto a cometer, ese era el de pasarse de listo. Los reyes no permitían a sus súbditos hablar sin ser preguntados. Mucho menos a los prisioneros de guerra. Y Max se temía que era precisamente en ese segundo grupo en el que se encontraba.

—Emilio —dijo el Tuerto. La música sonaba más baja allí—, preséntame a tu amigo, por favor.

—Es Tim Raven, tío. Viene de Inglaterra. Busca trabajo.

Cortés no dijo nada. No había alcanzado su posición haciendo juicios apresurados ni dando ventaja a sus enemigos. Así que dejó que un silencio denso creciera entre él y Max.

Pero Max tampoco había conservado la vida siendo imprudente, así que siguió callado. Y así permanecería hasta que alguien le pidiera que abriera la boca.

—Buenas noches, Tim Raven —dijo Cortés al fin.

—Buenas noches, señor Cortés —contestó Max.

El hombre se pasó una mano enorme por la calva reluciente y luego se atusó una perilla teñida de rubio que le daba aspecto de pirata.

—¿Ese acento es de Inglaterra?

—Lo es.

El Tuerto amagó una sonrisa helada. Que no la terminara le dio un par de datos a Max. El primero, que el narco apreciaba la prudencia. El segundo, que no iba a confiar en él por las buenas.

—No eres un tipo muy hablador, ¿verdad?

—La discreción me ha llevado más lejos que la verborrea.

—La discreción, ¿eh? —Cortés echó una mirada rápida y un tanto despectiva a su sobrina. Max, por su parte, se cuidó muy mucho de mirarla. En primer lugar porque no quería volver a caer en el maldito hechizo que lo había puesto en el compromiso en el que se encontraba. En segundo lugar porque aquello daría una excusa a Cortés para saltar—. No me has parecido muy discreto hace un momento ahí abajo.

—Lo siento mucho si le he ofendido en algo, señor Cortés.

—Has bailado con mi sobrina favorita. Sin mi consentimiento.

—De nuevo le pido disculpas.

—Es fácil pedir disculpas, Tim Raven —dijo Cortés—. Pero ¿qué pasaría si yo aceptara las disculpas de cualquiera? Yo te diré lo que pasaría. La gente que está ahí afuera y que, al contrario que tú, no se atreve a entrar aquí porque este sitio es como mi segunda casa, esa gente, me perdería el respeto.

Max contuvo el aliento. Bajó los ojos para no resultar desafiante y continuó en silencio.

—¿Por qué has venido a Miami, Tim Raven? Convénceme de que puedo aceptar tus disculpas sin poner en peligro mi reputación.

Max conocía su coartada de memoria. Ahora lo único que tenía que hacer era soltarlo todo con una combinación adecuada de nerviosismo y seguridad.

—Perdí dinero. Mucho. No dejé deudas, pero tampoco un buen nombre que defender. Un jugador lo pierde todo cuando pierde su nombre. Necesito empezar de nuevo. Y necesito alejarme del juego. No quiero responsabilidades ni mucho dinero. Solo busco un trabajo que me permita sobrevivir.

Cortés le indicó que se detuviera.

—Espera, espera, espera —dijo—. Te he pedido que me convenzas de que no te mate, ¿y te pones a pedirme trabajo? ¿Dónde está esa prudencia de la que me hablabas hace un momento? ¿Te la has dejado en la madre patria?

Max no contestó, pero en esa ocasión su silencio no le sirvió de mucho. Emilio lo rompió por él.

—Hablaba conmigo de trabajo, tío Enrique. Dice la verdad.

El Tuerto estalló. Toda la capa de majestuosidad que había envuelto la mole de su cuerpo hasta ese momento se quebró como la cobertura de chocolate de una tarta barata.

—¿Y quién eres tú para hablar de trabajo con nadie, Emilito? ¿Y cómo que dice la verdad? ¡Acabas de conocer a este cabrón, joder! Podría ser del FBI o de la DEA. ¿Qué ha hecho? ¿Convencerte con su bonito acento?

Emilio se acobardó. Max tenía que reconocer que Cortés no era tonto. De hecho, había dado completamente en el blanco.

—Vosotros —dijo el Tuerto dirigiéndose a sus dos guardaespaldas— llevad a este atrás. Y que no vuelva.

«Que no vuelva». Las palabras resonaron en los oídos de Max como si Cortés las hubiera pronunciado con eco. Eso solo podía querer decir una cosa. Iban a matarlo.

Tensó los músculos y se dispuso a pelear. Pero entonces algo pasó fuera del reservado. Unos gritos confusos llegaron hasta allí y los dos hombres encargados de conducirlo hasta la parte trasera del bar sacaron sus armas.

—¡Los Mejicanos! ¡Los Mejicanos! —gritó alguien.

Capítulo 12

Para Max, los gritos, que no auguraban nada bueno, sonaron como un himno de salvación. No sabía quiénes eran esos Mejicanos, pero su aparición había hecho que la atención del Tuerto y sus secuaces se desviase de él. De hecho, sin esperar a ver qué hacían los demás, se dirigió hacia la parte baja del bar, donde se había desatado el caos. Los bailarines se habían separado de sus parejas en una desbandada que solo podía acabar con más muertos que los que provocaran las balas.

Cinco hombres armados con subfusiles de asalto disparaban al aire. La multitud buscaba una salida que no fuera la principal y corría hacia la puerta del baño. El pasillo que conducía a ella, estrecho tal y como Max había comprobado antes, funcionaba como una boca de embudo. Si aquello no terminaba pronto, la gente moriría aplastada.

Si quería hacer algo, debía bajar por la escalera de caracol y enfrentarse con ellos en la planta inferior. Así conseguiría dos objetivos: daría tiempo a Cortés para que saliese por su puerta secreta y demostraría que el Tuerto podía considerarlo un recurso válido.

Se mantuvo oculto entre las sombras, que se multiplicaron por efecto de los disparos. Queriendo o no, los Mejicanos habían destrozado varios focos, así que la visibilidad, ya de por sí pobre, se redujo lo bastante como para dar a Max cierta ventaja, aunque se asomase por completo para ver lo que sucedía debajo.

Cerca de la pista, la gente seguía agolpándose en el pasillo que desembocaba en los aseos. Solo unos pocos de los presentes se habían pegado a la pared con la vana esperanza de que no los vieran. Max asistía a los avances de los asaltantes. No les interesaban los de abajo. Los disparos les servían para abrirse camino hacia las escaleras que servían de antesala al

verdadero acceso del reservado. El miedo de la multitud les franqueaba el paso, así que se acercaban al reservado con rapidez.

En cuanto se dieron cuenta de lo que sucedía, los bailarines y los bebedores corrieron a la puerta principal. Nadie les impidió tomar ese camino.

Max echó un vistazo a su espalda. Los dos guardaespaldas o lugartenientes del Tuerto protegían su retaguardia. El hombre, voluminoso como era, no se movía con la agilidad de cualquiera de ellos, pero sí lo bastante rápido como para estar desapareciendo ya en las sombras, detrás de la cortina que Max identificó como su entrada particular al local.

Debajo, dos hombres armados con sendas semiautomáticas de pequeño calibre, posiblemente Beretta 92 o algo similar, miraban las escaleras con una presencia de ánimo y una frialdad dignas de admiración. Ambos eran hombres altos y musculados, vestían de claro y no dejaban que sus emociones se translucieran en sus rostros. Desde la posición de Max parecían esculturas. Excepto por la tensión provocada por su estado de alerta.

Cerca de él, Emilio y su hermana discutían. No los oía. Había demasiado ruido alrededor para comprender sus palabras, pero el hecho era que no corrían tras su tío. Se quedaron allí, en el reservado. Por lo que parecía, Emilio urgía a su hermana para que siguiera al tío. Ella, en cambio, se negaba. No parecía presa de la histeria. Simplemente no quería irse.

De seguro había un motivo para ello, pero Max no iba a pararse a analizarlo en ese momento. Al contrario, se aprovecharía de aquello. Necesitaba un servicio que prestar al Tuerto, y allí estaba: salvaría a su sobrina... Quisiera ella o no. Eso lo reconciliaría con Cortés y lo acercaría un poco más al cumplimiento de su misión.

Los Mejicanos casi habían llegado. Aunque no todos. Solo tres subieron el tramo de cuatro peldaños. Gracias al diseño de caracol de la escalera

interior, la subirían en línea. Los secuaces de Cortés ya habían salido tras su jefe, de manera que Max estaba solo con los sobrinos.

Cogió una botella de cerveza y le rompió la parte más ancha, sujetándola por el cuello. No se trataba de un arma muy sofisticada, pero tendría que servir. Con ella en la mano, se tendió junto al final de la escalera. El primero de los tres mejicanos llegó hasta el reservado y se paró justo en la entrada, desconcertado por no encontrar allí a su víctima. Max aprovechó el instante para cortarle una de las corvas. Lo hizo con tanta fuerza que la botella se le quedó clavada en la carne. Inmediatamente, desestabilizó la otra pierna y el asaltante cayó. A Max le bastó un segundo para sentarse a horcajadas sobre el caído y retorcerle el cuello. No oyó el sonido de las vértebras al partirse, pero sí sintió el crujido en los dedos.

Empleó el siguiente instante en agarrar el arma del muerto y dar un paso atrás sobre su espalda.

Emilio comprendió lo que estaba a punto de suceder y se tiró encima de su hermana. La cubrió con su cuerpo y la empujó hasta una pared. Fue lo bastante hábil como para derribar una mesa que les sirviera de parapeto. Aunque si alguna bala se perdía en aquella dirección, el aglomerado de las mesas no la detendría.

Desde la perspectiva de Max, todo sucedía sin sonido. Cuando necesitaba concentrarse de verdad le sucedía precisamente eso: borraba de su cabeza todo aquello que no fuera imprescindible. Así que no percibía los gritos que Emilio le daba a su hermana. Tampoco oía los disparos que seguían salpicando la escena. Ni los cristales que se rompían tras la barra. Solo esperaba a su siguiente víctima con el arma preparada.

El segundo mejicano no tardó en asomar la cabeza al alcanzar los últimos peldaños de la escalera. Max respiró hondo, apuntó y se la voló. El movimiento brusco de las cervicales hacia atrás fue más que elocuente.

Según sus cálculos, quedaban tres hombres. Esperó unos pocos segundos más, pero ninguno de ellos apareció. Se forzó a retomar contacto completo con la realidad y se dio cuenta de que ya no se oían más disparos. Los supervivientes debían de haber huido. Se acercó de nuevo al balconcillo, con cuidado, y contempló el desastre.

Parecía que el lugar había sido víctima de un huracán. Los espejos tras la barra, las botellas, los vasos... todo estaba hecho añicos. La pista de baile, vacía, presentaba restos de sangre. Quizá pertenecieran a alguna de las personas que había huido hacia el baño o hacia la puerta delantera. Cerca de la entrada del corredor yacían varios cuerpos.

Pero Max no tenía tiempo de ocuparse de nada de eso. Debía encontrar a Cortés y devolverle a su sobrina. Y para ello, lo primero que debía hacer era llevar a Emilio y a su hermana con él. Arrastrarlos si hacía falta.

—¡Emilio! —gritó—. Sal de ahí. Vamos, tenemos que largarnos.

Las mesas tras las que se ocultaban cayeron con estrépito hacia delante. En el silencio relativo en el que se encontraba el local, aquel pequeño desmoronamiento sonó atronador.

—Vamos, tenemos que ir con tu tío.

Emilio lo miraba con las pupilas dilatadas, como los cachorros o los niños muy pequeños que acababan de despertar de una pesadilla.

—Malena...

—¿Te refieres a tu hermana? —preguntó Max—. ¿Está bien? ¿La han herido?

Por un momento temió que su tique de entrada a la familia Cortés ya no existiera.

—No, no —contestó Emilio—. Está perfecta. Pero no quiere volver con el tío.

Max se acercó al escondrijo donde la chica todavía se encorvaba y la

agarró de la muñeca. El contacto de su piel todavía lo electrizaba, pero aquel no era el momento de dejarse llevar. Tiró de ella y la arrastró hasta el exterior del parapeto. Emilio la ayudó a incorporarse.

—Esto se va a llenar de policías en un momento.

—Pues me quedaré con ellos —porfió Malena.

—No —dijo Max. Y volvió a cogerla por la muñeca.

No estaba dispuesto a discutir. Tampoco tenía tiempo para hacerlo. Malena no parecía entender cómo funcionaban las cosas. Si se quedaba con la policía, no solo desbarataba el plan de Max, sino que se convertía en objetivo de su tío. Cortés no iba a dejar que simplemente lo abandonara. Era más que probable que ella tuviera información que él no podía permitir que se supiera. Pero, sobre todo, lo que ponía a Malena y a Emilio en peligro era el ego. Un narco que manejaba un cartel completo no dejaría que nadie se le escapara. Su reputación se resentiría, y con la reputación, los negocios.

Malena se resistió a Max. Trató de desasirse. Emilio, por su parte, solo miraba. Se le veía ansioso. El muchacho, débil o no, cobarde o no, sí sabía lo que estaba en juego.

—¡Nos matará, Malena! Si no vamos con el tío, nos matará —gritó el crío.

—Es mejor que vivir como vivimos —contestó la hermana.

Max no estaba dispuesto a esperar más. La levantó del suelo y se la cargó al hombro. Por supuesto, ella pataleó y le golpeó la espalda con los puños. Si hubiera dispuesto de una cuerda, Max la hubiera atado, pero no era el caso. Así que soportó los golpes y los gritos. Había estado en circunstancias peores.

Apartó la cortina tras la que desaparecieron los secuaces de Cortés. Tras ellas los esperaba una puerta. Nadie se había molestado en cerrarla, así que Max corrió a través de ella. Daba a una rampa exterior estrecha.

—Si no dejas de sacudirte como un pez, te golpearás en la cabeza. Y no será culpa mía, sino tuya.

Malena se mantuvo quieta mientras las pisadas de Max sonaban a metálico. El propio Cortés debía de haber tenido cierta dificultad para pasar por allí. Si había sido así, era posible que no se hubiera alejado demasiado.

—Callaos ahora los dos —ordenó Max. Y tanto Emilio como Malena obedecieron.

Eso le dio la oportunidad de prestar atención a los sonidos de la noche. Por una parte, la gente que había escapado del Miami Sound Machine huía en un caos de pisadas y lamentos, pero sus voces se perdían en la lejanía al otro lado del edificio. Por otra parte, ante él tenía la bahía y algunos embarcaderos sin lujo. El puerto deportivo no estaba allí, pero se veían, recortadas contra la débil luz de la luna que se filtraba a través de las nubes, algunos perfiles de embarcaciones.

Max oyó un motor que se ponía en marcha y la voz de Cortés que ordenaba a sus secuaces que se dieran prisa.

Corrió hacia el sonido. Una lancha se alejaba ya de la orilla. Había varias cerca, así que abordó una de ellas y peleó con el bloqueo de seguridad para ponerla en marcha. Si se daban prisa, podrían seguir al Tuerto. Todavía estaba a tiempo de llevar a cabo su plan.

Capítulo 13

El sonido del motor fueraborda de la lancha de Cortés era fácil de seguir. Sobre todo en la quietud de la noche. Lo que no resultaba tan fácil era comprender la conversación que Emilio y Malena mantenían en español. Él hablaba el idioma, pero no conocía los modismos colombianos. Lo único que estaba claro era que Malena lloraba y que Emilio trataba de consolarla, pero ella no parecía muy dispuesta a dejarse convencer.

Max prefería no mirar atrás. Si los sollozos de la chica ya lo conmovían, verla lo haría todavía más frágil. Algo que no podía permitirse. Por lo que había oído en el reservado, el tío no era precisamente amable con los sobrinos. Pero, aparte del empeño con que humillaba a Emilio, no parecía que los maltratara. Era posesivo con Malena, sí. Como tantos jefes de grupos fuera de la ley que creían que las personas les pertenecían en la misma medida que las cosas.

—No quiero volver allí —dijo Malena con la claridad suficiente para que Max la entendiera.

—Es lo más seguro, hermana. Lo sabes. No podemos escapar. Nos perseguiría.

—Tu hermano tiene razón —dijo Max, también en español, con un espantoso acento inglés.

Los hermanos callaron.

—Explícaselo tú, Tim. A mí no me hace caso. El tío Enrique no nos dejará marchar sin más.

—Para él no somos familia —dijo Malena—. Solo somos como jarrones caros o coches.

—Eso cambiará —contestó Emilio—. Ya te lo he dicho. Necesito un poco de tiempo, nada más.

—¡No tengo tiempo, hermanito! ¿Has visto cómo me mira?

Ahí estaba el problema, pues. A Max no se le había ocurrido, pero ahora que la chica lo decía, estaba clarísimo que el Tuerto mantenía a los dos hermanos a su lado debido a la exuberancia de su sobrina. Al menos todavía no la había tocado. O eso deducía Max de la urgencia de la joven.

—¡Y este muerto de hambre nos lleva de vuelta con él! —gritó la chica—. ¡No lo permitiré! ¡No puedo permitirlo!

Max no previó lo que estaba a punto de pasar. De repente sintió un golpe en la espalda. Malena se había pegado a él y le tapaba los ojos con las manos en una macabra imitación de un juego infantil. Pero ella no pretendía que él adivinara su identidad. Buscaba arrancarle los ojos. Max notaba cómo los dedos de la chica corrían por sus sienes buscando los párpados.

Soltó el timón de la lancha y forcejeó con Malena. No deseaba hacerle daño.

—Emilio, mantén el rumbo —ordenó.

El muchacho corrió hacia la parte delantera de la lancha, que se tambaleó. Mientras tanto, Max no tuvo demasiados problemas para reducir a Malena. Ella no tenía ninguna experiencia en lucha cuerpo a cuerpo. Solo miedo y una ira irrefrenable.

La oscuridad no se la puso fácil a la hora de encontrar un cabo con que mantenerla atada. Y ella tampoco se rindió con facilidad.

—Si no dejas de patalear, te juro que te tiro al agua.

Emilio miró hacia atrás. Mantenía su expresión de perrito asustado. Max lo compadecía. No había manera de que aquel chico escalase en la jerarquía del cartel. La amenaza surtió efecto en la chica, que dejó de agitarse.

—¿Tengo que atarte o vas a dejar que lleguemos a la orilla? —dijo Max.

—Haz lo que quieras, Tim Raven.

Ella tenía todo el coraje que le faltaba al hermano, eso había que

concedérselo.

Max decidió no jugársela. Estaban a mitad del océano y no le haría ninguna gracia que alguno de los dos chicos muriese ahogado por no tomar la simple precaución de atarla. Como todas las embarcaciones de recreo, la lancha disponía de una buena cantidad de soga. Max la empleó para inmovilizar a la chica y tomó de nuevo su lugar en el timón. Comprobó que Emilio no había perdido el rumbo. Aguzó el oído. El motor de don Enrique se oía a lo lejos.

—Ahora —comenzó— necesito que me expliquéis cuál es el problema con vuestro tío. No es que pueda hacer mucho por ayudaros. Yo lo que necesito es un trabajo. Pero me gustaría saber a qué me voy a enfrentar cuando lleguemos a la costa.

Emilio tragó saliva. Miró a su hermana buscando aprobación, pero ella había girado la cabeza. No pensaba colaborar con quien ella creía que era el nuevo esbirro de su tío.

—Somos hijos de su hermana. Nos acogió hace unos años, cuando éramos pequeños. Para eso está la familia. Pero Malena tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

—¿Eres tonto, Tim Raven? —intervino la chica—. Miedo de que quiera que sea su amante. ¿Por qué te crees que te invité a bailar?

Max no terminaba de comprenderlo.

—¿Me estás diciendo que... me sedujiste para que te salvara de tu tío? ¿En medio de un bar? ¿Con sus guardaespaldas delante? ¿Y qué esperabas que hiciera? ¿Sacarte de allí con un caballo blanco? ¿Pero tú me has visto? ¡No tengo dónde caerme muerto, joder!

—Yo no te seduje, solo te miré.

Max resopló. Sí, lo había mirado, pero no hubo nada inocente en aquella mirada. Ni en la forma de moverse mientras bailaban.

—Lo que tú digas —masculló Max.

—Fue una idea estúpida, Malena —dijo Emilio—. Ya había salido mal antes, así que, ¿por qué no dejas de hacer que el tío mate a todos los hombres con los que te cruzas?

—¡Cállate, Emilio! —espetó ella—. No sabes de lo que estás hablando.

—Claro que sí. Claro que lo sé. Tengo catorce años, pero no soy idiota. Has tenido suerte, porque Tim no te delatará, pero no sabes lo que hará el siguiente. O si el tío se cansará y te matará a ti.

—No me matará —contestó ella.

—¿Por qué? ¿Por qué estás muy buena? Pues que se te quite de la cabeza. Se cansará de tus tonterías y te quitará de en medio.

—¿Y qué te hace pensar que no lo hará hoy mismo, hermanito? Te fías de este tipo, pero no te fías de mí.

—Tim no dirá nada. Necesita el dinero —dijo Emilio.

—Así es —intervino Max, cansado de aquella cháchara infantil—. Necesito el trabajo y vuestros líos de familia no me importan en absoluto. Así que vamos a dejar esta conversación aquí. Cuando estemos cerca de la orilla te desataré, os llevaré a los dos con don Enrique...

—¿Has visto, Emilio? —interrumpió Malena—. Todavía no está a sueldo del tío y ya lo llama «don». No tardará en entregarnos. Haría cualquier cosa por dinero. ¿No lo ves?

—Os llevaré con él y vosotros le diréis que si no hubiera sido por mí, estaríais muertos, ¿de acuerdo?

—No —dijo Malena—. No estoy de acuerdo.

—No me cuesta nada tirarte por la borda y decir que te mataron los Mejicanos.

La chica no contestó. Max quería decirle que haría todo lo posible por sacarlos de allí a los dos tan pronto encontrara al topo de la DEA que había

ido a buscar, pero ese era un riesgo que no podía correr.

—Me tomaré eso como un sí. ¿Emilio?

—Yo confío en ti, Tim. Eres un buen tío. Nos has salvado de verdad. Y si mi hermana no lo ve, es porque es idiota.

Max suspiró.

—Mira, chaval. Acabas de decir que tienes catorce años. Es hora de que sepas que no puedes fiarte de nadie. Ni de mí, ni de nadie.

El chico bajó la cabeza y fue a sentarse al lado de su hermana. Ella apoyó la cabeza en su hombro. Atada de pies y manos como estaba, no podía ofrecerle otro consuelo. Por lo visto, aquellos dos se portaban como los típicos hermanos: discutían, se insultaban, pero se querían. Max se alegró de que fuera así. Al menos se tenían el uno al otro.

—Tú tampoco crees que pueda conseguirlo, ¿no, Tim? —dijo el chico—. Pues os vais a llevar todos una buena sorpresa. Tío Enrique cree que soy un crío, pero observo, ¿sabéis? Yo sé quién mató a papá.

—¿Emilio! —exclamó Malena. Sonaba más asustada incluso que antes.

—Y ahora no puedo hacer nada, pero podré. Llegará el momento en que pueda enfrentarme a él, y entonces pagará.

—¿Tu tío mató a tu padre? —preguntó Max.

—Mi padre decidió que quería dejarlo. Cometió el error de robarle. Yo no lo haré.

La voz del chico sonaba acerada, fría. Como si de repente hubiera cumplido quince años más. Max no creía que tuviera muchas posibilidades, pero le concedió algo más de respeto. Al menos tenía las ideas claras.

—Robar a tío Enrique es una estupidez. La única manera de librarse de él es matarlo.

—Emilio —interrumpió Max—, ¿te das cuenta de que estás diciendo todo esto delante de mí? No me conoces de nada y voy a pedirle trabajo al hombre

al que quieres matar.

—Tú no nos delatarás, Tim. Lo sé.

Max suspiró y clavó la vista en el horizonte. Estaba en medio de la nada con dos muchachos asustados, enfadados y vengativos que no sabían qué hacer con su miedo, con su ira ni con su sed de venganza. Se encontraba en una barca acompañado por dos bombas de relojería. Y una de ellas seguía siendo la mujer más atractiva y perturbadora con la que se había cruzado en años.

No sabía cómo lo haría, pero no podía dejar a aquellos dos solos ante su propio destino. Se las apañaría para terminar con la organización a la vez que destapaba al topo. Sí, eso suponía desoír instrucciones expresas, pero ¿desde cuándo se le daba a él bien seguir órdenes?

Capítulo 14

La lancha en la que había viajado el Tuerto con sus dos secuaces destacaba en perfecto blanco contra el fondo negro de la costa. Dado el rumbo que siguieron, Max sospechaba que se encontraban en alguna isla. Que él supiera, Estados Unidos no permitía la compraventa de islotes, pero había muchas cosas no permitidas que el dinero conseguía igualmente.

Antes de desembarcar soltó a Malena, que ni siquiera tuvo que frotarse las muñecas o los tobillos. En realidad, las cuerdas siempre estuvieron lo bastante sueltas para no dejar marcas. Si Max se las había colocado fue, sobre todo, para impresionarla. Y aunque no quería admitirlo, también para tocarla. Le gustaba haber redescubierto esa sensación al tocar a una mujer.

Caminaron hacia al interior, pero no dieron más de una docena de pasos antes de que el chasquido de un arma los detuviera. Un foco de gran potencia los cegó. Los chicos alzaron los brazos de manera instintiva. Max sujetaba su subfusil por el cañón, para que no hubiera la menor duda de que no deseaba dispararlo.

—¡Suelta el arma! —le ordenaron. Y obedeció. El metal cayó sobre la arena sin hacer ningún ruido.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Aquel era un buen momento para que alguno de los dos muchachos dijese algo, pero decidieron permanecer en silencio. A Max no le quedaba más remedio que confiar en que ninguno de los dos hiciera alguna tontería.

—Me llamo Tim, Tim Raven. Estaba con don Enrique en el bar cuando entraron los Mejicanos. He matado a tres y le traigo a sus sobrinos.

Uno de los hombres que permanecía oculto tras la luz del foco, probablemente el que había ordenado a Max que tirase el arma, se acercó.

—¿Y quién te ha pedido que lo hicieras?

—Pues no sé qué decirte. Pero don Enrique iba a matarme por bailar con su sobrina, así que imagino que le parecerá bien que le haya salvado la vida. Puedes llevarnos ante él o no hacerlo. Tú mismo. Pero si yo fuera tú, me lo pensaría mucho antes de hacer alguna estupidez.

—Mario —dijo otra voz—, esa es la sobrina del jefe. Que decida él lo que quiere hacer.

El tal Mario decidió hacer caso a su compañero. Recogió el arma del suelo y pidió a Max y a los muchachos que se adelantaran.

Había un pequeño bosque de palmeras un poco más adelante y un camino de tierra pisada. No estaba exactamente asfaltado, así que las lluvias incesantes lo mantenían embarrado. Junto al camino descansaban dos cuatro por cuatro. Los empleados del Tuerto alumbraban el camino con linternas. Descubrieron así las huellas recientes de un tercer vehículo.

—Subid ahí detrás.

El haz de una de las linternas señaló el remolque de uno de los vehículos, sin cubrir. Max no protestó. Tampoco lo hicieron Emilio o Malena. Los hombres que los escoltaban tampoco los empujaron ni maltrataron. Por lo visto, la presencia de la sobrina era suficiente para garantizarles cierta seguridad, aunque frágil y temporal. Todo dependía de cómo se tomase don Enrique su presencia allí.

El camino, con menos baches de lo que cabría esperar, fue corto. Terminaba junto a una gran escalinata de color blanco que daba acceso a una mansión en toda regla. Grandes columnas blancas se levantaban frente a una pared pintada de un color amarillo claro en la que destacaba un enorme balcón. Cortinas translúcidas dejaban que se filtrase la luz a lo que parecía el dormitorio principal. Por lo visto, hacía un rato que el dueño de todo aquello había llegado y se había puesto cómodo.

—Esperad aquí un momento.

—Necesito cambiarme de ropa —dijo Malena—. Y mi hermano también. Podéis dejar a Raven aquí, pero yo voy a entrar en casa.

Malena había recuperado su magnetismo de un plumazo. Quizá estaba asustada de su tío, pero conocía cuál era su lugar en aquella casa. Y sabía cómo emplear sus ventajas a su favor.

Se quitó los zapatos de tacón y le pidió a su hermano que también se descalzara.

—Venga, Emilio, no queremos que Clara tenga que trabajar más mañana.

Los guardias no se opusieron a que entraran. Max, por supuesto, no hizo ni el menor intento de seguirlos. Ya le iba a resultar bastante difícil explicar cómo un jugador de poca monta se las había apañado para liquidar a tres oponentes armados y para robar una embarcación.

—¿No tendréis un cigarrillo, verdad?

—Dale uno, Mario —respondió uno de los hombres.

—¿Yo?

—Si don Enrique se deshace de él, será tu buena obra del día. Si lo perdona, te deberá una.

El hombre que habló le cayó bien a Max. Era ingenioso. Y probablemente un rácano. Por eso no le ofrecía su propio tabaco.

Mario consintió. Parecía un tipo más bien simple que no se fiaba de su propio criterio. Por eso tendía a hacer caso de lo que su compañero le decía. O quizá el otro llevase más tiempo trabajando para el Tuerto.

—Gracias —dijo Max cuando por fin le dieron el cigarrillo. Aunque no fumaba, sabía que ese tipo de gestos ayudaban a crear cierta complicidad. Prefería establecer relaciones que no fueran de absoluta hostilidad. De todos modos, no hubo tiempo para desarrollar una gran camaradería. Un criado, tan armado como los hombres del exterior, pero vestido como si fuera un mayordomo, salió y les dio un mensaje del gran jefe. Quería ver a Max en el

salón.

Max se sacudió los zapatos en la entrada. Mejor si empezaba a mostrar su supuesto respeto desde el mismo umbral de la puerta.

El mayordomo los condujo a través de una serie de *halls* y pasillos hasta una estancia muy amplia que daba a lo que probablemente sería un jardín trasero. Con la habitación iluminada y el exterior a oscuras era imposible saberlo.

Ocho grandes ventanales en forma de arco ocupaban toda la pared del fondo. Espesas alfombras con dibujos recargados cubrían todo el suelo. Max se lo pensó antes de pisarlas, pero Cortés le urgió a que se acercara. Lo esperaba sentado en un gran sillón, sin duda, hecho a medida.

—Olvídese del suelo, Raven. Alguien lo limpiará cuando nos vayamos. Gasto mucho dinero en eso para no tener que preocuparme por ello. Mi madre se pasaba la vida entera limpiando una chabola miserable que, de todas formas, siempre estaba sucia. Yo vivo como quiero y dejo que los demás hagan el trabajo.

Max caminó hasta donde Cortés lo esperaba. El hombre señaló un sofá de aspecto cómodo.

—He visto que ha traído a mis sobrinos sanos y salvos.

Max asintió. La actitud del Tuerto había cambiado de manera radical, pero no le convenía relajarse.

—Deje esa actitud, Raven. Me han confirmado que solo dos de los cinco mejicanos que atacaron el bar han salido de allí con vida. En concreto, me han dado esa información los hombres a los que he encargado dejar ese total a cero, no sé si me explico.

Cortés se explicaba a la perfección.

—Hice lo que pude —afirmó Max.

—La pregunta —dijo Cortés— es por qué. Seguro que no se te escapa

que estabas a punto de morir en el muelle cuando nos atacaron.

—Ya se lo dije: necesito el trabajo. No creo que haya llegado usted a donde está por casualidad. No fiarse de lo primero que le dicen es lo normal. Así que, bueno, esos mejicanos me dieron la oportunidad de ofrecerle algunas pruebas de lo que puedo hacer por usted.

Cortés asintió. Su triple papada se estiraba y se encogía como un acordeón. Allí, bajo una luz completa, su tamaño y su expresión inteligente y calculadora resultaban mucho más amenazantes que en el bar. La historia sobre cómo y por qué llevaba aquel enorme parche negro también hacía su efecto. A Max no le extrañaba que Malena estuviese asustada.

—Eso hace que se me ocurra otra pregunta, Raven. Seguro que se la imagina.

—No, señor.

Cortés levantó una ceja y Max temió haberse excedido en su papel. Solo pretendía mostrar cierta ingenuidad para que la respuesta que ya había preparado tuviese mayor credibilidad.

—¿Cómo es posible, Raven, que un jugador de tres al cuarto que tiene que dejar su país haya hecho lo que has hecho tú esta noche?

Max abrió los ojos y sonrió. Procuró que su sonrisa fuera ancha y libre de dobles sentidos.

—Me temo que es culpa de Tony Blair, señor Cortés. Aquellas armas de destrucción masiva que luego resultaron no existir... Me alisté y recibí un buen entrenamiento. En cuanto a la lancha... —Max vaciló.

—No me hagas perder el tiempo, Raven. No sé si alguien te ha hablado de mis cambios de humor, pero los tengo.

—Bueno. No siempre apuesto cosas de mi propiedad...

Cortés se echó a reír y su risa rebotó en el techo y las paredes de la habitación. Los cristales de las ventanas vibraron, incluso.

—¿Así que voy a contratar a un militar ladrón?

Max respiró tranquilo. Ya había conseguido lo más difícil.

Capítulo 15

A su alrededor, sin embargo, los hombres de Cortés no habían perdido el gesto adusto, sombrío incluso. Ahora que podía observarlos sin disimulo, veía que los dos que se llevaron al Tuerto del Miami Sound Machine también lo acompañaban en el salón de su casa. Ambos eran altos, más que la media. La mayor diferencia entre los dos era que uno se adornaba con un poblado bigote negro, bien recortado, mientras que el otro mostraba un rostro lampiño. Ambos se peinaban el pelo oscuro hacia atrás con grandes dosis de gomina y vestían trajes caros. Sin embargo, a pesar de su aspecto elegante y cuidado, ambos se habían movido con la presteza suficiente. No debía subestimarlos.

—Veo que sopesas tus opciones de supervivencia, Raven. No esperaba menos de ti —dijo Cortés—. Deja que te presente a mis dos hombres de confianza. El del bigote se llama Julen Rodríguez. El otro es el Callo. Ambos han crecido conmigo. Son de mi entera confianza. Algo que no puedo decir de nadie más.

Max asintió. No solía entrar en sus planes sobornar al enemigo, pero estaba bien conocer de antemano las opciones que tendría de conseguirlo si lo intentaba.

—Es temprano —continuó el Tuerto—. Esos mejicanos han hecho todo lo posible por amargarnos la noche, pero no dejaremos que lo consigan. Ya nos ocuparemos de ellos mañana. De momento, nos divertiremos como hombres. ¿Qué te parece, Raven? ¿Estás listo para un poco de competencia?

—Usted dirá, señor Cortés.

—Puedes llamarme patrón, Raven.

—Usted dirá, patrón —dijo Max.

En el rostro del Callo había aparecido una pequeñísima sonrisa. Parecía

que lo que iba a pasar no era nuevo para él.

—Deja que empiece Julen, Callo.

El hombre del bigote se desabrochó la chaqueta y se la quitó. La dejó en uno de los brazos del sofá en donde Max se había sentado. Sin pausa, procedió a subirse las mangas de la camisa. Los músculos del antebrazo, morenos, se marcaban con la misma perfección que los de un modelo de anatomía.

Al mismo tiempo, unos sirvientes retiraron la mesa de centro que ocupaba la mayor parte de la alfombra y la sustituyeron por una más alta. Un hilo musical inundó la estancia con notas de lo que Max identificaba como bachata. Una melodía quizá demasiado dulce para amenizar aquella exhibición de fuerza. Porque estaba claro que el Tuerto los invitaba, si es que alguna de sus palabras podía entenderse como algo diferente a una orden, a medir su fuerza con un pulso.

Max se levantó y se quitó la cazadora. Se colocó frente a la mesa y miró a su oponente, a Julen, directo a los ojos. El otro no apartó los suyos. Por el contrario, le sostuvo la mirada y le dedicó una sonrisa socarrona y francamente inquietante.

—Vamos, vamos, vamos —urgió Cortés—. Que no van a pedirse en matrimonio.

Los dos contrincantes hincaron los codos en la mesa y se tomaron las manos. Ambos contaban con la fuerza necesaria. Max sospechaba que, además, Julen tendría la experiencia que a él le faltaba. Ni su entrenamiento ni el tiempo que pasó en el Ejército lo prepararon para ganar un campeonato de vencidas. Tampoco necesitaba hacerlo. Le bastaba con presentar batalla. Si ganaba, los hombres de Cortés lo mirarían más como a una amenaza que como a un colaborador. Si perdía demasiado pronto, el propio patrón lo desestimaría.

Julen fue el primero en tentar la fuerza de Max. Empujó hacia adentro, pero no consiguió desestabilizar a Cornell, que había copiado exactamente todos sus gestos. Así, los dos apoyaban un pie y la cadera correspondiente en la mesa. Julen no se inmutó. Dejó que Max tratase de atraerle hacia sí. Max supuso que buscaba que se confiara, así que eso hizo. Siguió empujando hacia su propio cuerpo y hacia abajo. La fuerza que oponía el otro le sabía a poco. Sin duda, estaba reservándose para darle una sorpresa final. La misma no tardó en llegar. En cuanto Max aflojó ligeramente a su presa, el otro implicó toda la fuerza de sus bíceps y cambió el curso de la competición. Max podría haberse resistido, pero prefirió no hacerlo. No eran pocas las personas que se habían roto algún hueso jugando a esa tontería.

La mesa casi rebotó con el golpe. Un ruido que no se oyó debido a la carcajada del Tuerto que aplaudió a su guardaespaldas y lo felicitó con entusiasmo.

—Por un momento creí que tenías alguna posibilidad, Raven. Ha sido muy interesante.

Max iba a contestar cuando Emilio apareció en escena. Casi se había olvidado de él.

—Buenas noches, tío —saludó el muchacho.

Se había cambiado de ropa. Ya no llevaba un traje, sino un pantalón y una camisa de manga corta. Parecía todavía más joven. Se veía que trataba de modelar su cuerpo acudiendo a un gimnasio, pero sus brazos todavía no se habían acabado de desarrollar.

—¡Emilio! Qué bien que hayas bajado a reunirte con los hombres. Estamos a mitad de una competición de vencidas. Aquí, Julen, acaba de darle una paliza a Raven. Seguro que quieres vengar su honor de gringo herido, ¿verdad, sobrino?

Max sintió cómo la indignación le subía desde el estómago, pero no podía

decir nada. Que Cortés quisiera humillar a su sobrino no podía obedecer nada más que a su carácter mezquino. El chico no tenía manera de ganar. Y a juzgar por la expresión de su rostro, hasta él mismo lo sabía.

De todos modos, ni siquiera contestó. Se acercó a la mesa y se frotó las manos. El gesto hizo reír aún más a Cortés.

—Vamos, señorita. Quiero ver cuánto te has fortalecido en ese gimnasio al que vas. Espero que todo lo que estoy pagando sirva para algo.

Emilio también miró a Julen a los ojos. Y Julen, igual como hizo con Max, le devolvió la mirada. Esta vez, en cambio, no sonreía. Obedecería a su patrón, claro que sí, pero a Max le pareció que no disfrutaba con aquella humillación. De hecho, ni siquiera dejó que el chico se pusiera cómodo en la mesa. En cuanto se agarraron las manos, Julen lo tumbó.

Cortés reía. No había motivo, pero reía.

—Julen es un hombre fuerte, hecho a sí mismo. Me debe lealtad y jamás me desobedece, pero no le gustó.

—Eso no es cierto, patrón —opuso Julen. A Max le pareció arriesgado que le llevara así la contraria al Tuerto.

—No te gusta que humille a mi sobrino. Pero ¿sabes una cosa? No puedo dejar que crea que ya lo tiene todo ganado en la vida. Los Cortés luchamos por lo que es nuestro. Trabajamos. El que quiera heredar mi fortuna tendrá que ganársela.

Julen no contestó. Nadie lo hizo. Una persona normal se habría sentido frustrada. Allí no había camaradería ni diversión. Solo un dictador que manejaba a su antojo a todos los presentes. Pero a Cortés no parecía importarle. Al contrario, parecía sentirse bien siendo la única voz cantante. Max no pudo evitar despreciarlo un poco por ello.

—Emilio, trae unos tragos para los hombres. Tenemos mucho que hablar todavía.

El chico obedeció. Max tenía la impresión de que también lo haría si su tío le pedía que se tirase por la ventana. Así de acusada era su necesidad de agradarle.

Sin que nadie se lo pidiera, preparó las bebidas del Tuerto, el Callo y Julen. Max negó con la cabeza. Prefería mantenerse despejado.

—Ah, eso sí que no —se opuso Cortés—. Estás en mi casa y beberás con nosotros. Hoy pasarás aquí la noche, así que no te preocupes por cómo llegarás a tu casa. Si es que tienes una casa, ¿o vives en un motel?

—Un motel, patrón. Al menos de momento.

—Esta noche te quedas. Mañana temprano vamos a darles una sorpresita a esos mejicanos, y necesito que salgáis todos a la vez.

—¿Qué clase de sorpresa?

Cortés se encogió de hombros.

—La misma que nos han dado ellos a nosotros esta noche. Nadie viene a mi casa y la destroza sin que yo haga algo al respecto. No es así como se mantiene el respeto de la comunidad.

—Entiendo.

—Pues si lo entiendes, bebe, Raven. Así es como sellamos aquí los pactos.

—Ponme un ron, Emilio. Extraviejo.

Cortés volvió a reír.

El resto de la noche pasó entre copas y anécdotas de tiempos pasados. Cortés hablaba de los viejos tiempos, antes de vivir en una enorme casa con columnas en el exterior. Max habló de su etapa como apostador. Cuando Cortés decidió que era hora de acostarse a Max le pesaban los párpados. No tenía ninguna duda de que lo habían drogado. Se dejó acompañar por Emilio hasta una habitación del primer piso. Notó, entre brumas, que el chico lo desnudaba. Tumbado sobre la cama, completamente inerte, sintió que le

quitaban desde los zapatos hasta la camiseta. Sabía que no encontrarían nada en su ropa. Los localizadores que pensaba colocar a Julen y al Callo al día siguiente eran minúsculos y estaban escondidos tras sus propias orejas. Dejó, pues, que el sueño lo embargara.

No fue un sueño agradable. Casi nunca lo eran. Cuando se encontraba bajo algún tipo de presión, Max siempre regresaba, en sueños, a la época de su entrenamiento. Si había suerte, sus compañeros estaban allí, con él. Los de siempre: Mei, Dylan, Adam. Si no la había, debía enfrentarse a las horribles pruebas ideadas por Arcángel en completa soledad. Aquella noche no hubo suerte.

Había una cueva oscura, donde la única luz provenía de una neblina fluorescente que parecía emerger del suelo. No sabía, de hecho, en la confusión del sueño, si había un suelo. Con cada paso que daba se arriesgaba a caer en el vacío. Al contrario que con la luz, la cueva sí le devolvía sonidos. Voces rotas, desgarradas. Max las identificó como las voces de sus víctimas. Durante su época en los dos ejércitos a los que perteneció, había matado. También lo hizo después. Y jamás se había sentido bien al hacerlo.

Las voces y la neblina lo guiaban en una dirección clara a través de la cueva de su pesadilla. Cuanto más se internaba en esa cueva, más claras oía las voces. Le pedían ayuda. Al doblar un recodo, un crío lo enfrentó con un arma cargada. Le pareció que era Emilio, pero el muchacho también tenía algo de sí mismo.

—Saca a mi hermana de aquí —dijo el niño con una voz cavernosa. Y Max sintió la urgencia de las pesadillas. De repente supo que no tenía tiempo. Si no encontraba a Malena, los dueños de las voces le harían daño y sería por su culpa.

Así que Max corrió, pero los pies se le pegaban al suelo. No podía avanzar. Una mano lo cogió del hombro. Una mano caliente.

—Despierte, señor Raven.

La mano era real. Perteneecía a una criada de Cortés. Al parecer ya había dormido lo suficiente. Se incorporó en la cama. La misma mujer había dejado su ropa, limpia y doblada a los pies de la cama. Y una bandeja con el desayuno en una cómoda.

—Muchas gracias —dijo Max en español.

—Lo esperan abajo en media hora —contestó la sirvienta.

De alguna manera, Cortés se las había apañado para que todos en aquella mansión se comportasen como autómatas. Por otra parte, a Max le estallaba la cabeza. Fuera lo que fuera lo que le dieron, los efectos todavía no se habían disipado del todo. Decidió hacer caso al quejido de su estómago y probar el desayuno. Le habían dejado huevos revueltos y café con tostadas. Algo sencillo a la vez que suficiente. Justo lo que necesitaba para encarar el día. A fin de cuentas, esa misma mañana tendrían que devolverles el golpe a los Mejicanos. Y algo le decía que no sería una tarea sencilla.

Capítulo 16

Si la noche anterior la planta baja había parecido ordenada y limpia, por la mañana estaba tan impoluta como el *hall* de una galería de arte antes de que las puertas se abrieran al público. Lo que más llamaba la atención, por tratarse de una casa tan grande con habitaciones tan amplias, era la ausencia de personas. En segundo lugar, Max apreció que sobre las alfombras no quedaba resto alguno del barro que él mismo introdujo, pegado a la suela de los zapatos. La mesa sobre la que habían competido no se veía por ninguna parte. En su lugar se encontraba la más baja, con aspecto de antigüedad precolombina. Cortés no se había marcado ningún farol respecto a su modo de organizar la hacienda. Si es que podía llamarse hacienda: él pagaba para que siempre se encontrase impoluta, y sus empleados así la mantenían.

Trató de recordar el camino de entrada. El efecto de las drogas que le suministraron la noche anterior, con el fin de poder registrarlo sin que pudiera oponer resistencia, todavía no se había disipado por completo. Sentía la cabeza pesada y la boca pastosa. Y eso que había tomado todo el café que le sirvieron y un buen trago de agua de ducha. Los localizadores, por cierto, seguían ocultos tras su oreja.

Puesto que nadie le indicó que debía utilizar una entrada de servicio, anduvo sobre sus pasos hacia la principal. Allí, como manchas oscuras sobre el fondo amarillo claro de la pared, lo esperaban el Callo y Julen Rodríguez, junto con un buen puñado de hombres. Todos ellos de piel morena, cabello oscuro y gesto ensombrecido. Quizá por lo que se les venía encima o quizá por la omnipresencia del patrón, a quien de seguro temían. Y no era para menos.

En cuanto lo vieron aparecer, los secuaces del Tuerto desaparecieron en los todoterrenos que los llevarían hasta la playa en la que desembarcaron la

noche anterior. Max se fijó en que los dos hombres de confianza de su nuevo jefe ya no llevaban trajes de chaqueta. Los habían cambiado por ropa oscura y de apariencia más cómoda. Lo que le indicó que la operación en la que lo habían alistado sería de campo y, probablemente, exigiría cierta implicación física. Por primera vez desde que se disfrazó de ladronzuelo de tres al cuarto, Max no lamentó sus vaqueros un poco anchos ni la cazadora de piel.

A la luz del día, la playa, tal vez propiedad del Tuerto, resultaba francamente impresionante. No solo contaba con una considerable extensión de arena en la cual tomar el sol. Al menos una vez que terminase aquel diluvio que no parecía dispuesto a darles tregua. También disponía de su propio embarcadero. Además, unos metros dentro de la bahía, fondeaba un yate de lujo. La orilla, por su parte, exhibía una pequeña flota de lanchas rápidas muy parecidas a las planeadoras que los importadores de cocaína habían hecho desgraciadamente populares en los años ochenta en Europa. Aquellos eran modelos modernos, por supuesto, pero parecía evidente que el clan de los Cortés las empleaba con objetivos similares.

Los hombres bajaron de los vehículos de manera ordenada, casi marcial. Su comportamiento los diferenciaba de otras familias de corte famoso con las que Max se las vio en misiones anteriores. Según su experiencia, el miedo al dictador, al jefe del clan, dirigía los movimientos de sus subalternos. Algo de eso había sin duda en el caso de los Cortés. Pero también algo más. Una organización y una disciplina que los hacía más temibles.

Los mejicanos que los habían atacado la noche anterior tenían más que ver con los narcos brutales que Max conocía de primera mano: habían entrado a lo loco, sembrado el terror, y se fueron con el rabo entre las piernas al encontrar resistencia. Los hombres con los que Max iba a devolver el golpe respondían a algún tipo de entrenamiento. Quizá parecieran menos brutales a simple vista, pero Max estaba seguro de que resultarían mucho más eficaces a

la hora de llevar a cabo su misión.

El Callo le indicó con un gesto del mentón que abordara la misma lancha en la que él navegaría junto con Julen. Un movimiento extraño a ojos de Max, que habría separado a sus dos mejores hombres. Así, si los Mejicanos se les oponían, el riesgo de que ambos resultasen heridos o muertos se reducía. No dijo nada. La noche anterior ya había llamado demasiado la atención. Se limitó a subir en la planeadora y esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Julen gobernaba el timón y las demás embarcaciones lo seguían. No parecía que tuvieran el menor temor a que apareciera la patrulla costera. De hecho, todavía se veía la playa cuando el Callo le tendió a Max un arma. Una pequeña Beretta que de poco le serviría, salvo que acertara mucho las distancias con su objetivo.

—Vamos a desembarcar —dijo. Y no era una pregunta, sino una afirmación.

—Vamos a hacer lo que tenemos que hacer —dijo el Callo.

Max se arrebujó en su chaqueta de cuero y echó de menos unas gafas de sol. No porque las nubes se hubieran dispersado, sino porque el viento le hacía lagrimear los ojos. Las lanchas avanzaban a toda velocidad bahía adelante, en formación triangular, con ellos tres a la cabeza.

Navegaron a gran velocidad un buen par de horas. Durante todo ese tiempo, los únicos compañeros de Max fueron sus pensamientos. Ni en sueños se le habría ocurrido que echaría de menos a alguien que hablara. Él era hombre de pocas palabras, pero el silencio que reinaba en la lancha rozaba lo absurdo. Hasta que por fin avistaron la costa. Julen detuvo los motores y las lanchas que los seguían los adelantaron. Bajaron la velocidad, pero no variaron el rumbo. Por lo visto, la intención de aquel grupo de ataque era desembarcar en una playa similar a la que dejaron atrás.

—Paradlos, Cayo, Julen. Si podéis comunicaros con ellos, paradlos. Va a haber una carnicería.

—Son órdenes.

—¿Seguro que el patrón os ha ordenado mandar a sus hombres a una muerte segura? Porque eso es lo que va a pasar.

Max no podía evitar hablar cada vez más rápido. Tenía que evitar que las barcas se pusieran a tiro de los vigilantes que, con toda probabilidad, los Mejicanos habrían apostado en su terreno.

—¿Cuestionas las órdenes?

—Yo no cuestiono nada. Pero si no les decís a esos hombres que vuelvan, esto se va a poner muy feo. Después de lo de anoche, lo lógico es que en esa isla haya vigilancia. En serio, parad a vuestros hombres o lo que va a pasar aquí va a dejar pequeño el desembarco de Normandía. Incluso si no nos están esperando, lo lógico es esperar que haya tiradores defendiendo la playa.

Julen y el Callo se miraron. Sus caras eran tan hieráticas que Max no supo si se habían hecho un gesto o si, directamente, se comunicaban mediante telepatía. Fuera como fuese, Julen tomó un transmisor de un compartimento cercano al timón y ordenó a los demás que regresasen. Con un poco de suerte, los hombres no los habrían visto.

—¿Ahora qué hacemos, Raven?

Max no apartó la mirada de los oscuros ojos del Callo. Sabía que no debía trazar el plan perfecto, pero también sabía que debía hacer lo posible para que todo saliese tal y como Cortés deseaba.

—Pues no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Julen se mostró, por fin, ligeramente humano. Al menos, eso revelaba la frustración con la que hizo la pregunta.

—No sé qué vamos a hacer ahí dentro. No sé si vamos a robarles, a matar a cuantos podamos... Dependiendo de cuáles sean esas famosas órdenes,

tendremos que usar una táctica u otra.

—Haces muchas preguntas —dijo el Callo.

—Las que necesito para hacer mi trabajo —contestó Max. Si bien debía mostrarse prudente con su nuevo patrón, la relación con sus secuaces no tenía por qué ser la misma. No exactamente. Además, necesitaba ganarse su respeto.

—Pues yo que tú no haría tantas —añadió Julen—. ¿No te dedicas a jugar? Pues apuesta.

Max tenía una idea bastante clara de lo que Cortés pretendía en realidad. La noche anterior habían ido a por él, así que buscaba devolver el golpe. Y para ello necesitaba atacar a la cabeza de su enemigo. No quería robar, no quería una masacre. Quería al líder de los Mejicanos, fuera quien fuese.

—Bien, sospecho que don Enrique desea que le sirvamos en bandeja la cabeza del líder de los Mejicanos. Eso es lo que suelen querer los reyes.

El Callo y Julen no asintieron ni negaron. Mientras tanto, las demás embarcaciones iban llegando a su altura. No se oyeron disparos, así que no había motivo para pensar que los habían descubierto.

—Hay que infiltrarse en la isla. A ser posible desde un lugar sin vigilancia. Un risco, o algo similar. Una zona arbolada de difícil acceso por donde el enemigo haya previsto que nadie querrá acercarse. Dos personas, como máximo tres. Lo mejor sería que participase alguien que tenga alguna idea de lo que nos espera dentro.

—No jugamos a las damas con los Mejicanos, Raven. Nadie ha estado ahí.

—En ese caso, necesitamos a tres personas ágiles, rápidas, con reflejos.

—Iremos nosotros —dijo Julen.

—¿Nosotros tres? —quiso asegurarse Max.

—Los tres. Diles a esos que vuelvan a lo suyo, Julen.

Cuando las lanchas se hubieron marchado, Julen retomó su puesto al timón y los guio hasta la parte trasera de la isla. Tal como Max supuso, una serie de árboles frondosos y rocas la hacía parecer prácticamente inexpugnable.

—Imagino que no hay equipo de escalada, ¿verdad?

—Tenemos unas cuerdas. Siempre hay cuerdas en las lanchas.

—Bien, pues las usaremos.

Los tres remaron hasta acercarse a la orilla tanto como les fue posible. Max fabricó unos arneses rudimentarios con las maromas y ayudó a los dos hombretones a ponérselos. Aprovechó el momento de ajustárselos para colocarles los localizadores. Esperaba que no los descubrieran o estaría muerto. También esperó que Adam estuviera cerca de su ordenador. Así, si pasaba algo, al menos lo tendría localizado.

Vestidos de negro y con las cuerdas sujetándolos por las ingles y las cinturas, aquellos dos gigantes musculados ofrecían un aspecto más bien ridículo. Max se cuidó bastante de no manifestar la mucha gracia que le hacían.

—Subiré yo primero —dijo—. Tengo algo de experiencia.

—¿Y cómo no? Parece que sabes de todo, ¿no, Raven?

Max decidió hacer caso omiso a la amenaza velada que escondían sus palabras. Si desconfiaban de él, todo lo que podía hacer era ganarse la confianza que les faltaba. Así que saltó desde la proa hasta la roca más cercana y comenzó a estudiar cuál sería el modo más fácil de subir.

En realidad, las raíces de los árboles lo hacían bastante fácil. Había docenas de asideros para manos y pies. Así que comenzó el ascenso, no sin antes indicar a sus compañeros que lo siguieran con cuidado. Pronto comenzó a notar tirones de la cuerda. Lo que a él le parecía sencillo, quizá no lo fuera tanto.

La subida les llevó un cuarto de hora y una multitud de juramentos, sobre todo por parte del Callo y Julen, menos acostumbrados a ese tipo de ejercicio físico. Cuando llegaron arriba, descubrieron que se encontraban en uno de los puntos más altos de la isla, lo que les daba una posición muy ventajosa respecto a todos los demás. Desde allí podían suponer con alguna probabilidad de acierto dónde estarían los puestos de vigilancia.

—No hay mucho movimiento. De seguro han puesto a la mayor parte de sus hombres en la zona de la playa. Eso quiere decir que la casa estará desprotegida —indicó Max.

—Tiene sentido —dijo Julen.

—Trataremos de entrar por diferentes puntos. Así, si descubren a uno de nosotros, los demás tendrán más posibilidades.

—Iremos por la arbolada —sugirió el Callo—. Y buscaremos la manera de entrar. Cada uno por su lado.

Max estuvo de acuerdo.

Capítulo 17

La ropa oscura y el hecho de que los Mejicanos hubiesen centrado toda su atención en la única zona de la isla que consideraban débil, es decir, la playa, jugó en gran medida a favor de los tres intrusos. Los árboles que crecían en todo el perímetro de la isla los protegieron hasta que llegaron al jardín de la gran casa. Su exterior no era muy diferente de la hacienda del Tuerto. Si bien la fachada no estaba pintada de amarillo, sino de un tono ocre muy claro. Colores para el verano, sin duda, y no para aquel tiempo lluvioso que lo teñía todo de una tristeza que se pegaba al cuerpo.

El jardín contaba con innumerables arbustos y parterres que contribuyeron a que los tres hombres llegasen a su destino con relativa facilidad. Los Mejicanos ni siquiera habían dejado a los perros por allí. Algo que resultaba desde todo punto coherente con su actuación de la noche pasada. Confiaban en el factor sorpresa y en la fuerza bruta, pero no eran especialmente buenos planeando.

—Yo me quedo en esta zona. Trataré de colarme por la puerta de servicio —dijo Julen apenas en un susurro.

Aquellos dos no sabían mucho de tácticas de asalto, pero aprendían rápido. Max sospechaba, además, que fracasar en un encargo de Cortés no debía de significar nada bueno.

Él y el Callo rodearon la casa por la parte trasera. Los Mejicanos la construyeron cerca de la costa, pero habían diseñado un amplio jardín trasero. Los pétalos de las flores manchaban el césped. Las pobres plantas no estaban acostumbradas a tanta lluvia.

—Yo iré al otro lado. Quédate tú por aquí. La fachada tiene tantos ornamentos que si no encuentras una ventana abierta en la planta baja, lo harás en el segundo piso. No tendrás problema para subir.

El Callo asintió y Max siguió adelante, solo. Había escogido el lado más peligroso del edificio, el que se veía desde la zona de la playa. O eso creía. A pesar del peligro, sabía que, de los tres, él era quien más posibilidades tenía de entrar en el edificio. No deseaba destacar más de lo debido, pero tampoco podía permitirse perder a los hombres de confianza de Cortés a la primera de cambio.

Le habría gustado disponer de unos guantes o de un poco de arena para secarse las palmas de las manos, pero con aquella lluvia tendría que encomendarse a su habilidad y a las técnicas aprendidas. Si aquella vez, durante su entrenamiento en el Averno, había conseguido salir de un pozo excavado en tierra arcillosa sin más ayuda que sus manos, esto tendría que ser pan comido.

Como suponía, las ventanas de la planta baja permanecían cerradas. Quizá si luciese el sol y los Mejicanos no estuvieran esperando un ataque de sus enemigos, las cosas habrían sido distintas, pero no lo eran. Localizó una tubería bajante, se aseguró de que estuviera bien sujeta y comenzó la segunda escalada del día.

Ya se había colgado del alféizar de una ventana de la tercera y última planta cuando lo sobresaltó un disparo. No se paró a comprobar dónde se había hecho o si el objetivo era él. Utilizó toda la fuerza de sus brazos y sus músculos abdominales para izarse y mirar por la ventana. Deseó con todas sus fuerzas que la habitación a la que daba estuviera vacía. Desde su posición no podía asegurar que así fuera. Lo único que sabía era que estaba abierta porque había visto revolotear una cortina.

Se arriesgó, se impulsó con los brazos y entró en la casa. En ese momento, un segundo disparo sonó en el exterior.

Max se agachó para ocultarse y rodó sobre sí mismo hacia un lado. Luego se levantó, apartó la cortina, que se movía de manera más que irritante, y

observó lo que pasaba fuera. No vio a nadie. Al menos no en un primer momento. Los disparos, pues, no iban dirigidos hacia él. Alguien debía de haber descubierto a Julen o al Callo. Fuera como fuese, las detonaciones alertarían a quien quedase en la casa, que a su vez llamaría a las fuerzas apostadas en la playa. El factor sorpresa acababa de desaparecer.

Como si de pronto recordara que estaba en terreno enemigo, Max examinó el interior de la habitación en la que se encontraba. Parecía un cuarto de invitados. Una gran cama ocupaba la mayor parte. Tenía dosel y dos mesillas barrocas la flanqueaban. También había una cómoda con al menos una docena de cajones y un armario pintado con escenas de caza. Se alegró de que el mobiliario de Cortés, aunque recargado, fuese mucho más discreto.

Pero no estaba allí para juzgar la decoración, sino para matar al jefe del clan enemigo. Algo que, por supuesto, no pensaba hacer. Ahora que el Callo o Julen habían sido descubiertos, Max pensaba escapar. Ellos tendrían que hacer lo mismo. Lo que no sabía era cómo conseguirlo. Desde luego, no podía contar con que los otros dos lo esperaran. Si lograban llegar hasta la lancha, se marcharían. Como tantas otras veces, Max tendría que apañárselas él solo. Y lo primero era salir de la habitación.

Antes de hacerlo echó un último vistazo por la ventana. Tal como había supuesto, una pequeña multitud de hombres armados corría hacia la casa desde la zona donde se encontraba la playa. Desde el lateral no tenía una visión perfecta del camino de entrada, pero resultaba evidente que no podría desaparecer pared abajo. Alguien podría verlo sin gran dificultad. Se dirigió, pues, a la puerta de la habitación y la entornó.

Fuera, lo único que lo esperaba era un pasillo oscuro sin ningún lugar para esconderse. El suelo era de madera, así que al menos oiría pasos si alguien se acercaba a su posición. Una ventaja que debía asegurarse de aprovechar.

Max salió del cuarto de invitados. A juzgar por la cantidad de puertas de aquel pasillo, los Mejicanos tenían muchos amigos a los que alojar. Afortunadamente, los pasos de ninguno de ellos se oían en la madera pulida del suelo. Max caminó en dirección a la fachada trasera. La escalera principal sería la entrada por la que accederían todos aquellos hombres que subían desde la playa. Si había una escalera de servicio, estaría en la parte trasera, o con suerte, en aquel mismo lateral.

No había llegado todavía a la esquina cuando la casa se llenó de gritos. Los Mejicanos habían entrado por fin y no tenían el menor reparo en tomar el edificio. De seguro el patriarca de aquel clan también pagaba para que sus empleados domésticos arreglaran ese tipo de desastres luego.

Max encontró una puerta diferente a las demás. Debía de pertenecer a la escalera que buscaba. La abrió justo en el mismo momento en que una sirvienta hacía lo mismo. Ambos chocaron. La mujer llevaba una pila de sábanas recién planchada. Olían a suavizante calentado por la plancha. Max trató de evitar que cayesen al suelo, por puro reflejo. Estaba en su naturaleza ser amable. Pero la criada gritó y las sábanas, que nunca habían tenido ninguna importancia en realidad, se convirtieron en un detalle menos que insignificante. La mujer se llevó una mano a la boca. Como si se arrepintiera de gritar. Miró a la puerta, después las sábanas y por último a Max. Algo le dijo que no iba a delatarlo. Cuando ella extendió los brazos en busca de la colada esparcida por el suelo, supo por qué: los narcos no trataban bien al servicio. Aquella mujer tenía marcas de cigarrillos en los antebrazos. Seguramente pensaba que él estaba allí para matar a su patrón. Max lamentó no cumplir ese deseo.

Los Mejicanos subían a toda prisa por la escalera y él no tenía tiempo que perder. Cerró la puerta y volvió por donde había venido. Si no podía bajar, subiría. Aquellas casas antiguas tenían ático. Todas ellas. De que lo

encontrara dependía su vida.

Corrió pasillo adelante, confiando en que los hombres que lo matarían si lo encontraban no habrían llegado todavía al tercer piso. No se molestó en asomar la cabeza por la escalera para comprobarlo. La puerta que subiese hasta la buhardilla tenía que ser estrecha también. Y esperaba con toda su alma que no fuera la misma que daba a la puerta de servicio.

Dobló una segunda esquina. Aquel pasillo también estaba vacío. Igual que el paralelo, solo se veían en las paredes puertas de habitaciones. Del mismo modo, una de ellas, en el centro, era más estrecha que las otras.

—Por amor de Dios, que dé al ático —dijo para sí mismo.

Abrió la puerta con la misma precipitación con la que había abierto la anterior, pero ninguna doncella lo esperaba al otro lado. Solo unas escaleras estrechas, limpias pero mal iluminadas, que ascendían. Por fortuna para él, los arquitectos del pasado no siempre eran lógicos. Subió tan rápido como pudo. Ahora que había ganado un poco de tiempo, debía valorar la situación en la que se encontraba.

Por una parte, podía confiar en que el deseo de venganza de la criada fuera más fuerte que el miedo a su patrón. Por otra parte, el tejado de la casa contaba con ventanas abuhardilladas. Podía alcanzar el exterior a través de una de ellas y tratar de bajar. O podía esconderse y esperar a la noche.

En el piso de abajo se oían carreras, pero no puertas que se abrieran o se cerraran. Amortiguada por el espesor de las paredes le llegó una conversación.

—Se me cayó la ropa y me asusté, nada más —decía una voz femenina. Debía de ser la criada. Tal y como Max sospechó, no lo delataría.

—¡Eres estúpida! —gritó un hombre. Sonaba más asustado que enfadado, en realidad, pero eso no evitó que al insulto le siguiera una bofetada sorda.

—¡Suéltame el pelo! —suplicó ella—, ¡me haces daño!

—Y más que te haré si me estás mintiendo. Dime, ¿has visto a alguien? ¿Por qué te has asustado, inútil?

—Ya te dije que no vi a nadie. Me asusté por los ruidos que hacíais al subir. Nunca pasa nada bueno cuando venís. Nunca.

Al parecer el hombre se conformó con esa explicación, porque Max oyó un ruido, como de un cuerpo que cayera en el suelo, pero no más insultos ni preguntas. Ahora que sabía que podía confiar en la pobre mujer, se decidió a esperar la noche allí. Todavía podían coger a uno de sus compañeros. Suciedera algo así o no, las cosas se calmarían con el paso del tiempo.

O eso pensó hasta que oyó el ruido de una llave que giraba en la cerradura de la puerta de acceso. Lo estaban encerrando.

Capítulo 18

Un día completo escondido en un desván era mucho tiempo. A mediodía el estómago empezó a molestarle. Había desayunado bien, pero el aburrimiento y el hambre eran malas compañeras. Por eso, Max decidió dedicar el resto de la tarde a meditar. Era algo que había empleado en numerosas ocasiones para hacer más cortos los trayectos intercontinentales de avión. Y siempre le funcionó. Excepto aquella vez camino de Shanghái. Pero esa había sido una excepción. Demasiadas cosas en la cabeza, demasiado ruido emocional. Las cosas nunca funcionaban como era debido si las emociones salían a relucir.

Se sentó en el suelo, sobre una alfombra vieja y polvorienta, y cruzó las piernas. A su alrededor solo había muebles cubiertos con grandes sábanas blancas, como fantasmas de una vida anterior. Por un momento, Max se preguntó por qué alguien tan rico como un narcotraficante guardaría ese tipo de cosas. Sobre todo cuando no hacían lo mismo con las personas. El patriarca de los Mejicanos de seguro no dudaría en eliminar de un plumazo a cualquier esbirro que le fallara. Sin embargo, conservaba sillones anticuados, armarios cojos o cómodas que nadie usaba ya.

Instintos atávicos, supuso. Incluso las peores personas necesitaban comportarse con normalidad en la intimidad de sus hogares. De todas formas, aquello no le concernía en absoluto. De lo que se trataba en ese momento no era de dejar que su mente vagara sin control, sino de atarla en corto, de centrarse. Retrajo el mentón y entornó los ojos. De inmediato, el cerebro reconoció la postura que había adoptado, y los pensamientos que cruzaban por su mente se hicieron más lentos. Se centró en su propia respiración. En el aire que entraba por su nariz y salía por la boca. Con cada inhalación llamaba a la calma. Con cada expiración eliminaba un motivo de estrés, una preocupación. Se concentró tanto que no oyó cómo la puerta del piso de

abajo se abría y unos pasos sigilosos subían por la escalera.

Tampoco oyó la puerta del desván al abrirse, ni la respiración entrecortada de la doncella con la que se encontró unas horas antes. No reaccionó a ningún estímulo externo hasta que escuchó su voz.

—¿Señor?

Max se sobresaltó. De hecho, la voz de la criada lo sorprendió tanto que se puso en pie de un salto. Una cosa era que no lo hubiera delatado y otra que hubiera subido allí.

La chica dio un paso atrás. Max solía adoptar posturas ofensivas cuando lo sorprendían, y aquella no había sido una excepción. Se levantó con la agilidad que solo da un entrenamiento exhaustivo en artes marciales, y se encontraba dispuesto a atacar. Afortunadamente, controló sus reflejos a tiempo.

La mujer se llevó una mano al pecho. Con la otra sujetaba una cesta de mimbre. Miraba a Max con los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas por el miedo.

—Le traje comida, señor.

Max no terminaba de comprender. Lo agradecía, por supuesto, pero ¿y si la habían seguido? ¿Y si la comida estaba envenenada?

—Gracias —contestó en su español con acento inglés—. ¿Por qué te molestas?

La doncella, con un uniforme que recordaba a décadas pasadas por su vestido oscuro y su delantal blanco, echó un vistazo por encima del hombro. Tenía miedo, era evidente, de que alguien pudiera oírla.

—¿Le importa si cierro la puerta? A estas horas nunca hay nadie en los pisos superiores, pero una nunca sabe. Y menos hoy, con toda la escandalera que se ha montado.

—Claro que no, cierra con cuidado.

—Lo han estado buscando todo el día, pero parece que ya se va calmando la cosa.

A Max le pareció que la mujer se calmaba muy rápidamente, y eso lo llevó a desconfiar de ella.

—Pero no han subido aquí.

—Me imaginé que usted habría encontrado esta puerta y la cerré con llave sin que me vieran.

Max se fijó en la cara de la criada. Tenía la marca de un fuerte golpe en un pómulos. Ella se la tapó con la mano cuando se dio cuenta de que él la observaba.

—Le he traído comida —repitió.

—Sí, ya me lo has dicho. Pero no has contestado a mi pregunta: ¿por qué?

Ella se encogió de hombros y dejó la cesta en el suelo. Se arrodilló y sacó un paquete envuelto en papel encerado. A Max le llegó un delicioso olor a atún con mahonesa. No se trataba de una delicia, precisamente, pero su estómago, vacío desde la hora del desayuno, rugió de anticipación.

—Porque me imaginé que tendría hambre. Y que necesitará reponer fuerzas si va a marcharse esta noche.

—Me refiero a por qué me ayudas. Tú trabajas aquí.

—Más que trabajar, me tienen presa. Estoy pagando una deuda... Ya sabe cómo son estas cosas. Ellos nos traen desde el otro lado y luego hay que pagarles. A mí no me importa trabajar. Ya nací trabajando, como quien dice. Pero ya ha visto las marcas.

Max asintió. Todo eso se lo había imaginado, pero su pregunta seguía sin respuesta.

—¿No ha venido a matar al patrón?

Max asintió. No era del todo cierto, claro. Cortés creía que sí, el Callo y

Julen Rodríguez también; pero él esperaba no hacerlo. De todos modos, que aquella mujer pensase lo mismo le convenía.

—Entonces lo ayudaré. Si el patrón muere, ya no habrá nadie para cobrarse mi deuda. O al menos, las cosas estarán revueltas y podré escapar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Max. Le gustaban las personas valientes. Aunque su valor radicase únicamente en el coraje necesario para saber aprovechar las oportunidades que se les presentaban.

—Adela —contestó ella—. Pero eso da igual. Lo que importa es que puedo ayudarlo a llegar hasta el patrón. Y luego puedo ayudarlo a escapar también.

—Adela —dijo Max—, sabes que todo esto es muy sospechoso, ¿verdad? No sé quién eres, me traes comida...

—No está envenenada —dijo. Y mientras hablaba desenvolvió el sándwich de atún y le dio un mordisco. Lo masticó con rapidez y se tragó el bocado. Abrió una lata de refresco y dio un trago largo.

Max tuvo que admitir que aquella sí era prueba suficiente de que se podía fiar de ella. Al menos en lo que respectaba a la comida. Cogió el resto del sándwich y procedió a tranquilizar a su sistema digestivo.

Adela no era tonta y, por lo que parecía, no estaba dispuesta a perder el tiempo. La cesta contenía otros dos bocadillos que también probó. Max la miraba con una mezcla de incredulidad y admiración. Suponía que debía de estar realmente desesperada para actuar de ese modo. La verdad era que no tenía ninguna garantía de que él fuera a hacer lo que decía. Además, se ponía en peligro. Si sorprendían a Max, lo más probable era que llegasen hasta ella también. Sin embargo, allí estaba.

—¿Y si no he venido a matar a tu patrón? —preguntó Max.

La chica respiró hondo. El miedo había desaparecido por completo de sus ojos.

—Entonces te ayudaré a escapar igual, pero me iré contigo.

A Max le quedaba una única sombra de duda.

—Eres valiente, conoces el terreno. ¿Por qué no has escapado tú sola?

Adela bajó la cabeza y se tomó su tiempo antes de contestar. Max creyó notar que estaba tratando de contener el llanto.

—En primer lugar, no sé manejar las lanchas. Podría haber sobornado a alguno de los empleados del patrón, pero estaba mi hermano. Si yo me iba, lo mataban.

—¿Y qué ha pasado con él?

En ese momento Adela ya no pudo evitar que las lágrimas rodasen por sus mejillas. De todas formas, se mantuvo firme.

—Anoche lo enviaron con otros cuatro a la guarida de los Cortés. A un bar de mala muerte cerca del puerto. Allí lo mataron. Así que ya no tengo nada que perder.

La noticia golpeó a Max como un ariete en la boca del estómago. Aquella chica había encontrado el valor para huir porque él había matado a su hermano. Si hasta hacía un momento dudó entre llevársela o amordazarla y dejarla en algún lugar de la isla, ahora lo tenía todo mucho más claro. Se la llevaría con él, por supuesto que sí. Se lo debía. Además, cuando estuvieran libres hablaría con Mei para que le consiguiera documentación falsa. Una persona que había pasado por tanto a pesar de su juventud merecía un futuro digno.

—Nos iremos esta noche —anunció Max—. En cuanto oscurezca. No puedo arriesgarme a ir por tu patrón yo solo. Sería un suicidio. Pero puedo sacarte de aquí.

Adela asintió. Sería, solemne. No expresó alivio. Seguramente porque ya le habían hecho promesas parecidas con anterioridad. Alguien que las había incumplido.

—Tengo que volver al trabajo —dijo ella—. Regresaré ni bien se hayan levantado todos de la mesa. Después de cenar el patrón recibe los informes del día y yo quedo libre. Subiré a por ti. Pero tengo que cerrar abajo, por si acaso.

Max no sabía a qué se refería con ese «por si acaso». Podía ser a la posibilidad de que alguien tratase de subir al desván si encontraba la puerta abierta. En cuyo caso lo descubrirían. O podía ser que no se fiase de él. Fuera como fuese, no se opuso.

La chica desapareció en silencio, llevándose tanto la cesta como los envoltorios de los sándwiches y las latas de refresco.

Max, por su parte, se quedó solo sobre la alfombra, oyendo el repiquetear de la lluvia por encima de su cabeza y sintiendo cómo la culpa se le instalaba en el pecho una vez más. Parecía imposible que pudiera hacer su trabajo sin interferir en la vida de algún inocente. Esperaba, por lo menos, poder ayudar a Adela.

Ella volvió cuando el exterior estaba iluminado tan solo por una media luna que reflejaba una luz mortecina y engañosa. Se había quitado el uniforme y llevaba unos vaqueros muy gastados, una camisa parda que le iba grande y una cazadora oscura. A la espalda cargaba una mochila que no parecía pesar mucho. Max no había pensado en ello, pero resultaba evidente que Adela no atesoraba demasiadas posesiones.

—Bajaremos por las escaleras de servicio —dijo sin siquiera saludar.

—¿Y qué pasa con el tramo de pasillo?

—Todo el mundo está abajo. Acabo de hacer el camino inverso y no me he cruzado con nadie. Mis compañeras tienen demasiado miedo y los hombres están todos abajo.

Max no tenía un plan mejor. Si se tratase solo de él, habría bajado escalando, del mismo modo que subió. Pero Adela, por mucho coraje que

tuviera, no parecía preparada para el descenso. De modo que la siguió escaleras abajo.

El pasillo estaba a oscuras. Por algún motivo Max había esperado encontrarlo iluminado. Por supuesto, aquello los favorecía. Adela se movía en silencio y con rapidez. Lo único que sonaba en la negrura era una de las hebillas de la mochila. Un sonido tintineante, muy quedo. Nada de lo que preocuparse.

Llegaron sin problemas a la puerta que daba acceso a la escalera por la que bajarían.

—En la planta baja hay dos salidas. Una da al vestíbulo principal y la otra a las cocinas —dijo Adela.

—Usaremos la de las cocinas —dijo Max.

—Allí sí habrá alguien. No estoy segura de cuánta gente, pero al menos una cocinera y una doncella. Los hombres se pasan la noche bebiendo y a veces ordenan algo para comer. No les hagas daño. No es culpa suya.

Max echó mano de la Beretta que había permanecido todo ese tiempo en el bolsillo de su cazadora.

—Les apuntaré y tú me ayudarás a amordazarlas. Nadie más puede salir con nosotros. Ya es bastante peligroso que vayamos los dos.

—No te preocupes, ellas también tienen hermanos, primos, padres o tíos. No querrán irse.

Bajaron los dos pisos en el mismo silencio casi sepulcral con que habían recorrido el pasillo, apenas interrumpido por el tintineo de la hebilla de Adela. Ya en la planta baja, fue ella quien abrió la puerta de la cocina. Tal como le indicó, dos mujeres de largo pelo moreno se encontraban al otro lado. Charlaban animadamente junto a un aparato de radio. Les daban la espalda, así que no se dieron cuenta de que habían entrado hasta que fue demasiado tarde. Max y Adela llegaron hasta ellas y Max sacó el arma.

—No gritéis —dijo— y no os pasará nada.

—¿Adela? —preguntó la criada—. ¿Estás loca? ¡Te van a matar!

—Si no decís nada, no sabrán que me he ido hasta la mañana. Por favor. Yo haría lo mismo por vosotras.

—No hace falta que nos apuntes, gringo —dijo la cocinera—. Si Adela puede irse, pues está bien. Que se vaya. Nosotras también lo haríamos si pudiéramos. Pero salid de aquí de prisa. Todavía no han empezado a pedir sus bebidas, así que pueden aparecer en cualquier momento.

Adela asintió y Max bajó el arma. No hubo más despedidas. La mujer abrió la puerta de la cocina que daba al exterior y se perdió en la oscuridad del jardín. Max salió tras ella. El tintineo de la hebilla marcaba el camino, por lo demás, en absoluta penumbra. La casa no estaba rodeada por grandes focos ni por un sistema de seguridad. Al menos no por uno fácilmente identificable.

A Max le satisfizo comprobar que Adela era una mujer prudente. En lugar de dirigirse al camino de la playa escogió pasar a través del bosquecillo que rodeaba toda la isla. Justo la estrategia que él mismo había sugerido a sus compañeros esa mañana.

Una vez a cubierto, le volvió a advertir.

—Habrán hombres guardando las lanchas. Son una panda de flojos porque nunca se atreve nadie a venir. Pero alguien habrá.

—Entonces camina detrás de mí.

Max sabía lo que tenía que hacer. Aunque aquellos tipos fueran los padres, hermanos, primos o tíos de alguna otra doncella, debía reducirlos si quería salir de allí con vida.

Llegaron a la playa en pocos minutos. La isla era mucho más pequeña que aquella en la que Cortés había levantado su residencia. De nuevo se cumplieron las predicciones de Adela. Bajo un techado de hojas de palmera, un grupo de tres hombres fumaban y reían. Estaban sentados alrededor de una

mesa sobre la que había una baraja de cartas a las que nadie hacía caso. Para ser un día en el que la isla fue atacada por intrusos, la actitud de aquellos vigilantes resultaba sospechosamente laxa.

Adela pareció leerle el pensamiento.

—Por eso Cortés siempre les lleva la delantera a estos mejicanos.

—Sígueme y no hagas ruido.

Las condiciones no eran las mejores. La media luna apenas iluminaba la superficie de la playa, así que lo que planteaba hacer resultaba muy arriesgado. Se movió, encorvado, hacia la orilla. Su plan consistía en empujar la lancha más alejada del refugio de los guardias dentro del agua y saltar dentro. Luego la pondría en marcha y dispararía al casco de las otras. Se delataría, pero evitaría que pudieran perseguir.

Contó cuatro planeadoras mal varadas en la arena. La que más lejos estaba de los hombres a los que pretendía sorprender también se encontraba más hundida en la arena. Afortunadamente, Adela no mintió cuando le dijo que estaba acostumbrada a trabajar duro. En cuanto lo vio empujar, unió sus fuerzas a las de él. Ambos miraban por encima del hombro cada pocos segundos, pero los vigilantes seguían enfrascados en su conversación.

Poco a poco, la embarcación comenzó a flotar. Max y Adela ganaron cada centímetro con sudor. Max sentía los músculos de los brazos, las piernas y la espalda tan tensos como alambres. Calculó que la mujer debía de estar exhausta, pero ella no se quejó. Al contrario, cuando la lancha ya estuvo en el agua, trepó por la borda y se dejó caer en el interior. Max habría saltado, pero no quería arriesgarse a hacer ningún ruido que alertase a los hombres de guardia antes de tiempo.

Una vez a bordo, se aseguró de que las llaves estuvieran puestas. Él no las habría dejado, pero aquella isla era el colmo de la desorganización. En efecto, las llaves colgaban del contacto.

—No sabrás pilotar esto, ¿verdad?

Adela negó.

Lo ideal habría sido que ella condujese mientras él disparaba. Así Max podría haber dedicado toda su atención a agujerear los cascos del resto de embarcaciones. Siendo las cosas como eran, disparó primero.

Las detonaciones sobresaltaron a los vigilantes, que brincaron de sus sillas, con los semblantes demudados por la sorpresa y algo que podía leerse como miedo. No sabían lo que estaba pasando y eso le dio tiempo a Max para efectuar seis disparos: dos a la lancha más lejana, otros dos a la de en medio y dos más a la más cercana. No sabía cuánto daño había provocado, pero tendría que bastar.

Se metió el arma en el bolsillo de la cazadora y se dirigió al timón, pero Adela lo detuvo.

—¡Dame la pistola! —gritó.

Max no estaba dispuesto a cometer esa locura.

—Dispararé mientras huimos.

La chica temblaba y los ojos se le habían vuelto a agrandar, pero su determinación no la abandonaba. Además, Max no se engañaba. Toda la ayuda que ella pudiera prestarle les haría más fácil la huida. Así que le entregó la Beretta y puso en marcha la barca.

El motor rugió como un gran felino mientras Adela descargaba el arma con más voluntad que acierto. Pero, con puntería o sin ella, su intervención hizo que ganaran unos segundos cruciales. La oscuridad de la bahía los escondió hasta que llegaron a tierra firme.

—Yo me despido aquí —dijo Adela cuando desembarcaron—. No quiero comprometerte más.

Max se dijo que no era ella quien lo había comprometido, sino él mismo al asesinar a su hermano.

—Puedo ayudarte con los papeles. Y conseguirte un trabajo. Tengo contactos.

—¿Eres policía? —preguntó ella.

—No.

Adela lo miró de arriba abajo como si no lo hubiera visto hasta entonces.

—No sé quién eres, ni quiero saberlo. Pero me las apañaré.

Max quiso insistir. Si la chica se marchaba, lo dejaría allí, con la culpa consumiéndolo por dentro. Pero sabía que no debía. Si ella llegaba a adivinar qué motivos lo impulsaban a ayudarla se sentiría traicionada una vez más. Y no lo merecía, ya había sufrido demasiado.

—Cuídate, Adela —dijo en cambio. Y nunca volvió a saber de ella.

Capítulo 19

En Londres, la residencia de Max se encontraba en uno de los barrios más ricos de la ciudad. Mayfair era una zona residencial limpia, tranquila, cercana al parque más grande de la capital inglesa, Hyde Park. Por el contrario, el motel que Adam le había escogido como parte de su tapadera albergaba todo tipo de inquilinos. Ninguno de ellos distinguido.

A pesar de la pelea conyugal de la habitación de la izquierda, que se había prolongado hasta altas horas de la madrugada, Max durmió como un tronco. Tampoco le molestaron los intercambios sexuales onerosos de la derecha, aderezados con golpes del cabecero de la cama que hicieron temblar los cuadros anticuados que adornaban las paredes. Ni los altercados ocurridos en la zona del aparcamiento y protagonizados por yonquis y camellos de la más baja estofa.

Max había pasado noches en lugares peores, selvas, desiertos, campos de prisioneros, cárceles... Un poco de ruido no impidió que le diera a su cuerpo y a su mente el descanso que ambos necesitaban.

Despedirse de Adela no había sido fácil. La mujer mostró un coraje sorprendente. Aunque quizá no lo fuera tanto. Emigrar siempre suponía un acto de valentía, dejar atrás lo conocido, aunque malo, esperando encontrar algo mejor, que no siempre resultaba ser cierto. En el caso de Adela, se había encontrado con el clan de los Mejicanos, y los Mejicanos se habían topado con Max. Cornell no creía que fuera a librarse nunca del sentimiento de culpa por esa muerte.

En la mayoría de las misiones que aceptaba los muertos permanecían en un cómodo anonimato. Ponerles rostro los convertía en personas de carne y hueso. Personas con familias, con vidas. Por eso despedirse de Adela le había resultado duro. No podía decirle el motivo por el cual quería ayudarla. No

podía intentar siquiera que su conciencia quedase limpia.

Cuando despertó, arropado por la colcha descolorida y salpicada de quemaduras de cigarrillo, su cuerpo se encontraba mejor y notó la cabeza despejada, pero cierto peso en el pecho. Los problemas de conciencia no se solucionaban tras un sueño profundo.

Hizo una pequeña lista mental de lo que debía hacer aquel día: sin prisa, para no dar la impresión de estar desesperado o de buscar otra cosa, tenía que acercarse hasta Cortés. El problema era que no sabía dónde encontrarlo. Desde luego, no estaría en el Miami Sound Machine, Max no conocía la ubicación de la isla donde tenía su casa ni tampoco ningún otro centro de operaciones en tierra firme.

Por supuesto, podía comprobar si sus localizadores le devolvían una ubicación accesible. Pero lo haría después del desayuno. Los ladrones de poca monta como Tim Raven no madrugaban. Y mucho menos tras haber estado al borde de la muerte. Esa era la historia que le contaría al Tuerto. No sin antes preguntar por los otros dos. Aunque estaba bastante seguro de que tanto Julen como el Callo pudieron escapar. De no haber sido así, Adela le habría dicho algo.

Max se duchó y se vistió con prisa. Aunque el desayuno bufé del motel no sería ninguna maravilla, necesitaba darle a su cuerpo algo de combustible para seguir con el día. Salió al pasillo exterior y contempló en todo su esplendor el lugar en el que se hospedaba. Parecía que Adam hubiera buscado a propósito el último agujero inmundo sobre la faz de la Tierra. Por supuesto, el suelo seguía mojado. Aunque en ese momento el cielo les ofrecía una tregua, durante la noche llovió a intervalos regulares.

Para llegar al comedor había que pasar por la zona de recepción. Desde el mostrador principal una mujer con el pelo teñido de naranja, que dejaba ver unas raíces negras extrañamente estéticas, le indicó el camino.

—Marina le ayudará. El desayuno no está incluido en el precio de la habitación. ¿Seguro que puede pagarlo?

Max ni siquiera se ofendió por la pregunta. Era muy consciente del lugar en que se encontraba y del aspecto que él mismo ofrecía. Sacó unos billetes del bolsillo de aquella chaqueta de cuero que se había convertido en una especie de segunda piel.

—Se lo dejo pagado, no se preocupe.

Un hombre vestido con harapos que los miraba tras la puerta automática de la entrada se animó a traspasarla cuando vio cómo el dinero cambiaba de manos.

—Si sobra algo, dámelo, Janis —dijo. Janis era el nombre que relucía en la chapa identificativa que la recepcionista llevaba en el pecho.

—No sobra nada, Lucio —contestó ella. Para sorpresa de Max, no empleó un tono severo. Por lo visto aquella escena era bastante habitual.

—¿Quieres comer algo, amigo? —le preguntó al desconocido.

—Prefiero beber algo, ¿sabes? Para mantener la línea.

Mientras lo decía, Lucio se pasó las manos por los costados. La gabardina que ocultaba su cuerpo no dejaba ver si era gordo o delgado, pero, desde luego, no estaba en forma. Max le dio un billete de diez dólares. Él había matado a tres hombres dos noches antes, no era quien para juzgar a un borracho que solo se hacía daño a sí mismo.

Janis, la recepcionista, negó con la cabeza.

—Va a terminar matándose, ¿sabe? —le dijo a Max—. No le ha hecho ningún bien.

—Vamos a morir de todos modos, ¿no? —contestó él encogiéndose de hombros. Y se dirigió al comedor.

Allí, efectivamente, lo esperaba un desayuno abundante en azúcares. Dos cajas de cereales, algunos yogures baratos, termos de leche y café y una gran

bandeja etiquetada con un cartelito plastificado que anunciaba que contenía huevos le dieron la bienvenida. También vio una tostadora relativamente limpia, pan de molde y algunas piezas de bollería que el día anterior tampoco habían sido recientes.

Las cuatro mesas preparadas para los huéspedes estaban vacías. Tres de ellas todavía presentaban restos de migas, tazas medio vacías y boles sucios. Max escogió una de las mesas despejadas y se dirigió a una chica vestida con el uniforme azul que la identificaba como trabajadora del motel.

—Buenos días —saludó—. ¿Hay platos y tazas limpios?

Ella no se dio la vuelta para contestar. Se limitó a indicar con el dedo el lugar en el que alguien había apilado la vajilla y la cubertería.

—Gracias —dijo Max de todos modos.

Lo primero que hizo fue servirse un café solo y dejarlo sobre su mesa. Luego cogió dos rebanadas de pan y probó suerte en la bandeja cubierta de los huevos. Cuando la abrió, un olor muy agradable acompañó a la nube de vapor que salió de su interior. Aquello mejoraba sensiblemente la mañana.

Una vez en su mesa, se centró en lo que estaba haciendo. En la textura del pan, en el sabor del café. Así consiguió que el ruido desapareciese de su cerebro. Distráido como estaba, no se dio cuenta de que Marina —la chica del uniforme azul— había reparado en su presencia. Como solía pasarle, cuando la mujer se fijó en su constitución, en sus ojos verdes y en su buena planta, que ni siquiera la horrible ropa que llevaba lograba ocultar, su actitud hacia él cambió de forma radical.

—Buenos días, caballero. Me llamo Marina —dijo señalando la chapita dorada correspondiente—. Si desea algo, no tiene más que pedírmelo.

Acompañó el ofrecimiento con un guiño en absoluto ambiguo. Max se limitó a asentir.

—No me importaría tomar otro café. Los huevos están muy ricos, por

cierto.

—Usted también está muy rico —contestó ella con total desvergüenza.

El uniforme le sentaba bien. Hacía resaltar una cintura muy estrecha y le marcaba las pronunciadas caderas. Aunque lo mejor de la chica eran unos ojos del color de las almendras, traviosos, y una bonita sonrisa. Si había algo que la afeara eran las orejas, que sobresalían bajo el pelo tirante, que mantenía sujeto en una cola de caballo.

No esperó a que Max reaccionara a su cumplido, se dio la vuelta en dirección a los termos de café. Caminaba haciendo oscilar las caderas con una cadencia sinuosa llena de promesas. Cuando llegó hasta el mostrador se inclinó y la tela de la falda se estiró todavía más sobre unos glúteos redondos y tersos, como una manzana recién recogida del árbol.

Sin que pudiera evitarlo, Max se acordó de Malena. Cualquier comparación entre ambas mujeres era absolutamente injusta, por supuesto. Mientras que Marina resultaba graciosa, pizpireta; Malena era toda provocación, clase, misterio.

—Gracias por el café —dijo cuando la empleada regresó a su mesa. Ella debió de ver que no tenía ninguna oportunidad de triunfar en aquella plaza y se limitó a despedirse de una manera mucho más profesional.

—De nada —contestó—. Espero que disfrute de su estancia.

Por algún motivo, aquel final para una historia que no había comenzado siquiera entristeció a Max, que no tardó en terminar su desayuno y regresar a su habitación.

Capítulo 20

Adam le había explicado que el equipo informático estaba escondido en un doble fondo debajo de la cama. Una precaución más que comprensible teniendo en cuenta el vecindario. Aunque la verdad era que a Max no le apetecía en absoluto arrastrarse por un suelo que seguramente estaba plagado de restos de fluidos de huéspedes anteriores. En cualquier caso, el trabajo era el trabajo y Cornell jamás había sido un tipo escrupuloso. Así que se quitó la chaqueta y se tumbó sobre el estómago.

Por fortuna, el servicio de habitaciones había hecho su trabajo y no encontró bajo la cama más que algunas pelusas, así que golpeó las tablas, menos desgastadas allí debajo donde nadie las pisaba, hasta que encontró el lugar en el que sonaban a hueco. Hallar el resorte que le dio acceso al doble fondo fue sencillo.

El equipo se reducía a un ordenador portátil más que potente al que se accedía sin contraseña. No hacía falta. El disco duro estaba vacío, excepto por el *software* de seguimiento, que solo daría datos útiles a quien supiera lo que estaba buscando. Una vez más, como siempre que tenía que realizar alguna tarea relacionada con las comunicaciones o la tecnología, echó de menos a Mei. De hecho, las cosas habrían sido mucho más fáciles de haber contado con la presencia de su experta desde el principio.

Activó el programa que necesitaba y no tardó en encontrar uno de los localizadores que había colocado a Julen y al Callo. Uno de los dos se encontraba en el Centro. Algo que le venía muy bien para hacerse el encontradizo. No resultaría extraño que el inglés Tim Raven quisiera familiarizarse con esa parte de Miami y se topara por casualidad con una de las personas que podían llevarlo hasta Cortés. Además, podría contarle cómo habían salido de la isla de los Mejicanos.

Sin embargo, el buen ánimo de Max se desvaneció casi por completo cuando se dio cuenta de que su objetivo no se encontraba en un lugar cualquiera del Centro. Aquel lugar era el barrio donde él y Adam habían visitado a Sean Eaton. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, la conversación que tuvieron con el hombre se reprodujo a cámara lenta en su cabeza. El nerviosismo del agente, su reticencia, el modo en que había perdido el color cuando Adam y él mencionaron cuál era su objetivo.

Tal y como estaban las cosas, Max no podía permitirse cargar con otra muerte a sus espaldas. Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, se levantó de la silla desde donde miraba la pantalla del portátil y se puso la chaqueta. La Beretta seguía en su bolsillo. Tendría que comprar balas de camino al Centro... Si es que lograba llegar.

Fuera, la lluvia había vuelto a hacer acto de presencia. Eso hacía que el *parking* se encontrase casi desierto, lo que le ponía las cosas más fáciles a la hora de robar un coche. Porque su destartalada *pick-up* estaba en el puerto, por supuesto. Allí la dejó dos noches antes, cuando fue al bar del clan Cortés. Y allí se habría quedado.

Se asomó por el murete de piedra. Cabía la posibilidad de que Adam se la hubiera llevado hasta allí. Aunque no parecía probable.

Bajó por las escaleras de cemento, tan desgastadas que se habían formado charcos en algunas de ellas, y recorrió el estacionamiento completo con la vista. Ni rastro del vehículo. Antes de forzar la portezuela de alguno de los que estaban aparcados comprobó el *parking* trasero. Las posibilidades eran mínimas, pero debía agotarlas.

Cruzó por el hueco que separaba las dos alas del motel. Encontró modelos antiguos de coches americanos descomunales. Muchos modelos Ford que habían conocido tiempos mejores, una camioneta Chevrolet con más óxido que pintura en la carrocería, pero ni rastro de su *pick-up*. Ni en sueños había

pensado que echaría tanto de menos un vehículo tan deficiente.

Lo único que le quedaba por hacer era acercarse al coche más vulnerable y llevárselo. Si había por allí un modelo superviviente de los años ochenta que le permitiera hacer un puente, tanto mejor. Se cubrió de la lluvia, que ya arreciaba, y caminó hacia el extremo del motel. Era el sitio más alejado de la recepción y donde menos posibilidades había de que lo descubrieran.

Ya se estaba preguntando cómo forzaría la puerta cuando la vio. Aparcada en una esquina apenas visible, junto a la salida de emergencia. Allí estaba su vehículo, destacando por encima de los demás coches por su aspecto aún más desastroso.

—Te quiero, Adam —murmuró.

Y se acercó a la puerta del conductor. Por supuesto, estaba abierta. Adam guardó las llaves en el parasol, como un buen americano imprudente. Aunque la verdad era que no había nada que temer; ¿quién robaría una furgoneta así? Tenía que acordarse de darle las gracias a su amigo y compañero cuando se encontraran.

Salir del *parking* del motel fue sencillo. La lluvia mantenía a todo el mundo en el interior. Hasta las prostitutas y los camellos habían desaparecido. Pero el tráfico no había mejorado desde la llegada de Max a Miami. Las carreteras estaban completamente colapsadas. Recorrer unos metros le llevaba largos minutos. Y Max se desesperaba porque cada vez que el segundero daba la vuelta a la esfera del reloj estaba más lejos de salvar la vida de Eaton, si es que eso todavía era posible.

De todas maneras, acudió a sus ejercicios de relajación. No podía hacer nada más que permanecer en el coche y esperar con paciencia a que el embotellamiento se aligerara lo suficiente. Cuando supo que ya podía controlar los nervios, Max encendió la radio.

En perfecto español, una locutora resumía el caos en que se había

convertido la ciudad. Al parecer, la gente llegaba tarde a sus puestos de trabajo, el sistema de alcantarillado no se daba abasto con el agua de lluvia y algunas de las leyendas urbanas que corrían sobre la ciudad resultaban ser ciertas.

Un cocodrilo había salido de una cloaca y el Centro de Control de Plagas tuvo que capturarlo. El pánico había cundido en la zona y hasta se cerró un colegio cercano. El alcalde recomendaba calma y paciencia, pero a Max no le sobraba ninguna de las dos.

Valoró la posibilidad de abandonar la furgoneta y llegar caminando. Podía hacerlo en un tiempo razonable y sin desperdiciar demasiadas energías. Estaba entrenado para ello. Pero no tenía una excusa que lo justificara. ¿Y si se encontraba con Julen Rodríguez o el Callo? ¿Qué diría si le preguntaban por su coche? En Estados Unidos nadie caminaba. Así que Max estaba atrapado en un vehículo diseñado para ayudarlo y que en realidad le ponía las cosas mucho más difíciles.

Cansado de las recomendaciones radiofónicas, cambió de emisora. Las ondas le devolvieron la misma canción que lo había recibido en el Miami Sound Machine la noche que conoció a Cortés: un hombre, cuyo nombre no conseguía recordar, explicaba que todo había valido la pena porque fue necesario para estar con su amor. Max, por su parte, se preguntaba si de verdad algo de lo sucedido en ese par de días había merecido la pena. Quizá, como mucho, haber conocido a Malena. Con quien ni siquiera tuvo el placer de hablar... ni de ninguna otra cosa.

Cuando ya creía que nunca saldría de allí, el semáforo se puso en verde y Max pudo acelerar. Por lo que no podía ser más que un milagro, la calle por la que necesitaba circular se encontraba razonablemente vacía. Le dio las gracias a los estúpidos que se deshacían de los cocodrilos tirándolos por el retrete. Seguro que ese miedo hizo que algunos conductores se lo pensarán

dos veces antes de salir a la calle.

Los limpiaparabrisas trabajaban a toda velocidad, y aun así la visibilidad de Max no era ni mucho menos óptima. De hecho, estuvo a punto de pasar de largo ante el edificio donde habían visitado a Eaton. Por fortuna lo distinguió a tiempo. Aunque aparcar aquella furgoneta de tamaño descomunal tampoco resultó fácil. Lo que los cocodrilos le dieron por un lado, se lo quitaron por otro. Dio un par de vueltas a la manzana y, perdida ya la paciencia, terminó por dejar la *pick-up* en la acera. No estaban las cosas para preocuparse por una multa.

Salió del vehículo, se subió el cuello de la chaqueta sin que eso evitase que la lluvia lo calase hasta los huesos y se dirigió a la entrada del edificio de Eaton. Por supuesto, no se cruzó con nadie por el camino.

Cuando llegó, descubrió que entrar no iba a resultar tan sencillo como le habría gustado. ¿Por qué tenía que torcerse todo esa maldita mañana?

Una multitud de paraguas multicolores que contrastaban con el tiempo plomizo se agitaban frente a las escaleras principales. A Max le pareció que todas aquellas personas no podían vivir allí. Seguro que la mayoría eran curiosos. Siempre sobraban cotillas cuando pasaba algo. Aunque no se imaginaba siquiera qué era lo que pudo pasar. Así que se acercó a ver si se enteraba de algo.

Un hombre que se cubría con un paraguas amarillo chillón le advirtió de que no podría pasar por mucho que lo intentara.

—Yo vivo en el sexto piso y no me dejan subir a casa —dijo con un marcado acento cubano—. Y a usted no lo he visto nunca por aquí, así que olvídense.

—¿Pero qué ha pasado? —le preguntó.

Una mujer muy bajita, arrugada como una pasa, que se aprovechaba de su corta estatura para cobijarse bajo los paraguas de los demás porque ella no

tenía uno, se dio la vuelta.

—Control de Plagas, mijo —dijo en español—. Algo pasó ahí y dicen que puede ser un cocodrilo.

—Parece como si fuera una anaconda —dijo el hombre del paraguas amarillo—. Llevamos aquí más de media hora. Como me resfríe y tenga que ir al hospital, los gastos se los pienso pasar al ayuntamiento. Estoy harto de que me suban el precio de las pólizas.

—No entiendo —dijo Max—. ¿Nos tienen aquí parados por una tubería rota?

—¡Como si no se rompieran nunca! —exclamó una tercera persona—. Yo estoy harta de decirle al encargado que la fontanería del edificio es un asco. Pero tampoco es culpa suya. Cuando hay una avería, él viene y la arregla. Esto es culpa de los propietarios.

—Y de quien tira cocodrilos por el baño —dijo otra persona.

—Eso son tonterías —contestó la mujer de la cara arrugada—. Excusas que ponen para no responsabilizarse. Pero esto no puede quedar así. Nos tienen que dejar subir a las casas. Yo tengo a mi nieta sola en el piso. La dejé dormida, pero ¿qué pasa si se despierta y ve que está sola? Se asustará y podría pasar cualquier desgracia.

Max pensó que en ningún caso era buena idea dejar a niños pequeños solos, pero se guardó mucho de decirlo en voz alta. Sin embargo, otro de los presentes, a cubierto bajo los paraguas, no tuvo la misma prudencia.

—Pues no haberla dejado sola.

La señora arrugada no se calló.

—¿Ahora va a ser todo culpa mía? No sabes tú a quién le estás hablando.

A partir de ese momento los ánimos se caldearon entre la gente que deseaba subir a sus casas. Al parecer, por mucho que a Max le hubiese parecido lo contrario, todos ellos eran vecinos del edificio. En cualquier caso,

la discusión le dio la oportunidad de avanzar hasta donde estaba un hombre con un impermeable amarillo y una placa colgada del cuello que lo identificaba como empleado del Departamento de Control de Plagas. Al menos, algunos de los rumores que oyó entre la multitud parecían ciertos.

—Disculpe, agente.

El sonido de esa palabra hizo que el hombre del impermeable se girase hacia Max con presteza. Una reacción que él había calculado previamente. Los empleados de Control de Plagas rara vez eran tratados con el respeto que creían que merecían, así que dirigirse a él como agente garantizaba cierta predisposición positiva.

—¿En qué puedo ayudarle? —contestó.

—¿Tiene idea de cuánto tiempo tendremos que esperar? Sé que nos mantienen aquí abajo por nuestra seguridad y que necesitan tiempo para hacer su trabajo correctamente, pero tengo un amigo enfermo ahí. Y hay una anciana detrás que ha dejado sola a su nieta en casa.

—No parece algo muy responsable, ¿verdad? —dijo el hombre.

Max se encogió de hombros.

—Ya, le entiendo. Está de acuerdo conmigo, pero no quiere meterse en líos con los vecinos, le entiendo. Llevo aquí media mañana y ya he oído de todo —dijo el exterminador—. Si quiere que le diga la verdad, no tengo ni idea de cuándo nos iremos. Y puede creerme, caballero, no hay nadie que tenga más ganas de cerrar esto que yo. Tengo la impresión de que me están creciendo hongos en los dedos de los pies, con tanta humedad.

—¿Y qué es lo que pasa?

A Max le encantó descubrir que el hombre tuviese tantas ganas de hablar. Quizá no le permitiera subir, pero procuraría obtener toda la información que pudiera.

—Tampoco estamos seguros de eso. Esta zona es problemática. De

hecho, toda la ciudad lo es. La radio y la televisión hablan de cocodrilos, pero eso es anecdótico. Lo verdaderamente peligroso es que esta lluvia hace que todas las ratas salgan de las alcantarillas. Así que estamos en peligro de que surja algún tipo de infección epidémica. El alcalde se niega a cerrar escuelas y organismos públicos. ¿Y quién paga el pato? Yo se lo diré, señor mío: Control de Plagas. Tenemos que acudir a cada aviso y comprobar que no haya ratas u otros animales. El problema es que las hay. Así que tenemos que valorar si son un peligro mayor real o podemos dejar la zona abierta al público. Llevamos días así. Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que dormí ocho horas seguidas.

Max asentía con educación al discurso imparable de aquel hombre, pero la verdad era que se había desconectado en cuanto dijo que no sabía lo que pasaba en realidad. A su espalda, por el contrario, la trifulca originada por el hecho de que la abuela dejara sola a su nieta se había calmado. Los vecinos escuchaban con atención.

—¿Entonces están aquí por un aviso? —preguntó Max sin mucha esperanza de obtener información realmente valiosa.

—Sí, una vecina del tercer piso ha llamado asustada. Al parecer las paredes de su salón se están tiñendo de rojo. Yo creo que no será nada. Nunca es nada, pero el protocolo es el que es. Además, las mujeres mayores, ya se sabe, viven solas, no tienen con quién hablar y en cuanto enganchan a alguien ya no lo dejan ir. Seguro que mi compañero está atrapado en ese piso, con una taza de café negro y unas galletas. Le cambiaría el sitio encantado, si quiere que le diga la verdad.

Max distinguió la voz de la mujer arrugada a su espalda.

—¡Como si tú no hablaras como una cotorra! —gritó.

El hombre iba a contestar, pero Max se lo impidió. Si dejaba que se enzarzara en una pelea absurda, perdería todas las posibilidades de colarse. Y

aquel detalle de las paredes rojas no le daba en absoluto buena espina. La vecina que había avisado a Control de Plagas vivía en el tercer piso. Eaton los había recibido en el cuarto. Aquello tenía muy mala pinta. Max necesitaba subir sin mayor pérdida de tiempo.

—Esa mujer no lo va a dejar en paz —susurró—. Déjeme pasar con ella. Me aseguraré de que se meta en su casa y de que todo está bien. Si quiere, puedo darle un mensaje a su compañero. Para liberarlo de la otra mujer y que puedan irse, ya sabe.

Algo en el discurso de Max no le hizo gracia al hombre, que se irguió, muy tenso, y se negó en redondo.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero mi trabajo es el que es. También yo quiero irme, ya se lo he dicho. Pero existe un protocolo. Creo que también le he dicho eso. Así que le recomiendo que encuentre un lugar cómodo para tomar un café y regrese más tarde. De momento nadie va a pasar por aquí.

Capítulo 21

Max se retiró. La mala suerte, una vez más esa mañana, se había puesto en su contra y lo juntó con uno de esos funcionarios que trabajaban con tesón, convencidos de que su deber era prestar el mejor servicio a la comunidad.

Se abrió paso a través del bosque de paraguas, ignoró una pulla de la señora arrugada y las palabras de aliento del hombre del paraguas amarillo y salió a la acera. La lluvia había parado de repente, así que por lo menos no tenía que preocuparse de las gotas furtivas que se le colaban por el cuello. Esa pequeña tregua climatológica, Max estaba convencido de que no duraría, le daba la oportunidad de rodear el edificio con calma para encontrar el mejor lugar por donde abordarlo. Se sentía como si hubiera ido a Miami con el único objetivo de escalar fachadas.

Afortunadamente, la mole de cemento a la que se enfrentaba no era ni mucho menos inexpugnable. Como muchos otros edificios levantados en zonas poco prósperas de grandes ciudades, aquel se dividía en varias plantas cuyo elemento principal eran pasillos exteriores muy parecidos a los de los moteles. Si hubiera estado en Nueva York, habría buscado una escalera trasera de incendios, pero Miami ponía a su disposición terrazas perfectamente accesibles para alguien con su entrenamiento y experiencia.

Como había hecho hacía unas horas, buscó el punto más alejado de la pequeña multitud que se agolpaba en la entrada, echó un vistazo rápido a los lados y se encaramó a la primera terraza. No esperaba llamar la atención de nadie una vez hubiera alcanzado ese primer balcón. La mayor parte de los habitantes de las grandes ciudades no se conocía, así que podían confundirlo con un nuevo inquilino o con un visitante. Siempre que no hiciera nada sospechoso, no tenía nada que temer.

Sin embargo, detrás de las cortinas de algunos apartamentos aparecían

rostros que lo miraban con ojos agrandados por el miedo. Eso no le gustó. Si alguno de los vecinos se asustaba lo suficiente, podría salir y complicarle las cosas. Trató de tranquilizarse a sí mismo. Por lo que sabía, en aquel edificio no había nadie que pudiese resultar potencialmente peligroso. Lo único que tenía que hacer era caminar hacia las escaleras. No se fiaba del buen funcionamiento de los ascensores, y menos después de lo que le contó el empleado de Control de Plagas. Una vez allí, subiría dos plantas más y comprobaría lo que sucedía.

Lamentó muchísimo, por segunda vez esa mañana, no contar con la ayuda de Mei. Ella podría informarle de si el localizador que había detectado seguía en aquella zona. De todas formas, tendría que seguir adelante sin esa información.

Por un momento pensó que lo mejor sería acudir al apartamento de Eaton en primer lugar, pero prefirió no hacerlo. Si no estaba en casa y forzaba la entrada, habría cometido allanamiento en el domicilio de un agente federal. Aunque la prudencia no siempre era la mejor consejera, optó por dirigirse al tercer piso, su primera opción. Comprobaría si esa lluvia rojiza merecía una investigación más profunda o no.

Nada hacía prever que en las escaleras lo esperaba una sorpresa no del todo agradable. En el primer descansillo, de hecho Max se encontró con quien sin duda era el compañero del hombre que retenía a los demás vecinos en la entrada. Llevaba cara de pocos amigos. Con toda probabilidad, tenía las mismas ganas de estar allí que su compañero.

—Buenos días, agente —saludó Max. Pero la fórmula no obtuvo el mismo resultado en esa ocasión.

—No puede estar aquí, caballero —contestó el segundo empleado de Control de Plagas.

Max no tenía ninguna intención de hacer lo que hizo, pero se dio cuenta

de que el uniforme le vendría bien para entrar en casa de la vecina que había dado la alarma. De modo que apenas dejó que el funcionario terminase su frase. Se abalanzó sobre él, le retorció un brazo y se lo colocó a la espalda. En pocos segundos lo inmovilizó. Lo que necesitaba ahora era que esa inmovilización fuese algo más permanente.

—No quiero hacerle daño —dijo Max.

—Pues lo disimula usted muy bien —contestó el hombre entre jadeos.

Por lo que parecía, Max tendría que ser rápido. Había dado con dos funcionarios honestos, y el segundo, además, era del equipo de los valientes.

Sin que el otro lo esperara, Max le soltó el brazo y le aprisionó el cuello con un brazo. Con el otro cerró la llave. Solo tenía que mantenerlo así cinco o seis segundos, los suficientes para que perdiera el conocimiento. Pero, como él mismo previó, su oponente no estaba dispuesto a rendirse, sino a plantar cara. Arriesgándose a partirse el cuello, el funcionario utilizó toda su fuerza para dejarse caer hacia abajo y desestabilizar a Max. Este no cayó, pero tuvo que soltarlo. Su primer plan había fallado.

Si el empleado de Control de Plagas decidía correr, Max se encontraría en apuros. Afortunadamente para él, prefirió pelear. El hombre estaba en forma, así que aprovechó el elemento sorpresa y recuperó el par de escalones que había perdido. Ahora los dos estaban en el descansillo. Max vio cómo adoptaba una postura propia del taekwondo. Por su parte, tomó una actitud defensiva y esperó a que el otro atacara.

El hombre era ágil y no subestimó a Max, pero Max tenía mejor entrenamiento y mucha más experiencia. Esquivó la primera patada y se acercó lo suficiente para poder golpearlo en el mentón. Lo que no había conseguido con la llave de estrangulación lo consiguió con un golpe seco. La cabeza del hombre cayó hacia atrás con fuerza y los huesos del cráneo y las vértebras pinzaron los nervios adecuados. Sin saber cómo fue que sucedió,

cayó inconsciente.

Max evitó que diera contra el suelo. Bastante daño había causado ya. Le quitó el impermeable y la placa y buscó en sus bolsillos algo con qué inmovilizarlo. Encontró cinta métrica. No era lo mejor, pero tampoco tenía otra cosa. Dejar al hombre expuesto a mitad de la escalera no podría considerarse una idea brillante, pero tendría que bastar.

Vestido con el impermeable amarillo, y con la placa robada colgada al cuello, subió por fin los dos pisos que lo separaban de las paredes sobre las cuales había llovido agua roja. Respiró hondo. No sabía a qué puerta dirigirse, así que recorrió la terraza buscando un indicio. No le costó demasiado ver unas huellas húmedas que parecían recientes y que, efectivamente, presentaban cierto color rojizo.

Se colocó ante la puerta y se peinó el pelo con los dedos. Por fortuna no se había puesto gomina para continuar con su disfraz de ladrón de poca monta, así que su aspecto podía pasar por adecuado. Habría que ver si la mujer creía que un ciudadano inglés podía trabajar para el Departamento de Control de Plagas.

Capítulo 22

La mujer que abrió la puerta podría haber sido prima, o incluso hermana, de la señora arrugada y bajita que había dejado a su nieta sola en casa. Desde su metro y medio de altura miró a Max de arriba abajo, como si en lugar de una vecina del *downtown* fuese algún tipo de monarca. Max casi se sintió intimidado,

—Buenos días, señora.

Los ojos de la mujer, diminutos tras los gruesos cristales de unas gafas de concha, lo miraban con inteligencia.

—Veo que al final he convencido a su compañero de que esto no se puede quedar así —dijo ella sin contestar al saludo de Max.

—Es usted muy persuasiva.

La mujer soltó un pequeño gruñido y le franqueó la entrada. Max no sabía cómo entretuvo al funcionario durante tanto tiempo, pero desde luego no había sido con una taza de café y unas pastas.

La entrada del piso estaba impoluta y olía a limpio. También a ambientador con aroma de limón. Excepto por un tufillo ciertamente desagradable que llegaba desde la izquierda. Max se dirigió hacia allí sin que nadie le dijera que era el camino adecuado.

—Al menos no tendré que repetir toda la historia desde el principio —dijo la mujer.

—Me temo, señora, que necesito que lo haga. Al menos los detalles más importantes.

La mujer se cruzó de brazos antes de contestar.

—Mire, joven, tiene usted una placa dorada muy brillante y muy bonita. Pero yo tengo un salón lleno de pintura roja, aunque creo que es sangre. No sé por qué les han enviado a ustedes en lugar de a la policía. Pero ya que

están aquí, necesito que hagan su trabajo. No hay detalles importantes ni pequeños.

La mujer se expresaba con una claridad y una vehemencia que hicieron pensar a Max que debía de tratarse de una profesora.

—Entre en el salón. Es esa puerta de ahí. Y dígame qué necesita que le cuente yo que usted no vea por sí mismo.

Max abrió la puerta. Efectivamente, no había mucho más que añadir al espectáculo que presentaba la pared principal del salón. Una cortina de un ocre rojizo cubría buena parte de ella. El estropicio también afectaba a un trozo del techo, por lo demás blanco. Max echó un vistazo más amplio al resto de la habitación. Estaba en perfecto orden. Sobre uno de los estantes del mueble de la televisión había una fotografía de un colegio. La señora, en efecto, era profesora.

—Ya le he dicho a tu compañero que el problema viene de ahí —dijo señalando el conducto de ventilación—. Pero me ha dicho que no podía abrirlo porque eso me pondría en riesgo. Porque podría haber ratas. ¡Tonterías! Lo que os pasa es que no os gusta trabajar. A mí me da igual. Ya le he dicho que os voy a poner una queja y que pediré que los arreglos de esto los pague el ayuntamiento. Estoy muy cansada de que a los ciudadanos decentes se nos tome el pelo.

—Si me trae un destornillador, echaré un vistazo.

La mujer pareció sorprendida.

—Vaya, pues es usted mucho más dispuesto que su compañero. Y eso que es extranjero. Por cierto, no sabía que los extranjeros podían entrar en el Departamento de Control de Plagas.

Max no contestó. No tenía ninguna intención de entrar en una discusión sobre los derechos y deberes de los inmigrantes.

—Si me trae el destornillador, por favor —insistió—. Y una escalera para

poder subirme.

La mujer, que ya había echado a andar en busca de la herramienta, se dio la vuelta.

—¿No ha traído escalera? Su compañero me dijo que bajaba a por una. Veo que son todos igual de incompetentes.

—Si lo prefiere, puedo subirme en una silla.

—Le traeré una banqueta, descuide.

Max esperó con toda la calma de la que fue capaz hasta que la mujer estuvo de vuelta. Con o sin razón, la profesora irradiaba una hostilidad que casi podía cortarse con un cuchillo.

Cuando se hubo subido a la banqueta y estaba ya a punto de quitar la rejilla que daba acceso al conducto de ventilación, Max creyó que sería buena idea que la mujer no viese lo que podía caer de ahí arriba.

—No quiero abusar de su hospitalidad, pero ¿podría traerme un vaso de agua?

—No, señor mío. No podría traerle un vaso de agua. Abra esa cosa y saque de ahí lo que sea que está destrozando mis paredes. O llamaré a la policía yo misma, no tenga ninguna duda.

Max tampoco podía permitirse perder más tiempo, así que comenzó a desatornillar la rejilla.

En el momento en el que extrajo el segundo tornillo, algo se movió fuera del alcance de su vista. Algo que liberó espacio suficiente para que un chorro de agua mezclada con algo rojo oscuro cayera a modo de cascada.

—¡Por amor de Dios! —exclamó la señora.

Y aquello no había hecho más que empezar.

—¿Está seguro de que no quiere ir a la cocina? —preguntó Max. No hizo ningún esfuerzo para engañar a la mujer y ella tampoco se molestó en ocultar que sabía que algo marchaba muy mal.

—Nadie va a decirme en qué parte de mi propia casa debo quedarme. No, no prefiero irme a la cocina. Prefiero saber qué ha pasado en el piso de arriba. La policía va a necesitar testigos.

Max ahogó un suspiro. Por lo general se quejaba de que la mayor parte de las personas pecaban de pusilánimes. En ese momento habría dado casi cualquier cosa para encontrar a uno de esos ciudadanos pasivos que preferían alejarse del peligro. Pero no podía elegir, así que extrajo los dos tornillos que le quedaban.

Tuvo la precaución de sujetar la rejilla con la mano libre para que lo que fuera que esperaba dentro no cayera como un peso muerto en mitad del salón.

—Apártese, por lo menos, para que esto no salpique. Le advierto que no tiene buena pinta.

—No me diga —replicó la dueña del piso. Yo pensaba que sería alguna reliquia sagrada.

A pesar de su sarcasmo, la mujer retrocedió unos pasos. Cuando Max consideró que ya se había alejado lo suficiente, se preparó él mismo para soltar la rejilla y saltar.

Incluso mientras saltaba, pudo ver en la expresión de su anfitriona obligada que lo que caía del conducto de ventilación era peor de lo que supuso. El chasquido húmedo que había acompañado a la caída ya era pista suficiente. La mujer se dio la vuelta con disgusto. Al parecer, su estómago no pudo soportarlo.

Max se dio la vuelta y contempló el motivo que había causado ese cambio en la actitud de la mujer. El tronco inferior de un ser humano colgaba del techo como una marioneta desmadejada. Algunos de los músculos que rodeaban la cintura se habían enganchado en el interior del conducto, y las piernas colgaban, una más alta que la otra. Si no hubiera sido por la sangre que lo bañaba todo y por el olor que se apoderó de la habitación, podría

haberse tratado de una de esas obras de arte posmodernas. Una performance, una exhibición de feísmo elevada a la enésima potencia.

Max habría preferido no tener que pensar en ello, pero la verdad era que sus sospechas se confirmaban. Con toda probabilidad, aquellas piernas pertenecían a Eaton. Pudo haberlo verificado con más seguridad si el tiempo que el cuerpo pasó en el agua no hubiera deformado los gemelos, las rodillas y los muslos. En el estado en que se encontraba, resultaba imposible decir si el cadáver tenía o no los pies hinchados.

—Tú no trabajas para Control de Plagas, ¿verdad? —preguntó la mujer. Para sorpresa de Max, no lo hizo con un hilo de voz, sino con un tono firme, aunque quizá un poco más bajo del que había empleado hasta ese momento.

—No, señora. El empleado de Control de Plagas está en el descansillo de la primera planta. Pero no le he hecho un daño permanente y tampoco soy un asesino.

En realidad, esa última parte no era del todo cierta. De hecho, no hacía mucho que había matado a tres hombres. De todos modos, continuó hablando:

—Sé que tiene que llamar a la policía. Hágalo, pero deme tiempo. Creo que sé quién es el fallecido. Debo comprobarlo. Es importante.

—¿Trabaja para el Gobierno?

Max se planteó la posibilidad de mentirle, pero al final no lo hizo.

—No exactamente.

—Dese prisa. Haga lo que tenga que hacer. Le daré unos minutos. Porque no me ha mentido. Al menos no cuando le he preguntado directamente. Detesto a los mentirosos.

Max podía reconocer en ella las características de algunas de sus mejores profesoras. Las que de verdad se preocupaban de sus alumnos. Aquellas cuyos nombres se recordaban años después. Le dio las gracias

apresuradamente y salió corriendo al pasillo.

Al llegar a las escaleras lamentó por un momento no haber aplicado un poco más de fuerza al golpe que propinó al exterminador en el mentón. El hombre había recobrado el conocimiento y subía en su dirección. ¿Por qué demonios no salió en busca de su compañero? ¿Por qué no optó por la opción segura?

—No quiero volver a hacerle daño —advirtió Max.

—No se preocupe, no volverá a pasar.

El hombre ya se abalanzaba hacia él cuando una orden lo detuvo. Se trataba de la profesora. Había recuperado por completo la presencia de ánimo y exigía al atacante que se detuviera. Estupefactos, los dos hombres pararon la pelea.

—Déjelo ir. Ha venido a ayudarme. Mucho más de lo que ha hecho usted, si debo ser sincera.

Max y el otro hombre se mantenían bajo vigilancia, pero a distancia.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó el funcionario.

—Haga caso a la profesora, por favor. No puedo perder más tiempo.

—¿Quién es usted? Se comporta como un maldito superhéroe, pero no lleva máscara.

—No soy ningún héroe —repuso Max—. Pero me gusta cumplir con mi obligación, como a usted. Por favor, vaya con la profesora, ella se lo explicará. Tengo que comprobar... una cosa.

La intervención de la mujer había calmado los ánimos lo suficiente como para que el funcionario diese su brazo a torcer. Al menos de momento. Con toda probabilidad, cuando llegase al salón y viera lo que lo esperaba allí, cambiarían las tornas. Pero mientras eso sucedía, Max tenía el campo libre para correr al piso de arriba.

Max identificó de inmediato la puerta de Eaton y no perdió el tiempo

intentando forzarla. La derribó con el hombro sin mayor dificultad. Los cerrojos de seguridad no estaban echados ni la madera era demasiado resistente.

Lo recibió la misma entrada pulcra que había conocido la primera vez. El salón, que se correspondía exactamente con el del piso inferior, ya era otra cosa.

Los muebles permanecían en el mismo sitio, tanto el televisor como el sofá y el sillón relax del que Eaton casi no había podido levantarse. Pero todo parecido con un hogar terminaba ahí. El suelo, las paredes y los muebles estaban embadurnados de sangre. El olor dulzón de la muerte lo invadía todo, mezclado con el aroma a óxido que desprendía la sangre seca. A Max no le hizo falta un equipo forense que le confirmase que las pinturas macabras que cubrían casi cada centímetro del apartamento se habían hecho con sangre. Posiblemente con la de Eaton.

El suelo estaba cubierto de trazos gruesos, grotescos, a modo de pasos de cebra que marcaban por dónde se podía caminar y por dónde no. Mezclados con ellos había huellas. Parecían pertenecer a una sola persona, un hombre, dado el tamaño de los pies.

En las paredes también había dibujos. Gotas de lluvia, un arcoíris retorcido; y encima de todo ello, una palabra de tres letras que dominaba la pared principal: RUN. La misma que se encontró en el pecho de los tres cadáveres por cuya causa Max estaba en Estados Unidos. Corre, huye, abandona. Una advertencia que había pasado de amenaza a confirmación.

—Maldita sea —le dijo Max a la habitación vacía.

—¡Maldita sea! —gritó.

Capítulo 23

Desde luego, las letras escritas con sangre apuntaban a que aquello era una venganza contra Eaton por colaborar con la DEA, lo que quería decir que el topo al que Max buscaba sabía que Eaton había hablado con él y Adam. Eso dejaba un único sospechoso. El propio Abney, la persona que les dio las primeras indicaciones, debía de ser el infiltrado. Pero Max no podría demostrarlo si no encontraba imágenes.

El edificio poseía algunas cámaras de seguridad, no demasiadas. Desde luego, ninguna en las terrazas ni en los accesos a cada apartamento, pero sí había una en la entrada. Max se fijó en ella mientras hablaba con el empleado de Control de Plagas más parlanchín.

En lo que no había caído, hasta ese momento, era en que el encargado no se encontraba allí. No había nadie tratando de calmar a los vecinos que querían acceder a sus casas, solo el hombre del impermeable amarillo capeando el temporal como buenamente podía.

Max pensó que la manera más rápida de encontrar el domicilio del encargado, o la garita desde donde desempeñara su trabajo, era preguntar a la profesora. Además, era posible que así ganara algunos minutos más.

—Bajaré con usted, señor...

—Raven. Me llamo Tim Raven. Y no creo que sea necesario.

—Bueno, pues yo creo que sí —insistió la mujer—. Por cierto, me llamo Theresa. La hache la añadí cuando vine a Estados Unidos. Soy de Cuba y allí me llamaba Teresa. Teresa Armenteros.

—Yo soy John Hardy —añadió el funcionario de Control de Plagas al que Max había noqueado.

—¿Y también quieres bajar? No puedo permitirlo. Es peligroso.

—Mira, Raven, para empezar, me juego mi cuello moreno a que no te

llamas así. Ni John ni yo somos tontos, pero nos estás pidiendo que te encubramos. Hay un cadáver colgando del techo de mi salón y eso me va a crear más de un problema en el futuro. Voy a bajar contigo, aunque solo sea para no meter la pata cuando venga la policía. John y yo podremos decir que un hombre nos obligó a ayudarlo.

La verdad era que la opción de Theresa no sonaba mal. Y el tal John parecía de acuerdo. Por lo visto, la mujer lo persuadió de que aquello era lo mejor.

—Yo ya tengo la barbilla morada por tu culpa —dijo como si le estuviera leyendo la mente.

—Además —añadió Theresa sin que Max pudiese meter baza—, Céspedes es un hombre peculiar. Es mejor que vayas con alguien que lo conozca o tratará de tomarte el pelo. O, al menos, de escurrir el bulto.

A Max no le quedaba mucho más remedio que aceptar las condiciones de aquellos dos. Por una parte, se alegraba de que lo ayudaran sin comprometerse a sí mismos. Por la otra, le preocupaba que pudiesen ponerse en peligro. Aunque lo más probable era que el asesino de Eaton ya no se encontrase en las inmediaciones. De hecho, la visita al encargado la hacía más bien a la desesperada.

Theresa los guio de vuelta a la planta baja. Para que la multitud que seguía presionando en la entrada no los descubriera, rodearon el edificio por la parte de atrás. En algún momento aquello habría sido un pequeño jardín. En la actualidad no era más que un patio asfaltado a medias. Donde no había placas de cemento, había lodo fresco por culpa de la lluvia. Afortunadamente, las nubes se mantenían en calma desde que Max accedió al edificio.

—Es más corto por el frente. Ahora tenemos que girar y volver al balcón delantero, pero así el riesgo es menor.

Theresa debía de tener un pasado interesante. No se portaba como una

maestra corriente, desde luego.

—Cuando lleguemos, ocúltense a los lados de la puerta. Céspedes me abrirá si me ve sola. Si no, nos llevará más tiempo convencerlo. Y usted no tiene tiempo que perder, ¿no, Raven?

Max asintió.

John y él siguieron las instrucciones de la mujer y dejaron que tocara a la puerta. Lo hizo con los nudillos, en una cadencia especial. Max se fijó en que tenía las manos huesudas, muy finas, casi como las patas de un pajarillo. Dentro no pareció que nada se moviera hasta que, cuando Theresa estaba a punto de llamar por segunda vez, oyeron que se arrastraban unas zapatillas.

Una voz trémula que parecía la de un anciano preguntó quién era.

—Céspedes, por amor de Dios, deja de fingir, que soy Theresa — pronunció el nombre sin la hache y la voz pareció veinte años más joven al contestar.

—Déjame en paz, mujer. Estoy cansado de arreglarte las tuberías. Cualquiera diría que me buscas por otras cosas.

El hombre terminó la frase al mismo tiempo que abría la puerta. Sonreía a Theresa, pero el gesto se le torció cuando vio a Max y a John, uno a cada lado de su puerta.

—Perra —masculló—. Ya no se puede uno fiar ni de las viejas camaradas.

—Anda y déjanos entrar en esa cueva tuya, tenemos que hablar. Además, tú y yo nunca hemos sido camaradas.

—El encargado los dejó pasar a regañadientes.

En el interior de su piso, que hacía también las veces de portería y de cuarto de la limpieza, olía a cerrado. A una mezcla de jabón industrial, restos de comida rápida y cerveza derramada. Un cóctel solo algo menos desagradable que el espectáculo que Max había presenciado en el salón de

Eaton.

—¿Y se puede saber qué quieren estos amigos tuyos? —preguntó Céspedes. Había vuelto a adoptar una voz de viejo.

—Pues que no les tomes el pelo. Ya saben que no estás a punto de morir, así que deja el teatro. Ponte derecho y contesta un par de preguntas, que no te va a matar.

Max no se había fijado en que el encargado caminaba medio encorvado, pero así era. Sin embargo, ante la orden de Theresa, se irguió. También recuperó su voz natural.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Solo necesito saber si tiene un registro de entradas y salidas del edificio —dijo Max.

—¿Y este de dónde es? ¿Inglés? ¿Ahora hay ingleses trabajando de matarratas en Miami? —preguntó Céspedes dirigiéndose a Theresa.

—No seas desagradable y contesta. Por cierto, voy a abrir las persianas. Esto está oscuro y huele a zorrera.

—Claro, claro. Estás en tu casa, maestra. Haz lo que quieras, que es lo que haces siempre.

—¡Y contesta!

Max no tenía la menor idea de la relación que unía a aquellos dos. Y la situación le habría resultado de lo más divertida de haberla presenciado en otras circunstancias.

—No sé si se habrá dado cuenta tu amigo de que esto no es precisamente el Ritz. Aquí entra y sale el que quiere. Menos hoy, que me tienen revueltos a los inquilinos por la mierda esa de la lluvia. Cuando se vayan los matarratas estos voy a tener que dar más explicaciones que cuando vivía en casa de mi madre.

Theresa miró a Max, como confirmando que el encargado decía la

verdad.

—¿Funcionan las cámaras de seguridad de la entrada?

Un brillo sibilino animó la mirada de Céspedes.

—Puede —dijo.

—¿Cómo que puede? —lo increpó Theresa.

Pero en esa ocasión el hombre no se dejó amedrentar.

—Has venido a mi casa y me la has llenado de extraños. No vas a decirme si puedo o no puedo sacar tajada de lo que sea que quieren. Las cámaras funcionan, pero no voy a dejarles ver las grabaciones sin más. No es que mi sueldo sea para tirar cohetes, precisamente.

—Eres un miserable —dijo la mujer.

—Puede que lo sea —concedió él—. Pero aquí estás, ventilándome la cueva y trayéndome arroz todas las semanas. Algo bueno tendré.

Theresa enrojeció. Por primera vez desde que la había conocido, Max percibió una nota de fragilidad en ella. Lo que no consiguió una lluvia de sangre ni medio cadáver colgando del techo de su salón lo había logrado la insinuación de ese sujeto. La naturaleza humana no dejaba de sorprenderlo. En cualquier caso, Max no tenía tiempo para aquel tira y afloja.

Afortunadamente, en el doble fondo donde Adam ocultó el ordenador portátil también había un buen fajo de billetes, y Max tuvo la prudencia de cogerlos antes de salir.

—Cien dólares —dijo.

—Quinientos —regateó Céspedes.

Max no estaba allí para medir su capacidad negociadora, y su ego no estaba comprometido en la operación. No pensaba tardar más de lo debido en llegar a un acuerdo.

—Bien, quinientos. Muéstrame esas cintas.

Céspedes se relamió. No esperaba que el extranjero cediese con tanta

facilidad.

—Muéstreme el dinero —dijo con voz pastosa, como si la sola idea de ponerle las manos encima a esa cantidad lo hubiese emborrachado.

Max se echó la mano al bolsillo y sacó un fajo. Allí habría, como poco, dos mil dólares. Céspedes extendió la mano, pero Max volvió a guardar los billetes.

—Las grabaciones.

—Podría negarme —dijo el encargado.

—Y yo podría partirle el cuello y verlas de todas formas. Pero tengo un trato con Theresa.

John se acarició la barbilla con un gesto de dolor. Céspedes captó el significado del mismo. Si Max había golpeado tan duro a aquel tipo, a él podía hacerlo trizas sin el menor esfuerzo.

Se dirigió a otra habitación. Los otros tres se quedaron esperando. Hasta que les llegó la voz de su anfitrión, desagradable y ligeramente más chillona que antes, posiblemente por la excitación.

—¿A qué esperáis? No voy a llevar el monitor hasta ahí. Moved el culo, que no tengo todo el día.

—Hijo de... —susurró Theresa. Se la veía notablemente alterada. Max creyó distinguir un atisbo de vergüenza en ella.

—Voy yo solo —dijo. Y en esa ocasión ninguno de los dos se quejó.

La habitación en la que Céspedes guardaba los monitores estaba tan oscura como lo estuvo la anterior hasta que Theresa levantó las persianas, pero disfrutaba de un grado de limpieza superior. Quizá porque allí había un equipo de cuyo buen estado dependía su puesto de trabajo.

—¿Qué cinta quiere ver? —preguntó el hombrecillo. Iluminado por la luz mortecina del monitor, parecía una especie de muerto viviente. El pelo cano le rozaba los hombros y las ojeras se le marcaban de manera enfermiza.

—Desde ayer por la mañana. A cámara rápida, si puede ser —dijo Max—. Tampoco yo tengo todo el día.

El hombre colocó la cinta correcta en el reproductor y las imágenes llegaron al monitor enseguida. La mayor parte de la grabación contenía transeúntes que pasaban de largo ante la propiedad. En un momento dado, Max vio a la mujer arrugada. Vista a través de la pantalla, no se parecía en nada a Theresa, en realidad.

Otro puñado de vecinos entraban y salían de la finca.

—Esto se acaba, jefe, ¿pongo la siguiente? De noche también graban. Aunque la calidad es peor, claro. El equipo tiene muchos años.

—Póngala, por favor.

El encargado no se resistió. Cambió la cinta y esperó pacientemente a que la visionara. Por supuesto, Max permaneció de pie durante todo el proceso, mientras que él se quedó sentado.

Durante la noche tampoco parecía que hubiera pasado nada extraño. Ninguno de los vecinos trasnochaba demasiado. Aquel bloque lo ocupaban personas trabajadoras que madrugaban mucho y se acostaban temprano.

—Ya solo queda la de esta mañana —anunció Céspedes.

—Pues vamos allá.

—¿Y si no encuentra nada, qué pasa con los quinientos pavos?

—Se los daré igual. El trato era que me mostraría las cintas, nada más.

El encargado se frotó las manos antes de colocar la tercera cinta. Max, por su parte, se frotó los ojos. La luz de la pantalla era demasiado brillante.

No tuvo que esperar mucho para encontrar lo que estaba buscando. El reloj de la grabación mostraba las diez de la mañana, más o menos la hora en la que él había comprobado la posición de los localizadores. A esa hora apreció el rostro que confirmó las sospechas de Max. Julen Rodríguez estuvo allí pocas horas antes de que él llegara. No había lugar a demasiadas dudas: él

asesinó a Eaton por orden de Cortés.

Tratando de ocultar la magnitud del descubrimiento, sacó los quinientos dólares del bolsillo y los dejó sobre la mesa en la que se acodaba Céspedes. No se despidió de él. Pero sí de John y Theresa.

—Me voy. Contad hasta ciento ochenta, despacio, y avisad fuera. No llaméis a la policía. Fingid un ataque de pánico y...

—No te preocupes, Raven. No es la primera vez que hago esto.

John se sorprendió de lo que dijo la mujer. Max en cambio, a esas alturas, había perdido la capacidad de sorprenderse.

Capítulo 24

La *pick-up* seguía donde la había dejado. Max sabía que se enfrentaba a horas de tráfico, pero su misión dejó de ser algo urgente para convertirse en algo importante. Eaton ya estaba muerto. Abney lo había delatado a Cortés, y Cortés envió a Julen Rodríguez a ejecutar el castigo correspondiente. Eso estaba claro.

Ya no podía evitar que pasase lo que temió esa mañana, y había resuelto aquello para lo que lo contrató la DEA. De modo que podía tomarse su tiempo para decidir de qué manera obtendría las pruebas que lo ayudaran a probarlo todo.

Por una parte, tenía las grabaciones de la cámara de seguridad del edificio de Eaton. Pero no serían suficientes sin algo que relacionara a Abney y a Cortés. O al menos a Julen. Lo que debían hacer era encontrar a alguno de los dos. Si Abney había delatado a Eaton, también lo habría delatado a él mismo. Así que quedaba descartado encontrar la isla o acercarse a Cortés a pecho descubierto.

Sin estar preparado para ello, Max estaba inmerso en una situación muy similar a una guerra de guerrillas. Y no podía enfrentarse solo a ese tipo de situaciones. Por eso se armó de paciencia y condujo, con toda la lentitud que le imponía el tráfico, hasta las afueras de la ciudad. Ya no tenía sentido mantener su tapadera, así que compraría ropa decente, tomaría un café y llamaría a Adam desde una localización nueva. Juntos idearían el modo de atrapar a los narcos y al agente infiltrado.

De camino al centro comercial, a Max se le ocurrió que el incidente en la isla de los Mejicanos también podía haber sido una trampa. Julen y el Callo podrían haber disparado a propósito para atraer la atención de los vigilantes. Luego podían haber huido en su lancha, dejándolo completamente vendido.

Por mucho que le sacase de quicio haber caído en una trampa tan burda, la verdad era que, en ese momento, si las cosas habían sucedido así, jugaban a su favor. Quizá Cortés y sus secuaces pensaran que estaba muerto.

Si algo sobraba en Miami eran centros comerciales. Max paró en uno cuyo aparcamiento se mostraba poco concurrido. El sol parecía dispuesto a asomar entre las nubes, como una señal que anunciara que Max iba por el buen camino. Se quitó esa idea de la cabeza. Él era un profesional, no un muchachito supersticioso.

Comprobó que llevaba dinero de sobra y escogió una tienda que le pareció elegante. No iba a renovar su vestuario, solo quería ropa cómoda que le hiciera sentirse como Max Cornell. Ya estaba harto de Tim Raven.

El dependiente no pareció muy contento de verlo entrar en su establecimiento, pero se guardó de expresarlo. Fue mucho más sutil: se dedicó a enseñar a Max las prendas más caras, con el claro propósito de desanimarlo y que probara suerte en un comercio más barato. Pero a Max le gustaba cuidar su aspecto desde siempre. No tuvo el menor problema en pedir la talla exacta de la firma adecuada para cada prenda. Las pagó todas antes de probárselas y encargó al vendedor que le trajera unos zapatos elegantes pero flexibles de la zapatería más próxima.

Cuando llegó a la terraza de la cafetería desde la que planeaba llamar a su compañero y amigo, ya había vuelto a ser él mismo.

Adam cogió el teléfono al primer tono.

—¿Todo bien, Max? —preguntó—. ¿Desde dónde me llamas?

—Sigo en Miami, estoy solo, en un precioso café en un centro comercial de las afueras. Y no, no estoy bien. Es una larga historia y te pondré al día enseguida, pero necesito que cuanto antes localices a Mei.

Al otro lado del teléfono se hizo el silencio.

—¿Qué pasa?

—Mei está conmigo, jefe.

Max decidió no enfadarse. Al fin y al cabo, lo extraño era que su compañera no hubiera aparecido antes. Lo hizo en Madrid no mucho tiempo atrás y en multitud de ocasiones previas.

—No te tengo localizado, jefe. No sé dónde estás. Esta vez me he mantenido al margen. Adam me ha llamado esta mañana. Parece ser que hubo algunos movimientos extraños y no quería que las cosas se complicasen demasiado.

—Bien hecho, Adam —contestó Max—. Mei, no sabes lo muchísimo que me alegro de oír tu voz. Hoy te he echado de menos como nunca.

—No sé si me alegra saberlo, jefe. Suena a que algo va muy mal.

Max le dio un sorbo a su café antes de seguir hablando.

—Y así es. Coloqué dos localizadores a dos secuaces de Cortés. ¿Sabes quién es el Tuerto, Mei?

—Sí —contestó ella—. Adam me ha puesto al día.

—Bien, pues coloqué dos localizadores en dos esbirros suyos. He sido capaz de seguir a uno hasta el Centro esta mañana. Pero lo he perdido y necesito dar con él o con el otro. Adam, Cortés ha asesinado a Sean Eaton.

—Entiendo —dijo Adam como toda respuesta.

—¿Podrás localizarlos, Mei?

—La verdad —dijo ella, y a Max no le gustó el tono que empleó para hacerlo— es que va a ser difícil. Adam ha contactado conmigo esta mañana y sabía, o se imaginaba, que habrías hecho algo así, de modo que hice un rastreo preventivo. He encontrado la señal de uno de los localizadores esta mañana, pero lo he perdido a eso de las once. Su última posición era *downtown*.

—No me lo digas —interrumpió Max—. ¿En casa de Eaton?

—Así es, jefe —confirmó Adam.

—Tengo la impresión de que querían llevarte hasta allí y que descubrieras el cadáver. También creo que saben que los estabas siguiendo. Parece que se han deshecho de los localizadores.

—Tiene sentido —convino Max—. En el salón de Eaton había un mensaje en letras de sangre.

—Muy poco creativo —dijo Mei—. Eso está muy visto.

—El mensaje tampoco era muy original, la verdad. Habían escrito RUN, corre, en letras mayúsculas. Me invitan a dejar la ciudad, me temo.

—Pero no lo vas a hacer, ¿verdad? —preguntó Mei, segura de cuál sería la respuesta.

—Me conoces muy bien.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Adam.

—Para empezar, necesito que investiguéis a Paul Abney.

—Está limpio, jefe —dijo Adam.

—Eso creemos, sí. Pero era la única persona de la DEA que sabía no solo que existimos, sino quiénes somos. Voy a tratar de hablar con él en cuanto colguemos, pero sospecho que no voy a encontrarlo. El topo es él.

—Hay algo que no cuadra, Max —dijo Adam.

—Sea lo que sea —interrumpió Mei—, que no lo vas a encontrar es seguro. Ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de ver la noticia en un periódico *on-line*. Nadie sabe dónde está. Esto puede querer decir que es el topo o que el topo lo conocía y lo ha delatado. Puedes ver la noticia en el Miami Herald.

—La buscaré. Pero vosotros investigadle. No quiero sorpresas. Mei, encárgate tú. Adam, en el edificio de Eaton trabaja un encargado de origen cubano. Es un tipo del que no te puedes fiar. Acércate y compra la cinta de vigilancia de esta mañana. En ella aparece Julen Rodríguez. La necesitaremos

como prueba.

—¿Pero qué vamos a hacer, Max?

—Todavía no lo sé. De momento, regresaré al hotel. Quiero recuperar el equipo.

—Buena idea, jefe. Si solo usaste dos localizadores, quedarán al menos otros dos. Si te lo colocas y pasa algo, te tendremos bajo nuestro radar —dijo Mei.

—En eso pensaba. Cortés se ha desecho de Eaton. Si cree que estoy vivo, vendrá también por mí.

Max tomó un taxi. Cuando le dio al conductor la dirección a la que se dirigía, tuvo que prometerle que lo recompensaría con una buena propina. El hombre no estaba muy dispuesto a arriesgar su propia seguridad ni la de su coche.

—Será mejor que me pague por adelantado, señor —pidió—. No quiero ser desagradable con usted. Tiene aspecto de caballero, pero no me pararé allí ni un minuto. Usted sabrá lo que se la ha perdido en ese agujero.

Max consintió en efectuar el pago. De hecho, comprendía al taxista. Si de él dependiera, tampoco se acercaría allí. Pero necesitaba el equipo. Recogerlo era mucho más rápido y más seguro que exponer a sus compañeros, especialmente a Mei, a que Cortés conociese su existencia. El narco de seguro sabía de Adam y lo estaba buscando. No hacía falta añadir un nombre más a la lista de personas que buscaba.

Tal y como prometió, el conductor apenas esperó a que Max cerrase la portezuela del coche para salir del aparcamiento del motel como alma que lleva el diablo. Max sonrió. Aquel era el primer ciudadano medio que conocía en Miami. Uno de esos que huía del peligro. Una verdadera lástima, porque le habría venido bien que el conductor tuviese un poco más de valor... O necesitase un poco más el dinero.

Conservaba las llaves de su habitación, así que se dirigió allí sin prestar atención a las prostitutas que pululaban por el aparcamiento. La salida del sol había propiciado que la fauna que poblaba aquel paraje saliera de sus madrigueras. A Max no le preocupaban, pero prefería no perder el tiempo con peleas callejeras, así que se dio prisa.

Cuando abrió la puerta de su cuarto, lo encontró perfectamente limpio. Incluso un poco más de lo estrictamente necesario. La cama estaba hecha, la papelería vacía, el suelo tan reluciente como era posible... Y no había ni rastro del ordenador ni de su bolsa.

A esas alturas, Max no iba a perder los nervios. Tendría que hablar con la recepcionista del pelo naranja, o con quien fuera que la hubiera sustituido. A esas horas seguro que ya habían cambiado de turno.

La casualidad quiso que Marina, la chica de las caderas redondas y las orejas salientes, todavía estuviese por allí. Se cruzó con ella camino de la recepción.

—Sabía que volverías —dijo la chica. No empleó el primer tono coqueto que Max le conoció, pero tampoco el completamente aséptico con el que se despidió de él. Quizá supiera algo de lo que había pasado con sus cosas.

—¿Lo sabías? —contestó él.

—Perderé el trabajo si lo cuentas, pero me colé en tu cuarto cuando te fuiste esta mañana. No tenemos muchos huéspedes del otro lado del charco, ¿sabes? Y tu ropa... Yo estaba segura de que no eras un macarra. Sé mucho de gentuza. Trabajo entre ella.

—¿Te colaste en mi cuarto?

—Soy una mujer curiosa. Y no me gusta que me rechacen. Tampoco estoy acostumbrada. A los hombres les gusta. A ti te gusta. Pero hay alguien que te gusta más. No pasa nada. Eso lo respeto.

—Muy loable por tu parte —dijo Max. Empezaba a impacientarse.

—Pero la curiosidad puede más que el respeto. La verdad es que eso ya me ha metido en más de un lío.

—Y estás a punto de meterte en otro.

—Creo que no. Ven conmigo.

Max supuso que no tenía nada que perder, así que la siguió. Marina le caía bien. Además, era cierto que le gustaba.

La chica lo condujo hasta su coche, pero no le pidió que entrara. Por el contrario, abrió el maletero y Max vio la bolsa de su ordenador. Por el aspecto que tenía, parecía que el equipo completo estaba dentro.

—No me fío de nuestros huéspedes. Así que, bueno, cuando entré solo quería saber quién eras. Esto no me ha dado muchos datos, pero no quise dejarlo ahí.

—Eres una mujer muy extraña, Marina. Muchas gracias por guardar mis cosas.

—Ten más cuidado la próxima vez. No invites a beber a los vagabundos. Se van de la lengua.

—¿Cómo dices? —Max casi había olvidado el episodio de esa mañana en la recepción.

—Lucio —aclaró ella—. Le diste dinero para que se emborrachara, y se emborrachó. Los borrachos no dicen la verdad, dicen lo que se les ocurre. A saber lo que dijo este, pero Arturo, el empleado de la limpieza, se encontró tu cuarto patas arriba. Menos mal que yo había entrado antes, si no, no tendrías esto aquí.

Max sonrió.

—Me caes muy bien. Y te agradezco mucho lo que has hecho.

Marina se rio. Los ojos de almendra le brillaron con una chispa difícil de encontrar. La muchacha era una perla extraña en aquel mar de desechos humanos.

—¿En serio me vas a pedir un favor?

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Max.

Ella se encogió de hombros.

—Necesito tu coche. Pero te pagaré. Te mereces una recompensa de todas formas. Solo quiero salir de aquí. Si me das tu número, te llamaré para decirte dónde lo aparco.

—Sé que puedes pagarme muy bien, Tim Raven.

—¿También sabes cómo me llamo?

—Estás en el registro de entrada del motel —dijo ella—. No hay que ser adivina... Ni espía. El dinero está en la bolsa, con el ordenador.

—¿Todo?

—No lo he tocado. La gente que maneja esas cantidades de efectivo suele ser peligrosa.

—Dejaré un buen pellizco en el maletero, si es que me puedo llevar el coche.

—No hay problema, Tim. Me ha gustado mucho conocerte.

—Y a mí.

Esa fue la última vez que hablaron, y ambos lo hicieron con la verdad en los labios.

Capítulo 25

Lo último que esperaba, a esas alturas del día, era terminar en un hotel de lujo, pero allí estaba, a la puerta del Four Seasons, uno de esos lugares diseñados especialmente para hombres de negocios y turistas adinerados. Si le hubieran dicho, además, que la persona que lo citó allí era la propia Malena, probablemente se hubiera echado a reír. Sin embargo, eso fue lo que pasó.

Preguntó en la recepción por la localización de la piscina y un hombre con traje y unos modales exquisitos le indicó a dónde debía dirigirse. Desde luego, aquel empleado no tenía el pelo teñido de naranja. Tampoco daba la sensación de calidez que ofrecía Janis en el motel de mala muerte del que venía.

Max cruzó el vestíbulo y admiró el suelo pulido, los espejos, las lámparas modernas y las docenas de rincones aparentemente íntimos, pero en realidad expuestos, en que se dividía la entrada al hotel. Nada en él era lo que parecía. Aquella era la diferencia principal entre el lujo evidente y la pobreza evidente.

El recinto de la piscina parecía salido de algún tipo de paraíso imaginario. Altísimas palmeras daban una sombra perfectamente calculada a la zona donde se encontraban las tumbonas, mientras que la piscina en sí estaba al sol. Casi nadie nadaba. Solo unos pocos huéspedes se asoleaban, acompañados de cócteles sobrios y seguramente cargadísimos de alcohol. Allí fuera también había un bar.

Buscó a Malena con la vista y la encontró saliendo del agua por unas escaleras redondeadas que dejaban a la vista unos pocos centímetros de piel a medida que ascendía peldaño a peldaño. Las gotas de agua quedaban adheridas a su cuerpo, como si se resistieran a abandonarla. Como si resbalar

hasta el suelo fuera un sacrificio para ellas. A la vista de la perfección tostada de esa piel tersa y cálida, Max comprendía a esas gotas rebeldes. Igual que la primera vez que la vio en la pista de baile, sintió una atracción irresistible hacia ella.

Observó cómo la chica se retorció la melena rizada con un gesto mil veces realizado. Luego se la ahuecó con los dedos y el pelo recuperó su volumen, como si estuviera seco. Incluso sin ningún maquillaje, Malena destilaba belleza. Una belleza joven a medio hacer, que con los años, Max estaba seguro, se convertiría en una hermosura serena e incomparable.

Ella también lo vio a él. Por su gesto, Max se dio cuenta de que su nuevo aspecto no la había sorprendido para bien. Le pareció que dudaba, que no quería verlo en realidad. Pero no estaba dispuesto a que ella desapareciera, así que tomó la iniciativa y la alcanzó cuando ella ya había llegado a una tumbona cercana y se cubría con una toalla blanca.

Así, con la piel del rostro todavía húmeda y las gotas de agua adornando su pelo como rocío brillante, tan cerca, a Max le pareció todavía más guapa. Todavía más irresistible.

—Gracias por venir, señor Raven —dijo ella sin tocarlo siquiera.

—Es un auténtico placer —contestó él. Y se sintió estúpido.

—Tengo que cambiarme de ropa. Pero he reservado una mesa en el restaurante. Espéreme allí, por favor. No tardaré.

Max asintió. Se alegró muchísimo de que el localizador que llevaba oculto en el cuero cabelludo no dispusiera de transmisor ni de cámara. No podía imaginar los comentarios de Mei. Aunque, en realidad, sí podía. Por eso precisamente se alegraba de que su compañera no pudiera verlo. Odiaba comportarse como un adolescente. Sobre todo con una mujer que apenas había alcanzado la mayoría de edad; ¿cuántos años podía tener?, ¿dieciocho?, ¿diecinueve?

Fuera como fuese, se acercó al restaurante y dio el nombre de Malena. El metre lo condujo a una mesa preparada para dos comensales y le dejó una carta de vinos. Max escogió sentarse de cara a la puerta. Una costumbre más que sana. Controlando los accesos del local, siempre sabía quién entraba y salía del mismo. Y podía prepararse si veía algo extraño. Una de las precauciones más básicas en su profesión.

Malena no tardó en aparecer. Si el escuetísimo bikini con que había salido de la piscina turbó los sentidos de Max, el vestido por el que lo cambió no ejercía en él un efecto muy diferente. Se trataba de una prenda blanca, ajustada, que se sostenía sobre el cuerpo escultural de la muchacha por pura voluntad. No tenía tirantes, y esa especie de riesgo implícito de que pudiera deslizarse hacia abajo en cualquier momento lo hacía tremendamente excitante. Malena lo combinaba con zapatos de tacón alto, negros, y un pequeñísimo bolso rojo.

Se sentó a la mesa sin más saludo que una anchísima sonrisa. No se había maquillado. Y tampoco le hacía ninguna falta.

—Gracias por venir, Tim. Ya sé que te las acabo de dar. Pero de verdad que estoy agradecida. Me salvaste la vida. A mí y a Emilio. No quería que pensaras que no tengo modales.

—Hice lo que tenía que hacer. No hay nada que agradecer.

Un camarero se acercó con dos cartas. Hizo algunas sugerencias, pero ni Max ni Malena le prestaban atención. Ella jugueteaba con los cubiertos y él fruncía el ceño como si estuviera muy concentrado en algo.

—Gracias —dijo al fin—. Deje que miremos la carta un momento, por favor.

—Puedo recomendarles un aperitivo ligero mientras deciden —sugirió el camarero.

—Tráigalo —convino Max.

—Pero no les he dicho de qué se trata, ¿están seguros, los señores?

—Sí, por supuesto. No se preocupe.

El camarero dejó la mesa con cierto apuro. Malena, por su parte, rio. Discreta pero con picardía.

—Parecemos niños, Tim. Y no deberíamos. Además, yo tengo mucha hambre.

—Elige por los dos, por favor —contestó Max, levantándose—. Enseguida vuelvo.

No tenía más remedio que admitir que ella tenía razón. Y no podía permitirse actuar como un imberbe.

—No desaparezcas, por favor —pidió ella. De verdad parecía que temiera que él no regresara.

—Claro que no.

Max no tenía ningún interés en desaparecer. Solo necesitaba tranquilizarse. No era tonto, y sabía que Malena estaba allí enviada por su tío. Ella sola no podía haber descubierto su número de teléfono.

Ya en el baño de caballeros, Max abrió un grifo y se refrescó el rostro. Cabía la posibilidad de que la chica hubiera contado con la ayuda de su hermano. Max se miró a los ojos en el espejo y negó con la cabeza. Tenía que recuperar el control sobre sí mismo. Emilio era un buen chico y tenía la cabeza llena de ideas, pero carecía de los medios para conseguir el número. La única posibilidad real, y a eso era a lo que Max debía aferrarse, era que Malena estuviera allí por orden del Tuerto. Así que se acabaron los coqueteos.

Cuando volvió a la mesa encontró sobre ella dos copas de vino blanco y una fuente de mariscos frescos en el centro. En cuanto se sentó, ella cogió la suya y bebió. En su plato yacían las conchas de dos otras ya vacías. Max la imitó. El vino era bueno y el marisco tenía un aspecto estupendo.

—No quiero que me tomes por algo que no soy, Tim. Por eso te he llamado. No nos conocimos en las mejores circunstancias y me temo que me equivoqué al juzgarte. Primero pensé que podría utilizarte, y luego pensé que eras un vendido. Como todos los hombres que se acercan a mi tío.

—Habría preferido que fueras sincera desde el principio, Malena. No soy una mala persona.

—Lo sé. Por eso quiero contarte el motivo de mi comportamiento. Emilio dijo algo en el bar... Algo que no es del todo cierto. Yo no llevo a los hombres a la muerte.

—No entiendo...

—Me acusó de engatusarte. A ti y a otros. Y de que por mi culpa los hombres mueren. Eso no es verdad.

—Sospecho que a Cortés no le hace mucha gracia que intentes convencer a hombres más o menos peligrosos para que los mate.

—Esa es la cuestión. Mi tío se deshace de cualquiera que se me acerca. Tú no lo conoces. No has visto cómo me mira. Hace ya unos años. Cuando era más pequeña no, pero ahora me da miedo. A veces lo sorprendo relamiéndose como si fuera una bestia. No lo soporto. Me da asco.

—Él ha intentado... —Max sentía cómo la sangre le hervía. No soportaba a los hombres que abusaban de las mujeres. En ningún caso. Pero dentro de la familia, todavía menos.

—No. Pero sé que no tardará. Últimamente se empeña en entrar en mi habitación a darme las buenas noches. Yo procuro que Emilio siempre esté presente, o alguna de las sirvientas. No quiero pensar en lo que pasaría si me encontrase a solas con él. A veces...

Malena se interrumpió. La voz se le quebró, pero la chica no se permitió llorar y Max la admiró por eso. Lo que estaba contándole era grave. Sabía que la mayoría de las mujeres acosadas no eran capaces de verbalizar lo que

les sucedía. Solo por eso, al atractivo físico de la chica se le sumó un sentimiento más profundo.

—A veces pienso en cortarme la cara o el cuerpo. A veces lo único que quiero es volverme fea para que no me mire más.

—¡Malena! —exclamó Max.

—No, no te preocupes —repuso ella con una sonrisa triste—. No lo haré. No me merezco eso. No quiero convertirme en algo que no soy. Lo que quiero es dejar de tener miedo. Además... Además quiero vengarme.

—¿Vengarte?

Malena le dio un nuevo trago a su copa y Max hizo lo propio con la suya. Las langostas y los centollos seguían en el centro de la mesa. Uno de los camareros se dirigía ya hacia la mesa, probablemente para preguntar si había algún problema con la comida, pero Max le indicó con un gesto que no era necesario.

Malena se tomó su tiempo antes de contestar. Aunque no había llorado, sí tenía los ojos húmedos, brillantes por las lágrimas no derramadas. Utilizó una esquina de la servilleta.

—Mató a mis padres. En Colombia. No tengo pruebas, pero estoy segura de que los mató.

Max no dijo nada. La verdad era que lo sospechaba. El odio que la chica había mostrado durante el viaje en barca solo podía deberse a algo verdaderamente grave, y aquello lo era. Aunque también podía deberse a la imaginación de una Malena más niña, asustada, que no comprendía lo que estaba pasando en realidad.

Algo de lo que Max estaba pensando debía de haberse translucido en su expresión, porque Malena cambió el gesto. De repente parecía enfadada. O, más bien, ofendida.

—Sé de lo que estoy hablando. Y no seré yo quien te diga que mis padres

eran unos santos, porque no lo eran. Mi tío no podría haber montado solo su negocio, ¿crees que no sé eso? Claro que lo sé. Pero te diré más. La organizadora de todo fue mi madre. Dicen que me parezco a ella, pero no es verdad. Ella era más lista y más fuerte que yo. Sabía lo que quería. Fue ella la que le habló a mi padre de las posibilidades de las drogas. El fantasma de Pablo Escobar nunca se ha ido del todo de Colombia. Su muerte cambió mucho el panorama del narcotráfico en mi país. El golpe fue grande, pero no terminó con el negocio. Al contrario, surgieron oportunidades para aquellos que supieron verlas. Y mi madre fue una de esas personas.

Max empezaba a tener sus sospechas sobre lo que estaba a punto de oír.

—Mi madre —continuó Malena— se había criado en uno de esos pueblos pequeños controlados por narcos. Mis abuelos se habían ganado la vida a duras penas trabajando para ellos. Quienes no lo hacían tenían que mirar para otro lado si pretendían seguir vivos. La mayoría solo se plegaba a los deseos del pez más grande. O huía. Es lo que hacen los peces más chicos. Pero mi madre abrió bien los ojos y aprendió. Se fijó. No llamó la atención y en unos años fue capaz de replicar el negocio de Escobar. Pero no hizo nada hasta que no conoció a mi padre.

—Una mujer prudente —apuntó Max.

—Tenía muchas virtudes.

—¿Y cómo conoció a tu padre?

—En Colombia celebramos muchas fiestas populares. Hay baile, se cuelgan luces, se cocinan dulces típicos. Como en todas partes. En una de esas conoció a mi padre y a mi tío. A los dos. Mi padre era el más alto y el más guapo. También dicen que me parezco a él. Sobre todo en el pelo. Se enamoraron. Tenían mucho en común, ¿sabes? Ninguno de los dos quería vivir siempre en un pueblecito. Ninguno quería morir pobre. Así que, bueno, la idea de mi madre caló en mi padre sin mucho problema.

—Y en tu tío.

—Sí, en mi tío también. Mi padre tenía mano con la gente. Él se encargó de contratar mano de obra en mi país. Las plantaciones no dan fruto solas. Mi tío era menos simpático, pero mucho más eficaz en lo comercial. Mi madre se encargaba de la parte administrativa. Ni los empleados colombianos ni los socios exteriores la habrían respetado. Este sigue siendo un mundo muy machista. Como si las mujeres no pudieran ser tan buenas criminales como los hombres. O mejores.

Max pensó en Mei. Desde luego, ella era tan buena en su trabajo como cualquiera de los tres miembros masculinos del equipo. Cornell asintió para que Malena siguiera hablando. Se veía que necesitaba desahogarse. Aunque él estaba convencido de que su presencia allí obedecía a algo más que a la necesidad de efectuar aquella confesión, no había nada de malo en permitirle que sacara de dentro todo aquello que tanto daño le hacía.

—Las cosas funcionaron bien. A todos los niveles. Encargarse de la administración permitió a mi madre tener dos hijos. Primero nací yo y cuatro años después lo hizo Emilio. Para entonces la relación entre mi padre y mi tío ya se había enrarecido. Mi tío lo acusaba de ser demasiado blando con los empleados. Según él, les pagábamos demasiado y perdíamos dinero. Pero no era cierto. Nuestros recolectores, nuestros transportistas, los vigilantes... Todos estaban contentos con el trato recibido y eso nos permitía ahorrar mucho dinero en seguridad. Ninguno de ellos delataría a mi familia. Pero mi tío siempre ha sido ambicioso. En más de un sentido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Max dándole un trago más a su copa de vino.

—No solo quería más dinero, también quería más poder. Empezó a hablar mal de mi madre. Le decía a mi padre que lo tenía dominado, que se había convertido en un calzonazos al servicio de una mujer. Al principio mi padre

no hacía caso. Pero, aunque yo era muy pequeña, recuerdo que una noche las cosas llegaron a las manos. Me desperté de madrugada, todavía no había amanecido, pero en la cocina había mucho ruido. Golpes, gritos, cosas que se caían... En casa nunca había pasado nada así. Me levanté, asustada. Y vi que mi tío y mi padre se estaban pegando a puñetazo limpio. Mi tío había perdido el parche y en su cara se abría un agujero de carne informe. Nunca antes había visto algo que me produjera tanta repulsión.

—Tuvo que ser muy impresionante para una niña tan pequeña.

—Lo fue —concedió Malena—. Mi madre apareció justo después. Mi padre había vencido. Estaba sentado sobre el pecho de mi tío y le golpeaba como si siguiera un ritmo que le impusiera alguien, una música que solo él pudiera oír. Eso todavía me dio más miedo.

Max sabía a lo que Malena se refería. En toda pelea había un punto en que uno de los contendientes perdía el contacto con la realidad. A él mismo le sucedió en más de una ocasión. Cuando eso pasaba, el oponente perdía su condición humana. Se convertía en un saco de entrenamiento, una masa de músculo y hueso sobre la que golpear hasta que se desmoronase. Que una niña viese a su padre comportarse como una bestia... No debía de haber sido fácil de superar.

—Mi madre los separó. Por la mañana anunció que mi familia se iría, dejaría el negocio. La verdad era que habíamos ahorrado lo suficiente como para abandonar el país y que mis padres pudieran dedicarse a un negocio más legal y menos dañino. Ellos no querían convertirse en narcos poderosos. Solo querían salir de Colombia. Mi tío pareció estar de acuerdo. Pero el hecho es que un grupo armado nos interceptó camino del aeropuerto. Mis padres murieron, pero a mi hermano y a mí nos perdonaron la vida. Mi tío nos ha mantenido bajo su tutela todos estos años. Supongo que en parte por lealtad y en parte porque nos necesita para acceder a los fondos que mi madre

blanqueó y depositó en varias cuentas de bancos diferentes.

—Tu madre era una mujer muy previsor.

Capítulo 26

—¿Tu hermano sabe algo de todo esto?

—Claro que lo sabe. Pero no conoce a mi tío de verdad. Además, él no es una mujer. No soporta lo que yo tengo que soportar. Cree que podrá subir puestos en el imperio de mi tío. Aguanta las humillaciones, pero no se da cuenta de que mi tío lo odia porque le recuerda a mi padre. Jamás le cederá nada. Con un poco de suerte, lo matará sin dolor cuando sea mayor de edad y se haga con su dinero.

La historia que Malena le contó no se diferenciaba de otras historias que Max había oído en otros contextos. Las organizaciones criminales no se libraban de los defectos que aquejaban a la naturaleza humana. Los mismos que hacían quebrar a negocios legítimos. Aunque cuando había armas ilegales y droga de por medio, las consecuencias solían ser más sangrientas.

De todas maneras, había huecos en esa historia familiar. Y Max estaba seguro de que Malena no había omitido la información que faltaba. Al menos no de manera consciente. Lo que pasaba era que la chiquilla que vivió todo aquello no supo interpretar las señales. A Max no se le escapaba que si era cierto que Malena se parecía a su madre, aquella debía de haber sido una mujer muy bella. Con toda probabilidad, el Tuerto también habría caído presa de su hechizo. Y no parecía un hombre muy dispuesto a aceptar ningún tipo de derrota.

Así que lo que Malena interpretaba como una lucha de poder, seguramente había estado teñido por una lucha mucho más encarnizada en la que el objetivo era conseguir a una mujer que, para desgracia de toda la familia, se topó con un hombre que no la perdonaba por tomar sus propias decisiones.

De todas formas, revelar esa parte de la historia no correspondía a Max.

Si Malena no la conocía, tampoco le haría ningún bien ser consciente de ella ahora.

—Gracias por contármelo. Entiendo que no habrá sido fácil. Y no tenías ningún motivo para hacerlo —dijo Max.

—En realidad sí lo tenía. No quiero que pienses que soy una niña caprichosa. No lo soy. Hay una razón para todo lo que hago.

—No creo que seas una niña caprichosa.

Malena suspiró aliviada. También cogió otra ostra y se la comió con avidez. Era cierto que estaba hambrienta, y dedicar tanto tiempo a su historia no le había permitido comer. Max la imitó. Cogió una langosta y las herramientas necesarias para enfrentarse a ella con éxito.

—Pero no es eso lo único que quería contarte. Ni lo más importante.

Max dejó los cubiertos sobre la mesa de nuevo y se sirvió otra copa de vino. Malena llenó su copa de agua y se refrescó la boca antes de seguir hablando.

—Mi tío sabe que no te llamas Tim Raven, y que no eres un ladrón de poca monta.

Max alzó una ceja, pero no dijo nada que pudiera delatarlo.

—También yo me di cuenta de que había algo más debajo de aquella chaqueta de cuero mugrienta. Ya te lo he dicho antes.

Y no era la primera mujer que le confesaba algo parecido ese día. Max recordó a la simpática Marina. Menos atractiva y también mucho menos peligrosa.

—Yo no sabía quién eras, pero me he enterado de que mi tío te envió a la guarida de los Mejicanos para que te mataran. Creía que lo había conseguido. El Callo y Julen le dijeron que te habían dejado allí y, bueno, no parecía posible que salieras con vida. Pero esta mañana supo que no había tenido éxito.

Eso sí que le sorprendió. Y, puesto que todas las cartas estaban ya sobre la mesa, no trató de disimularlo.

—¿Cómo es posible que lo supiera?

Ella se encogió de hombros.

—Mi tío tiene ojos en todas partes. En todas. A veces sabe lo que he hecho antes de que haya pensado en hacerlo. Cuando te he dicho que él era la cara menos amable del... negocio familiar... eso no quiere decir que no sea también inteligente. Ha sabido rodearse de una red de espías y no tolera a quien le dice solo lo que quiere oír. Harías bien en abandonar el país. Aunque te agradecería mucho que antes me dijeras quién eres y por qué lo buscabas. No pareces policía. Los conozco y ninguno se parece a ti. De hecho, jamás me había cruzado con alguien como tú.

Detenidos en ese punto, Max tenía dos opciones y ninguna de ellas era buena. Podía contarle la verdad: que la DEA lo había contratado para desenmascarar a un topo. O podía decirle otra verdad. Una que le quemaba por dentro y que tampoco auguraba nada bueno. Optó por esta segunda posibilidad y se levantó de la silla.

Malena también se levantó. Ambos rodearon la mesa y se tomaron de las manos. Él la sujetó por la cintura y la trajo hacia sí. El tejido de su vestido blanco era tan fino que podía sentir el calor de su piel. La miró a los ojos, pero ella los había cerrado y ya le ofrecía los labios. Max no se resistió más al deseo y la besó larga y apasionadamente.

Hasta que no pasó unos pocos segundos de pie no se dio cuenta de que sentía las piernas pesadas, y los párpados. Abrió los ojos, extrañado, y notó que el local daba vueltas a su alrededor. La vista se le desenfocaba y las mesas del restaurante se convertían en un caleidoscopio de colores y formas que se mezclaban unas con otras. Solo Malena parecía real, su aroma, su calor. Pero sospechaba que también eso se desvanecería en breve. Lo último

que vio antes de perder el conocimiento fue el rostro bellísimo de la chica. Le pareció que lloraba. También creyó oír una disculpa.

Sabía que Cortés intentaría dar con él y sabía que Malena había tenido algo que ver con ello. Habría preferido que las cosas sucedieran de otra manera.

Capítulo 27

Max llevaba un rato despierto, pero se había cuidado muy mucho de cambiar de postura o de hacer ningún otro movimiento que revelara que se encontraba consciente. De su capacidad para hacerles creer que no tenían nada que temer de él dependía su supervivencia y, quizá, la resolución final del caso.

El sedante que Malena había puesto en el vino debía de ser fuerte, pero tardó en hacer efecto, así que sospechaba que la mujer tuvo cierto reparo. O, más que sospecharlo, deseaba que hubiera sido así. Del mismo modo que deseaba que las lágrimas y las palabras de disculpa que le pareció ver y oír en el momento en que perdía la conciencia fueran reales.

A pesar de todo, le dolía la cabeza. Sentía una punzada en la frente, similar a las migrañas que había sufrido en algunos periodos de su vida, cuando fue víctima de un estrés demasiado agudo. Las últimas etapas del Averno habían sido así. Solo que en esta ocasión la culpa del dolor era de los químicos y de la deshidratación. No sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente, pero sospechaba que habían pasado ya varias horas. En primer lugar porque no sentía dolor en las muñecas, sino entumecimiento. Eso tan solo era un claro indicio de que podría haber pasado incluso la noche atado en aquella silla. Pero es que además tenía hambre. Y sed. Sentía la boca pastosa como si hubiera estado bebiendo toda la noche.

Hizo una pequeña comprobación de sus músculos. Contrajo los cuádriceps para ver cómo reaccionaban. Los tenía fríos, pero en forma. No podía decir lo mismo de los tobillos. Se los habían atado a las patas de la silla con algo fino que se le clavaba en la carne. Si no salía pronto de aquella lamentable situación podía encontrarse con una lesión que tardaría en curar. Le preocupaba no sentir las puntas de los pies.

Como se había dormido con el cuerpo inclinado hacia adelante y la

cabeza sobre el pecho se arriesgó a abrir ligeramente los ojos, para hacerse una idea de dónde se encontraba. Su campo de visión era muy limitado, pero podía afirmar que el suelo era de baldosas de color ocre y que a un lado había una especie de mostrador. Parecía que lo mantuvieran en una cocina de estilo rural. Desde su posición no veía a ninguna persona.

Aguzó el oído. Desde fuera llegaba sonido de risas y juegos. Había adultos, varios, pero también niños. De hecho, se oía más a los propios niños que a los mayores. Cortés era listo. Suponía, con razón, que la policía o el Ejército no se arriesgarían a lastimar a civiles inocentes, y menos a críos, en una operación de rescate. No parecía, por otra parte, que dentro hubiese nadie. No se oían respiraciones, ni los típicos ruidos involuntarios que se hacen con la boca, o al cambiar de posición. Max estaba bastante seguro de que se encontraba solo, así que se irguió en la silla.

Todas las vértebras de su columna se quejaron. El cuello le crujió como el de una gallina escogida para hacer sopa. Con cuidado hizo unos ejercicios de torsión. Necesitaba encontrarse en la mejor forma posible cuando los hombres del Tuerto regresaran. Y estaba seguro de que no tardarían en hacerlo.

Como si pensar en ellos los hubiera atraído, la puerta de la cocina se abrió. El Callo apareció junto con un hombre al que Max no creía haber visto antes.

—¡Vaya! —exclamó—. La bella durmiente ha despertado. ¿Sabes una cosa, Raven, o como te llames? Creíamos que era mentira. Que no podías haber escapado de los Mejicanos. Parece que escondías más recursos de los que parecía a simple vista, ¿verdad?

—Eso parece —contestó Max—. Su voz sonó cascada, pero lo bastante firme como para enfadar al otro. No sabía si le convenía o no. Quizá el Callo fuese un sicópata dispuesto a hacerle pagar el atrevimiento. Fuera como

fuese, Max necesitaba ganar algo de tiempo. Y estaba seguro de que el secuaz de Cortés no lo mataría hasta que su patrón hablase con él. Si se había tomado tantas molestias para llevarlo hasta allí era porque se tomó el asunto de Max como algo personal.

—¿Y crees que vas a salir de esta? —preguntó el Callo.

Por lo que se veía, cuando su jefe no estaba delante, el hombre se volvía mucho más hablador. Había dicho mucho más en el último minuto que durante todo el asalto a la guarida de los Mejicanos.

—Todo puede ser, Callo. He estado en situaciones peores.

El Callo sonrió y mostró una hilera de dientes irregulares y ennegrecidos. Quizá ese fuera el motivo de que jamás sonriese en público.

—Eso crees, Raven. Pero no conoces al Tuerto. El señor Cortés no se parece a ningún hombre con quien te las hayas visto hasta ahora.

El Callo se acercó a Max. El otro hombre, el que entró con él, se mantenía en un discreto segundo plano. Pero Max no se dejaba engañar. Estaba seguro de que también se trataba de un tipo sin escrúpulos y sediento de sangre.

Cuando Max ya era capaz hasta de oler el perfume que el Callo se había puesto esa mañana, el hombre sacó una navaja automática del bolsillo del pantalón. Max no lo vio venir. La deshidratación empezaba a jugarle malas pasadas. Habría dado cualquier cosa por saber cuánto tiempo llevaba allí. Así podría calcular en qué estado se encontraba su cuerpo y hasta qué punto podía fiarse de él. Pero no era hombre de lamentar lo que no tenía, sino de apañarse con aquello de lo que sí disponía. En ese caso, no era mucho. Apenas inteligencia y paciencia.

El Callo acercó el filo de la navaja al rostro de Max.

—El patrón no quiere que te hagamos daños mientras no esté él delante. Pero que no se te olvide que luego serás nuestro. Y voy a hacer pedazos esta

carita de muñeco que tienes.

Max no contestó y el Callo se lo tomó como un primer signo de debilidad. No podía estar más equivocado.

—Pascual, ve a buscar al patrón y al gringo. Diles que este ya está despierto.

El otro no contestó. Salió de la habitación sin decir palabra.

A los pocos minutos, la enorme figura de Cortés se deslizó a través de la puerta de la cocina. Max había olvidado hasta qué punto el hombre era realmente obeso. También olvidó que esa obesidad no lo convertía en una persona de apariencia blanda o débil. Al contrario, destilaba brutalidad. Y aquello era algo que iba mucho más allá de la presencia del parche. Quizá esa nueva percepción se debía a la historia que oyó de labios de Malena. Ahora que sabía lo que les hizo a sus padres, cómo había empezado a tratarla a ella, ya no podía verlo de la misma manera.

Se recordó que lo único con lo que contaba era su calma y su paciencia. Debía mantener a raya otras emociones, como la ira. Si quería tener alguna oportunidad de salir de allí con vida, debía mantener la cabeza fría. Pisar tierra. Algo que no había hecho desde que aterrizara en aquella maldita ciudad enlodada.

Tras Cortés apareció un segundo hombre, y su presencia hizo que Max se atragantara a pesar de que en la boca no tenía ni siquiera saliva. El recién llegado saludó la estupefacción de su prisionero con una risa mucho más sonora y mordaz que todas las que llegaban desde el exterior.

—Veo, señor Raven, que se sorprende usted de verme.

No cabía duda. Aquel semblante simpático, aquel don de gentes... Y una ligera cojera que sin duda empeoraría hacia el final del día no dejaban lugar a especulaciones. Aquel hombre delgado, moreno, que rondaba los cuarenta y sonreía como un mariscal de campo era Sean Eaton. Al que él había dado por

muerto.

—¿Supongo que esperaba a otra persona?

Max hizo acopio de toda su presencia de ánimo. Si Eaton era tan amigo del Tuerto como parecía, entonces Abney no los había traicionado, fue él mismo. Hizo lo posible por mostrar una sonrisa cínica.

—Así es. Aunque me temo que la persona a la que esperaba ver no aparecerá ni aquí ni en ningún otro lugar, ¿me equivoco?

—Eso depende —dijo Eaton— de a quién esperase usted.

Mientras la conversación tenía lugar, Cortés disfrutaba con el espectáculo. Max se dio cuenta de que nunca lo había visto esgrimir una actitud amenazante. Un narco tan peligroso como él se comportaba siempre como si la vida le diera exactamente lo que quería. Si el hombre no le diera tanto asco, incluso sentiría admiración por él.

—La verdad es que esperaba a Paul Abney. Su desaparición ha aparecido en prensa y reconozco que creí a pies juntillas que el cadáver que apareció en el salón de su vecina era el tuyo, Eaton.

—¿En el salón de mi vecina? Se llevaría un susto de muerte. Esperaba que llegara... Bueno, eso ahora da igual, las tuberías de ese agujero del *downtown* siempre han sido un chiste. Lo que importa es que sí, ese cuerpo era de Abney. Me alegra que no lo sepa usted, Raven. Porque eso quiere decir que no se lo ha comunicado a la policía y que por tanto está usted completamente solo a nuestra merced. Y aquí es donde entra en escena nuestro amigo común. Señor Cortés, me complace informarle de que es usted libre de hacer lo que se le antoje con esta rata mentirosa. Yo voy fuera a informar a los niños de que trasladamos la fiesta a la playa.

Pascual, que no había vuelto hasta ese momento, lo hizo acompañado de otro esbirro de Cortés. Entre los dos cargaban una gran butaca. Por lo visto, el Tuerto no era capaz de permanecer en pie mucho más tiempo.

Capítulo 28

—Parece que las cosas no han salido como ninguno de nosotros esperábamos, ¿verdad? —comenzó Cortés.

—Me temo que tengo que darle la razón.

—Lo que va a pasar ahora no va a ser especialmente agradable. Sobre todo para usted. Yo me limitaré a observar cómo todas sus fachadas se derrumban.

Max no contestó. Por algún motivo, las personas como Cortés, borrachas de su propio poder, perdían un tiempo precioso entregando a sus enemigos una información valiosísima. Por ejemplo, Cortés acababa de declarar ante Max que no lo soltaría. No lo dejaría ir. No había, al menos desde el punto de vista del propio Cortés, posibilidad de redención. Así que ¿por qué iba Max a hablar?

—Si se porta usted como un hombre, es posible que al final lo deje marchar.

Cortés acompañó esa flagrante mentira de una sonrisa tan falsa como el apellido que Max había empleado para presentarse ante él.

—¿Y cree que podría darme un poco de agua antes de empezar con este juego?

Cortés rio a carcajadas. La papada le temblaba al mismo ritmo que el abdomen gigante. Todo él parecía un flan a punto de verterse por los bordes de un gran cuenco redondo. Y aun así no parecía ridículo.

—Malena, querida, dale un vaso de agua a tu invitado.

Max se sobresaltó. No la había visto entrar, ni era consciente de que lo hubiera hecho por otra puerta. Pero el hecho fue que el grifo se abrió y que unos tacones resonaron a la espalda de Max.

—Pero no te escondas. Que no te dé vergüenza —la urgió su tío—.

Emilio, acércate tú también. Creo que este hombre ha llegado hasta aquí gracias a tu inestimable intervención. No podemos cederle todo el mérito a tu hermana.

Malena apareció por fin en el campo de visión de Max. Él pudo oler el aroma dulce de su piel y recordó el beso en el hotel. Se preguntó si Cortés había estado presente cuando ocurrió.

Temblorosa, la chica le acercó el vaso a los labios. Max bebió despacio. Se concentró en no atragantarse. Mantuvo el último trago en la boca y se enjuagó. Necesitaba mucha más agua, pero aquella bastaría para aumentar su resistencia al menos durante un buen rato.

—Gracias.

Malena se retiró sin contestar, pero su tío no dejó pasar la oportunidad de humillarla un poco más. A Max le quedaba el consuelo de saber que ella no lo había traicionado voluntariamente. Estaba claro que aquello no la satisfacía en absoluto.

—Chiquilla, contesta. El señor Raven, cuyo nombre real conoceremos dentro de muy poco, te ha dado las gracias.

—De nada —dijo Malena—. Y su voz sonó casi como una oración.

Max decidió concentrar toda su atención en Cortés. Si pensaba demasiado en cualquiera de los muchachos, no sería capaz de mantener la cabeza fría.

—Y, ya que se encuentra tan generoso, ¿cree que sería posible que me aflojaran las correas de los tobillos?

El Tuerto se palmeó los muslos y volvió a reírse como si aquello fuera de verdad el espectáculo más divertido al que había asistido en toda su vida.

—Pero por supuesto que sí. Malena, coge unas tijeras y corta las correas. Pero no te agaches para hacerlo, inclínate.

Max apretó los dientes. A su espalda alguien abrió un cajón y sonó un tintineo de cubiertos. El Callo le tendió a Malena las tijeras mencionadas. La

chica se había cambiado de ropa. Llevaba unos pantalones ajustados, elásticos, y un top. Tal como había ordenado su tío, se inclinó para cortar las finísimas correas de plástico que mantenían los pies de Max sujetos a la silla.

Mientras lo hacía, el propio Max no quitaba ojo al Tuerto. Malena tenía razón. Cuando la miraba lo hacía con una lascivia repugnante. Se relamía como un animal. Emilio también se había dado cuenta. Max vio que el chaval se llevaba una mano a la espalda. Estaba pensando en asesinar a su tío.

—Joder, Emilio —dijo Max—. Si lo llego a saber paso de ti la otra noche. Mira en el lío en que estoy metido por tu culpa.

El chico empalideció. Ahora todos los ojos estaban puestos en él. Así no se atrevería a usar su arma. Justo lo que Max pretendía. No podía permitir que un chico sin experiencia y en aquel estado de nervios se pusiera a disparar a lo loco. A saber quién saldría vivo de allí si eso sucedía.

—La verdad es que tiene usted un sentido del humor envidiable, Raven. Es una pena que esté a punto de perderlo.

—No crea, Cortés, no crea. Ya le he dicho antes a su esbirro que me las he visto con tipos peores y más duros que usted.

—Malena, remanga los pantalones de Raven y quítale los calcetines. Que se vaya enterando de con quién está hablando.

Malena sorbió la nariz. Era evidente que se pondría a llorar en cualquier momento.

—Y cuando termines vienes y te sientas en las rodillas de papi. Hoy nos vamos a divertir todos.

A Malena le temblaban las manos. A Max también, aunque por razones distintas.

—Callo, trae las trampas.

Max estaba esperando algún tipo de tortura china. Que le colocasen astillas bajo las uñas de los pies. O que le rompiesen los dedos. No tenía la

menor idea de lo que podían ser esas trampas.

Pronto lo descubrió. En cuanto Malena terminó de remangarle los pantalones, el Callo apareció con una especie de enorme recipiente de plástico donde lo obligó a meter los pies. Se trataba de un cubo amplio. Por detrás le tocaba los gemelos, pero por delante quedaba mucho espacio.

—Es una actualización de un invento medieval que quizá conozca.

El Callo desapareció de nuevo a su espalda para aparecer con Pascual. Entre los dos llevaban una especie de campana invertida de metacrilato que abrieron a la mitad. Max vio que por la parte delantera sus dos mitades se mantenían sujetas mediante unas bisagras. Acercaron el artefacto a la silla y lo cerraron alrededor de Max. La parte superior tenía un agujero estrecho, pero suficiente para que su cuello cupiese con holgura. Cuando lo hubieron ajustado, cerraron la campana de alguna manera. La sonrisa de Cortés se había intensificado. El gesto de Malena y de Emilio era de absoluto horror.

Max suponía por qué. Al principio toda la parafernalia le había extrañado, pero un pequeño chillido y un roce en el pie derecho le dieron toda la información que necesitaba. No podía bajar la cabeza, pero estaba seguro de que allí había una rata. Y de que no tardaría en morderlo.

—Supongo que a nuestra amiguita no le habrá dado agua ni comida, ¿verdad? —preguntó Max.

—Agua no —contestó Cortés—. La comida acabo de servírsela.

Fue la primera vez que Max lo veía como realmente era: un sicópata sediento de sangre. El negocio de la cocaína bien podía ser una tapadera, lo que le permitía asistir a ejecuciones sumarias como aquella. A sesiones de tortura completamente demenciales.

—Ahora dime, Raven, ¿cuál es tu nombre?

La rata estaba olisqueando las heridas de los tobillos. No tardaría en morder. Y Max podría aguantar cierto tiempo, pero no demasiado. Estaba

estudiado. Hasta las personas mejor entrenadas cedían cuando el dolor era extremo o se prolongaba durante el tiempo necesario. Aunque supieran que hablar no les garantizaría la supervivencia. El cerebro se convencía a sí mismo y hablaba. Sin que la persona pudiera hacer nada por evitarlo. Lo había sufrido en sus carnes a manos de Arcángel.

De todos modos, Max no contestó. Solo había una cosa que pudiera hacer. Disociar su mente de su cuerpo. No era algo sencillo ni siquiera en la mejor de las circunstancias, pero tenía que intentarlo. La rata mordería, los músculos se le desgarrarían. Con un poco de mala suerte el animal sería portador de centenares de virus y tres o cuatro parásitos. No podía evitar nada de eso, pero sí podía evitar sentir el dolor de manera inmediata.

Hizo un ejercicio supremo de concentración. Entornó los ojos y clavó la mirada en el pelo de Malena. Una melena negra y rizada que brillaba cuando le daba la luz que se colaba por las persianas a medio bajar. Era lo más parecido a un espacio neutro que Max tenía al alcance de la vista. Redujo sus inspiraciones y exhalaciones, y por tanto su ritmo cardiaco, y entró en un estado de trance que permitió que no sintiera cómo los incisivos marfileños y afilados de la rata se clavaban en su carne macilenta.

Cortés, en cambio, sí gritó. De pura exasperación.

Capítulo 29

—Despertad a ese hijo de puta ya mismo. Y tú, zorra —añadió dirigiéndose a Malena—, te he dicho que te sientes en mis rodillas.

Malena, que hasta ese momento había estado asustada como una colegiala, se dirigió a su tío con una dignidad desconocida.

—No te rías de mí, desgraciada. Si a ese malnacido no le importa que se lo coman las ratas, seguro que no piensa lo mismo cuando te metamos a ti en la campana. ¿Qué te parece eso?

La seguridad recién adquirida de Malena desapareció como por ensalmo. Obediente, se sentó en el regazo de su tío. Tratando de contener el asco que sentía.

El Callo abrió los cierres de la campana y apuntó la pistola, pero la rata no trató de escapar. Estaba muy ocupada royendo la carne de Max. No vio venir la bala que reventó su cuerpo y salpicó al propio Max hasta la cabeza. El estruendo lo sacó de su estado de trance y un escalofrío de dolor lo recibió como un mazazo en la cabeza. Se le nubló la vista y tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad titánico para no mirar hacia abajo. Si quería conservar alguna posibilidad de no perder la cordura, de seguir pisando tierra, más le valía ignorar la quemazón de la pierna y centrarse en lo que estaba pasando ante sus ojos.

Para empezar, vio que Malena estaba con su tío. Más concretamente, sentada sobre él. El gordísimo Tuerto le había pasado un brazo por los hombros. La expresión de miedo y repugnancia de la chica no tenía parangón. Emilio, por su parte, no sabía qué hacer. Y ese seguía siendo uno de los mayores problemas de Max. Si no lo mantenía bajo control, el chaval podría cometer una locura y ponerlos a todos en un peligro todavía mayor... Si es que eso era posible.

—Callo, ve fuera —ordenó Cortés—. Esto va a quedar en familia.

Callo, tan hablador cuando Max había despertado, se fue sin que mediara palabra. Pascual lo siguió. En la habitación solo quedaban el Tuerto, Malena, Emilio y Max, que se sentía como si alguien lo estuviera obligando a jugar a la ruleta rusa.

—Emilio, saca esa arma que tienes escondida —dijo Cortés.

Emilio obedeció y el rostro del Tuerto recuperó algo de su falsa afabilidad. Max entendía por qué.

—Te voy a contar una cosa, Raven. Porque seguro que alguien te ha dicho al menos un par de mentiras sobre mí.

—Pues yo creo que todo lo que he oído es cierto —contestó Max.

—¡Oh! Si te refieres a la muerte de mi hermano y mi cuñada, eso es verdad. Pero yo quiero hablarte de mi ojo. Malena, querida, desátame el parche.

Para hacerlo sin levantarse la chica tuvo que inclinarse tanto que la enorme y redonda cara de su tío quedó sepultada entre sus pechos. Cuando recuperó su postura inicial lloraba sin disimulo. La cara de Cortés empeoraba notablemente con el hueco de carne al descubierto. Colgajos de músculo y piel le prestaban un aspecto parecido a un calamar deforme.

—Lo perdí por accidente, en realidad. De niño. Al bajar de un árbol, perdí apoyo y me clavé una rama. La sanidad en aquella época y en aquella parte de Colombia no era muy buena, así que este fue el resultado. No me lo arrancaron en un interrogatorio, Raven. Si tuviera que delatar a cualquiera, lo delataría.

—¿Y por qué me cuenta esto?

—Porque quiero que sepas que soy absolutamente despreciable. No un poco malvado ni un sicópata típico. Soy una mala persona y disfruto viendo a otros sufrir. Habría preferido desvirgar a mi sobrina, pero ahora haré que su

hermano la mate para mí. Porque el pequeño Emilio está deseando demostrarme lo hombre que es. Y yo, sabes Raven, quiero que me lo demuestre.

Emilio miraba a uno y otro lado. Max no recordaba haber visto a nadie tan absolutamente perdido en toda su vida.

—No disparará —dijo Max.

—Dime tu nombre verdadero, Raven.

Emilio subió su pistola y se colocó en la posición de disparo. Temblaba, pero parecía dispuesto a hacerlo.

—Emilio —dijo Max—, lo acabas de oír. Te obligaré a matarla aunque no le diga nada. Disfruta con estas cosas.

El dolor por la mordedura de rata casi no dejaba a Max pensar. Pero eso a Emilio le daba lo mismo. Le quitó el seguro al arma.

—Emilio, no lo hagas.

Malena se había quedado hierática, como una estatua perfecta. Ya ni siquiera lloraba.

—Haz lo que tienes que hacer, hermano —susurró.

Todo pasó en unos pocos segundos. Emilio disparó, Malena lanzó todo el peso de su cuerpo hacia la izquierda, lejos del cuerpo de su tío. La bala, que el chico había apuntado a la redonda cabeza de Cortés, perforó el centro mismo de su frente gracias al movimiento brusco de su hermana.

En ese mismo momento la puerta de la cocina se abrió. No se trataba de la policía, del FBI ni del Ejército, sino de Mei y Adam. Justo cuando Max ya pensaba que no llegarían a tiempo.

Al verlos, Emilio dejó caer el arma, Malena también cayó al suelo. Max se permitió perder el conocimiento por segunda vez en las últimas veinticuatro horas. Estaba seguro de que su equipo explicaría a los chicos todo lo que necesitaban hacer.

Capítulo 30

Cuando despertó la cabeza no le dolía, pero tampoco pensaba con claridad. No estaba sentado, sino tumbado y tapado por una sábana de color blanco, muy fina. A pesar de eso tenía calor. El color de las paredes, también blanco, y los pitidos regulares que oía a su derecha le dieron las pocas pistas que le faltaban: se encontraba en un hospital.

En la habitación había cuatro personas y solo dos de ellas formaban parte de su equipo. Emilio y Malena acompañaban a Adam y a Mei. Por algún motivo, la chica ya no le parecía tan atractiva. Suponía que haber estado tan cerca de la muerte matizaba mucho los sentimientos hacia los demás.

—Bienvenido al mundo, jefe —dijo Mei.

—Hola —añadió Max.

Los chicos lo miraban expectantes pero tímidos. Algo que ninguno de los dos había sido hasta ese momento. Torpes sí, apresurados, pero ¿tímidos?

—Hola a todos.

El silencio en la habitación se hizo muy incómodo.

—¿Podéis dejarme solo con los Cortés?

Los chicos se miraron, preocupados, mientras Mei y Adam abandonaban la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Max sin mucho tacto.

—Estás registrado como Timothy Raven —dijo Malena.

—Es mi nombre —mintió Max una vez más.

—Queríamos disculparnos —dijo Emilio—. No sabemos quién eres ni qué hacías, pero nos has salvado la vida. Tus amigos nos dieron pruebas, grabaciones con lo que había dicho nuestro tío. Las llevamos al FBI. Nos van a colocar en un programa de protección de testigos. Yo creo que no hace falta. Muerto el perro se acabó la rabia, pero Malena dice que es mejor ser

precavidos.

A Max le sorprendió que el muchacho hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo. No es que se hubiera convertido en un dechado de seguridad en sí mismo, pero todo en él era diferente. Su aspecto era lo primero que llamaba la atención. Ya no vestía ni se peinaba como un mafioso de medio pelo. Y Malena tampoco llevaba ropa de alto voltaje sexual. Parecía que el horror del día anterior los devolvió a su edad. Aunque el chico había matado a un hombre. Y de eso no se salía impune.

—No tenéis que disculparos. No habéis hecho nada mal. Yo sabía dónde me metía cuando entré en el Miami Sound Machine.

—Eso lo sabemos —intervino Malena.

—Pues entonces no hay nada más que hablar.

—No volveremos a vernos —añadió la chica.

—No habríamos vuelto a vernos de ningún modo —contestó Max—. Pero por lo menos estamos vivos. Decirlo no le hizo bien. Aunque Malena ya no era la misma mujer rodeada de un aura de peligro, seguía teniendo algo especial, algo que pocas mujeres compartían. Sintió un pequeño vacío en el estómago.

—Hay un agente esperándonos. Tenemos que irnos.

—Adiós.

Malena fue la primera en salir. A Emilio le costó un poco más. Max sabía lo que le rondaba en la cabeza. También él se había encontrado en aquella situación, aunque no era tan joven cuando mató a su primera víctima.

—No desaparece —le dijo—, pero aprendes a vivir con ello.

—Lo merecía, ¿verdad? —preguntó el chaval—. Mi tío se merecía ese disparo. Me ordenó que matase a mi hermana. Hizo que una rata te comiese los pies.

Max asintió. El recuerdo hizo que los pitidos de la máquina que

monitorizaba su frecuencia cardiaca sonasen más a menudo y más alto.

—El mundo es un lugar mejor sin él.

Solo entonces Emilio abandonó la habitación.

Capítulo 31

Mei y Adam regresaron y de lejos se veía las muchas ganas que tenían de tomarle el pelo. Podría haberse enfadado con ellos, pero la verdad es que se alegró de su buen humor. Eso solo quería decir que, a pesar de las máquinas, los vendajes y la sensación de que nunca volvería a ser dueño de su propio cerebro, las cosas no eran tan graves como cabría esperar.

—Lo primero —dijo Max con aire serio—. ¿El maldito de Sean Eaton está preso?

Los dos asintieron al unísono. Después solo el silencio y un intercambio de miradas entre ellos.

—¿Te ha besado esa chica, jefe? —preguntó Mei completamente a bocajarro—. No me refiero al otro día, sino a ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que sabemos que te besó en el hotel. El localizador no tenía receptor, pero sí transmisor. Sabemos todo lo que pasó desde que dejaste el motel. Por cierto, la propina que le diste a esa tal Marina... Últimamente se te va la mano con las mujeres.

—Si no acabarais de salvarme la vida, os odiaría a los dos —dijo Max menos sorprendido de lo que cabría esperar.

—Claro, claro, jefe. Lo entendemos —dijo Adam—. Pero no has contestado a la pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Te ha besado la chica? ¿Te ha abrazado el chico?

Esa segunda pregunta que Mei había añadido hacía que todo tomase un cariz un poco más preocupante.

—No. Ni una cosa ni la otra, ¿por qué?

Mei carraspeó.

—Verás, hemos mandado a analizar los restos del cadáver de la rata que te quería merendar. Como seguramente sabes, esos bichos son los mayores portadores de enfermedades y parásitos de las ciudades hoy en día.

—Déjate de rodeos, Mei. ¿Qué pasa con la rata?

—Han encontrado tres parásitos diferentes. Unos gusanos que viven en los pulmones, unas larvas bajo el pellejo, aunque creo que de estas no tienes que preocuparte. Y la tenia.

—¿Y estoy infectado? ¿Tengo gusanos en los pulmones?

—A los chicos les hemos dicho que sí. Para que no intenten localizarte.

—Pero lo estoy o no lo estoy —urgió Max.

—Si lo estabas, el cóctel de la felicidad que te han inyectado aquí lo habrá matado todo, así que no te preocupes. Es más grave lo de los tobillos. Vas a pasar una temporada inmovilizado, hasta que se regenere el músculo.

—Tampoco me importa mucho la verdad. Estos días no me han dejado ganas para ir a ningún sitio. Todo lo que quiero es volver a Londres.

Por si a Max le quedase alguna duda acerca de su salud, Adam lo abrazó con la fuerza de un hermano mayor y Mei le cogió de la mano. Eso lo tranquilizó. Aunque, en realidad, ninguno de los dos lo había besado.

Nota de los autores

Esperamos que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como nosotros disfrutamos escribiéndolo. Estaríamos muy agradecidos si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Conéctate con Adrián y Miguel Aragón

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto con nosotros por favor escríbenos directamente a adrian@autoresaragon.com. También nos puedes encontrar en:

[Amazon](#)

[Facebook](#)

[Twitter](#)

Saludos,

Adrián y Miguel Aragón

Otras obras de Adrián y Miguel Aragón

[Supremacía \(Max Cornell thrillers de acción nº 2\)](#)

[Secuestro \(Max Cornell thrillers de acción nº 3\)](#)

[¿Quién mató a Ángela Blanco?](#)

[El Asesino de las Cruces](#)

[Persecución Mortal](#)

[Infiltrado](#)

[Venganza de Sangre](#)

Supremacía (Max Cornell thrillers de acción nº 2)



La Sociedad Atón de París, integrada por importantes personalidades del mundo de la política y las altas finanzas, se presenta como un grupo dedicado a la promoción de estudios científicos y avances tecnológicos con fines humanitarios. Sin embargo, numerosas sospechas indican que, detrás de esta cara benefactora, se ocultan actividades ilegales y oscuros objetivos.

Escondido bajo el disfraz de un prestigioso político inglés, Max Cornell se adentrará en el seno de la Sociedad Atón para investigar las verdaderas tareas que este grupo lleva a cabo.

Un decisivo encuentro se dará entre los lúgubres laberintos de las catacumbas de París. Max se reunirá con Klaus Fablet, el enigmático líder de

la Sociedad; pero los hechos tomarán un giro inesperado cuando Max descubra que, como prueba de lealtad, deberá asesinar a la mujer que Klaus tiene secuestrada allí: nada menos que a Solange Dufort, la hija del primer ministro.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Secuestro (Max Cornell thrillers de acción nº 3)

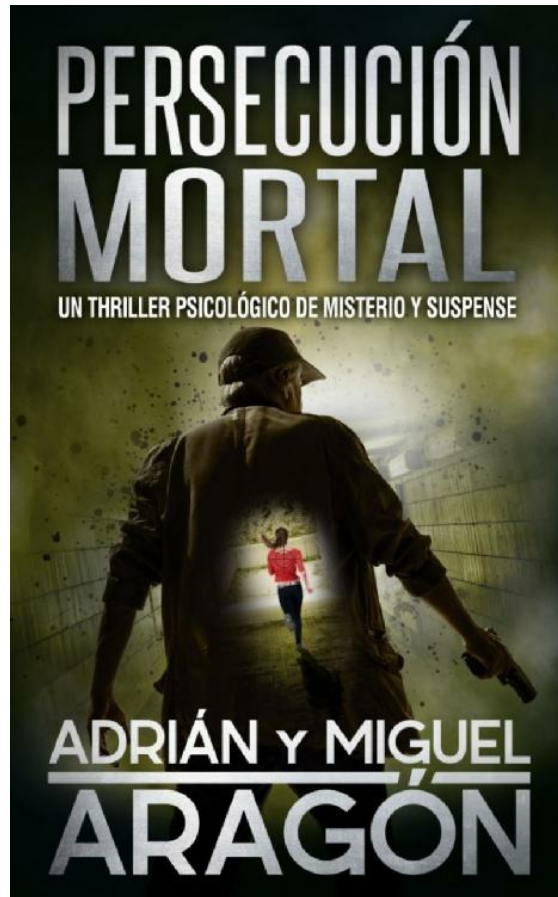


Max Cornell ha recibido un nuevo encargo de la SCLI. En esta ocasión los miembros del equipo deberán dispersarse por los cinco continentes en búsqueda de sus objetivos: sicarios tan expertos en el arte de la guerra como ellos

La integridad de la capital inglesa está en juego. Todo va bien hasta que uno de los objetivos se resiste a aceptar su destino. A cambio de su vida, ofrece información: detalles sobre la muerte de Arcángel que Max no podrá ignorar. Las consecuencias de estos nuevos datos son imprevisibles.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Persecución Mortal



Brad Moore es un sicario al que se le encarga la tarea de atrapar al responsable de hackear los sistemas de una importante empresa londinense que, al ver burlada su seguridad informática, corre el riesgo de que ciertos secretos turbios salgan a la luz.

Después de realizar minuciosas averiguaciones, Moore obtiene el nombre de la principal sospechosa: Crystal Connor, una joven graduada con honores en la carrera de Ingeniería Informática de la Universidad de Cambridge.

Inmediatamente, Moore comienza a seguir el rastro de la chica, hasta que repentinamente se entera de que ella había muerto algunos años atrás en un accidente automovilístico, justo después de su fiesta de graduación.

Todos aceptan esta historia como verdadera, a excepción de Moore, quien comienza a notar que ciertas piezas del rompecabezas no encajan.

Es así que el sicario se propondrá llegar al final del asunto en una carrera contrarreloj, colmada de crímenes, muertes misteriosas y oscuros secretos.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

¿Quién mató a Ángela Blanco?



En una noche oscura, el cadáver de una mujer es encontrado dentro de un contenedor de basura. Es el cuerpo de Ángela Blanco, una joven que había quedado minusválida tras un trágico accidente de coches que acabó con la vida de su madre.

El principal sospechoso del crimen es el enfermero de Ángela, un apuesto joven que fue contratado por la familia para cuidar de ella a tiempo completo.

El caso le será asignado al mejor detective de la ciudad, Félix Morales, quien deberá enfrentar uno de los casos más difíciles de toda su carrera profesional.

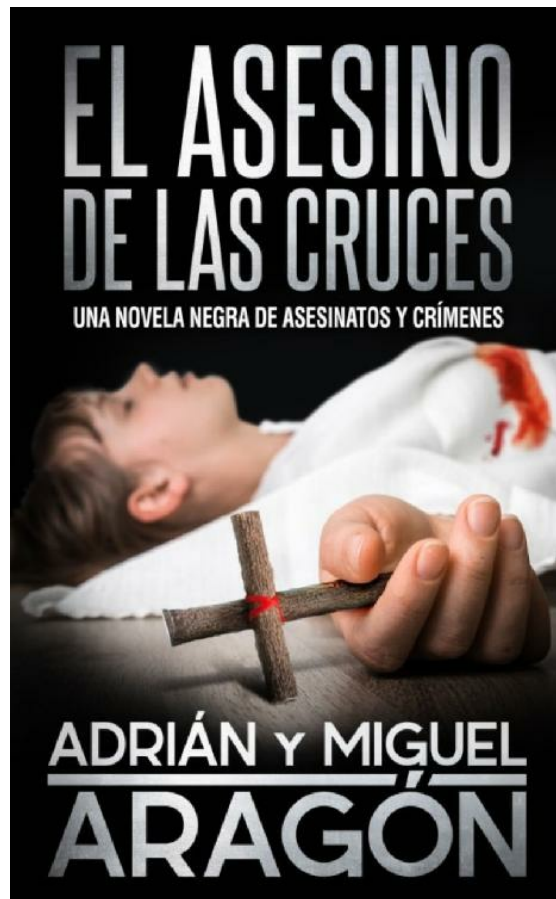
Morales tendrá que utilizar al máximo su inteligencia e intuición para

desenmascarar a un astuto y sigiloso asesino, que intentará despistarlo constantemente con falsos señuelos.

La ambición de poder, el amor y la envidia atraviesan la trama de esta gran novela de Adrián y Miguel Aragón, en la que al fin de cuentas, nada resulta ser lo que parece.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Asesino de las Cruces



Una serie de extraños asesinatos conmociona a toda la ciudad de San Luis. Los cuerpos ensangrentados de las víctimas presentan exactamente las mismas heridas y portan en sus manos el mismo objeto: una cruz.

El caso es asignado al mejor detective del departamento de homicidios de San Luis, el italoamericano Harvey Moretti, y a su habitual compañera, Sara Suhr. Juntos, emprenderán una de las investigaciones más importantes de sus vidas.

¿Qué motivos llevaron al asesino a cometer estos brutales crímenes?
¿Qué mensaje pretende ocultar detrás de aquellas marcas y cruces?

Harvey y Sara deberán enfrentarse a un criminal sumamente inteligente y

sigiloso, que actúa sin dejar pista alguna, calculando minuciosamente cada uno de sus movimientos.

La peculiar astucia de los detectives será su principal arma para develar el misterio y desenmascarar al temido asesino de las cruces.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Venganza de Sangre



Cameron West es un detective retirado de Filadelfia, que arrastra consigo un complicado pasado. Hijo mayor de una familia sin padre, siempre sintió la responsabilidad de proteger y enseñar a sus dos hermanos, aunque ellos nunca lo oyeron y terminaron involucrados en el crimen y las drogas.

Un día, una terrible noticia llega a oídos de Cameron: en Boston, Massachusetts, un narcotraficante es asesinado. Es Donovan, el más pequeño de sus hermanos.

Con el gran dolor de haber fracasado en su intento de ayudar a su familia, el detective moverá cielo y tierra para encontrar al asesino y llevarlo ante la justicia. Para esto, necesitará la ayuda de la inspectora a cargo de la

investigación, María Giganti.

Cameron cuenta con sus rápidos puños y una sangre fría excepcional para introducirse en el ambiente de las mafias locales. El sentimiento de culpa que le corroe el alma hará el resto.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Infiltrado



Una banda de ladrones tiene a la policía de todo el mundo desesperada: ya sean joyerías, bancos, cuadros de museos, las cuentas bancarias de millonarios o incluso otros ladrones, esta extraordinaria banda de delincuentes escapa cada vez sin dejar rastro, ni una sola pista.

La Interpol asigna el caso a Jack Dupont, policía sagaz y ambicioso, quien hará todo lo posible por detenerlos. Presionado por sus jefes, decide sacar de prisión a Simon Keller, inteligente y escurridizo ladrón, hábil conductor de todo tipo de vehículos, que más de un dolor de cabeza causó a la policía en otros tiempos.

Jack Dupont le ofrecerá a Keller un trabajo a cambio de su liberad:

infiltrarse en la banda para ayudar a capturar a los criminales. Ante esta oportunidad, Keller no dudará en aceptar, sin imaginar que esta experiencia cambiará radicalmente el rumbo de su vida.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

